

Miguel Ángel Asiain

**15 cartas de Calasanz
a un colaborador laico**



Ediciones Calasancias - Madrid 2007

Colección Cuadernos

29

15 cartas de Calasanz a un colaborador laico

© Publicaciones ICCE

ISBN: 978-84-7278-346-1

D. L.: M -14532- 2007

Impreso en España. Printed in Spain

Contenido

	<u>Págs</u>
Pórtico.....	7
Presentación.....	11
Carta 1ª: La alegría de un inicio	13
Carta 2ª: Los caminos que uno cree de Dios. .	25
Carta 3ª: Descubrimiento de mi vocación educadora	37
Carta 4ª: El centro de mi vocación	51
Carta 5ª: El hombre que quise formar	67
Carta 6ª: Aquello por lo que luché.....	83
Carta 7ª: La escuela que quise.....	99
Carta 8ª: El educador calasancio.....	113
Carta 9ª: Cualidades del educador Calasancio .	129
Carta 10ª: La pastoral de los niños.....	143
Carta 11ª: Los desafíos del presente.....	161
Carta 12ª: Ser colaborador de las Escuelas Pías.	177
Carta 13ª: Participar de la misión escolapia ...	191
Carta 14ª: Integración en las Escuelas Pías ...	205
Carta 15ª: Despedida: ¡Vivid la utopía!.....	219

PÓRTICO

Todos hemos experimentado alguna vez la alegría de recibir correo de un amigo o de una persona que estimamos o admiramos. Este "cuaderno" es el correo imaginario de un Calasanz que escribe a sus amigos y colaboradores laicos; es un fajo de quince cartas que Miguel Angel Asiain, especial conocedor del pensamiento calasancio y Delegado de la Orden Escolapia para el Laicado, ha ideado y sometido a la pluma de Calasanz.

Son cartas de amigo a amigo porque en ellas Calasanz comparte ampliamente sus vivencias de fundador y educador, expone sus convencimientos arraigados desde la experiencia vivida y desvela su intimidad: cómo inició la escuelas, cómo las configuró y con qué finalidad educativa, qué destinatarios y con qué meta a conseguir educándolos, sus dudas y sus intuiciones certeras, su impaciencia por hacer participar en su aventura a otras personas y colaboradores.

Es un pensamiento antiguo, al ser el pensamiento personal de Calasanz, pero traducido al hoy de la misión educativa. Pensado para los

educadores escolapios del presente y mirando los alumnos que actualmente frecuentan las Escuelas Pías en las distintas partes del mundo.

Hay diferencias en lugares y culturas pero hay homogeneidad de vocación: la vocación del educador que ante todo se pregunta por el hombre como tal, el hombre o la mujer que va creciendo en cada uno de sus alumnos y alumnas. Es la pasión por educador que vence el miedo del “atrévete a educar” en las difíciles situaciones sociales, familiares y escolares de hoy.

¿Por qué a los laicos? Evidentemente que igualmente van dirigidas a los escolapios religiosos. Pero en el caso laical se da hoy una realidad emergente a la que atender con agrado y decisión. “La novedad de estos años es sobre todo la petición por parte de algunos laicos de participar en los ideales carismáticos de los Institutos (Congregaciones religiosas). Estamos asistiendo a un auténtico florecer de antiguas instituciones y al nacimiento de nuevas asociaciones laicales y movimientos en torno a las Familias religiosas ... Se pide, por tanto, una adecuada formación de los consagrados así como de los laicos para una recíproca y enriquecedora colaboración ... La comunión y la reciprocidad en la Iglesia no son nunca en sentido único ... Una semejante dinámica eclesial redundará en beneficio de la misma renovación e identidad de la vida consagrada. Cuando se

profundiza la comprensión del carisma, siempre se descubren nuevas posibilidades de actuación” (Instrucción vaticana *Caminar desde Cristo*, Año 2002, N. 31).

El género epistolar se caracteriza por ser cercano y comunicativo. Así es el estilo de estas cartas calasancias. Estoy convencido que su lectura, además de llevar a un descubrimiento más certero de Calasanz, motivará a muchos en su labor educativa y alimentará la vocación pedagógica que todo educador lleva dentro. “Los ejemplos atraen”, dice el proverbio antiguo. No sólo, también incitan a repetirse. Ojalá, este manojito de cartas amigas nacidas, aunque sea imaginariamente, de la mente y pluma de un gran santo y maestro, José de Calasanz, contribuya a la formación de auténticos educadores escolapios.

Roma, febrero 2007,
en el 450º Aniversario del nacimiento
de Calasanz.
Jesús María Lecea, Sch. P.
Padre General

Presentación

Las quince cartas de este folleto son una ficción. No fueron escritas por san José de Calasanz, aunque en muchas ocasiones se eche mano de sus propias palabras, tomadas de sus cartas.

El destinatario es un laico, de nombre Luis, que va a iniciar su trabajo en una Obra de las Escuelas Pías en un lugar indeterminado. Es un colaborador escolapio al que se le quiere informar de los principios y contenidos fundamentales de la evolución de Calasanz y de la escuela calasancia.

El autor ficticio de las cartas es Calasanz; le escribe a Luis quince cartas, abordando en cada una de ellas un tema importante; lo expone y le da su parecer sobre el mismo.

Los temas repasan la experiencia de Calasanz, el descubrimiento de su vocación educadora, la vivencia de la misma y el trabajo que fue realizando en su tiempo cuando fue plasmando en la práctica sus ideas de lo que tenía que ser la escuela calasancia y le fue dando forma y contenidos.

Todo esto lo proyecta al hoy, sabiendo que los tiempos han cambiado y animando a quienes trabajan en presencias escolapias a unir los elementos fundamentales del pasado con la creatividad necesaria para lograr una escuela calasancia adaptada a nuestro tiempo.

El lenguaje es sencillo y directo; las cartas breves, el deseo ser fieles al pensamiento de Calasanz, trasladado a nuestro hoy.

Se podrían haber tratado más temas y haberlos desarrollado con mayor amplitud, pero entonces el todo no respondería al género literario que hemos escogido. Creemos que lo que aquí aparece puede servir para un acercamiento sencillo a la Obra escolapia de quien empieza a trabajar en ella o ya se encuentra dentro de la misma. El presente "Cuaderno" ha sido escrito pensando en el 450 aniversario del nacimiento de José de Calasanz.

Madrid, septiembre 2006

Carta 1^a

La alegría de un inicio

Querido Luis: al recibir esta carta, con sobre de Roma y letra desconocida, te habrás asombrado. No tienes en Roma ningún conocido de quien pudieras recibir noticias. Y cuando has abierto el sobre y mirado la firma, no te lo habrás podido creer. La firma dice: “José de la Madre de Dios”. Para que no te sintieras tan desorientado, he querido añadir entre paréntesis el nombre con el que me conoces hace tiempo, o diría que de toda la vida, desde que eras estudiante en un colegio de escolapios, “José de Calasanz”.

Acabas de entrar en una obra escolapia. Tienes alma de educador y quieres ejercer esa hermosa misión en tu vida. Al finalizar la carrera, te presentaste a los escolapios, les llevaste el currículum de tus estudios, te hicieron unas pruebas, lo que llaman la selección del profesorado, y ¡cuál no fue tu alegría cuando te dijeron que estabas admitido!

Dentro de poco tiempo vas a comenzar tu docencia. Sé que va a ser difuminada, como

los colores del arco iris. Tendrás algunas clases en el colegio, trabajarás en la pastoral, acompañarás a jóvenes en el desarrollo y camino de su vida, irás de campamentos, y estás dispuesto a darte sin contemplaciones a cuanto te pidan y tú veas que puedes responder.

¿Por qué? Porque te gusta. Porque es tu vocación. Porque amas a los niños. Porque sientes la necesidad de hacerlos crecer en su madurez humana y cristiana.... ¡Y por tantas otras razones...!

Esto ha hecho que me fije en ti. Pero al pensar en ti, comprenderás que mi pensamiento va también, al escribir estas cartas, a todos los educadores escolapios que entrarán este curso en alguna presencia escolapia, y a aquellos que hace apenas pocos años que han experimentado ya las mieles y también a veces los primeros sinsabores, de lo que es la vocación de “maestro”. Por eso mis cartas, porque pienso seguir escribiéndote, van para todos vosotros, ellos y tú. Quisiera haceros conocer toda la riqueza de esta vocación que habéis elegido. Deseo explicaros lo que me sucedió a mí, porque también yo llegué a ser “maestro”, y cómo deseo que sean “mis maestros”, los de mis escuelas.

Sé que mis cartas son sólo de ida; las respuestas son vuestras vidas, vuestra acción educadora, vuestro amor a los niños, sobre todo los más necesitados, vuestra entrega sin límites. Esa es la mejor respuesta que espero de voso-

tros. Y así podremos comunicarnos a pesar de la distancia del tiempo que nos separa.

Habrás notado que uso la palabra “maestro”. Es muy querida para mi corazón. La prefiero a otras muchas, por ejemplo, profesor, docente, u otras semejantes. Jesús fue “Maestro”, más, fue “el” Maestro, y en Él tenemos que mirarnos todos nosotros y en Él aprender lo que ha de ser y cómo ha de ser nuestra vocación.

En esta primera carta, además del saludo inicial y mi presentación –más me conocerás a medida que vayan pasando las diversas misivas– quisiera referirme de forma general a ti y a todos los que antes he citado.

Deseo, pues, explicaros algunas cosas que sirvan para todos, sabiendo que yo “no escribo nada que no puedan leer todos” (EP 1187). Quisiera referirme a algunos elementos que preceden y sustentan todo cuanto iré diciendo. No tendré ocasión de volver sobre ello y me parece importante.

Estás en la edad en que se toman las grandes decisiones de la vida. Te estás orientando en lo laboral y en lo personal. Es momento importante porque afrontar la realidad en lo concreto y ser fiel después a las decisiones tomadas, no es nada sencillo. Lo sé. Además se ignora el futuro, lo que nos depara la vida. Eso lo he experimentado yo en mi vida y otro día te lo

contaré. La realidad es mucho más compleja que los esquemas que a veces nos formamos, y es preciso reconocer que nadie posee todas las cualidades que desearía para encauzar el camino laboral y el de la vida de amor.

Has vivido ya un importante trayecto de la vida, pero pese a todo la estás comenzando. Nadie sabe cuándo se va a cerrar su vida, pero todos saben cuándo se va abriendo, y eso es lo que te ocurre a ti. Eres joven; te llamaría “joven adulto”, y quisieras dar una consistencia a tu vida, que a veces, diría que casi con frecuencia, no la encuentras en gente de tu edad.

Repasa un poco tu existencia y mira cómo te encuentras en este momento, cuando vas a iniciar tu trabajo en una obra escolapia. Tener conciencia de uno mismo, conocerse a fondo, darse cuenta de lo que uno es, resulta elemento inmejorable para poder después ayudar a los demás en la educación que se va a impartir. Porque, en el fondo, en la educación no se trata de llenar de conocimientos al niño que tenemos delante, sino de lograr que llegue a ser persona. Y ¡cómo vamos a ayudar a los demás si nosotros no lo somos! Sigue siendo cierto aquello de que “nadie da lo que no tiene”. Si quieres ayudar a los demás, debes haberte ayudado antes que a nadie a ti mismo.

Volviendo sobre tu persona debes fijarte en diversas áreas de tu personalidad. Las cito y te las comento brevemente.

En lo *humano*, te sientes joven –y lo eres–, en plenitud de fuerzas, y te da la sensación de que nada se te puede resistir. Parece que puedes con todo y nada de lo que te puede acaecer va a ser más fuerte que tú. Lo has demostrado porque has dicho que “sí” a cuanto te han pedido en el colegio. Este aspecto humano es importante porque es también soporte necesario para todo el trabajo que tendrás que desarrollar.

En lo *psicológico*, tienes que hacer un balance de tu propia madurez, aunque ya te das cuenta de que te falta aún un camino que recorrer. También es cierto que creerse maduro no deja de ser una cierta fatuidad. Nadie está maduro a cierta edad, o podemos decir que uno está maduro cuando posee la madurez que requiere la edad que tiene. Muchas veces pueden quedar aún por resolver problemas psicológicos del pasado, porque ni la simple edad ni la experiencia de Dios ni la gracia, garantizan de por sí la solución de dichos problemas psicológicos, más aún cuando atañen a la estructura biopsíquica de la persona. Tendrás que recorrer un camino, y es preciso que hagas tu propio proceso al mismo tiempo que a diferentes niveles debes ayudar a otras personas a realizar el suyo. La diferencia de edad, traducida en perspectiva de experiencia y contenido, te ayudará en este camino. No olvides, de todas formas, que no se puede dejar de lado ninguno de estos dos elementos si quieres ser un auténtico edu-

cador. Además, debes examinar tu vida para ver si has tenido tú mismo una educación rígida de tus pulsiones o una sublimación afectiva en el deseo religioso, que puede impedir el desarrollo normal de tu personalidad.

En el ámbito *existencial*, si deseas caminar como persona, no debes huir de las realidades fundamentales de la vida, cosa que suele ocurrir a no pocas personas, sino afrontar con seriedad el presente. Es normal que notes que se te escapa el sentido de muchas cosas. Sentido que se va descubriendo poco a poco. Con frecuencia lo importante no es lo que ocurre, sino el sentido de lo que sucede. Cuando uno desciende a lo profundo de su ser –y para mí el conocimiento propio es “un buen principio de la vida espiritual” (EP 1339)– es cuando mejor dispuesto está para hacer el itinerario hacia Dios. Y es que a través del propio conocimiento uno llega a ver su “miseria” (EP 1339), es decir, los fondos oscuros que existen en el propio corazón. Este conocimiento propio es necesario si uno no quiere vivir engañado, lo cual imposibilitaría la acción educativa en su riqueza más honda. Cuando uno se desconoce y no ha bajado a lo más hondo del propio conocimiento, es difícil que sepa ayudar a los demás en lo que él mismo no ha sabido hacer en su propia persona.

Finalmente, en el plano *espiritual*, las historias son muy diferentes. Y cada caso hay que tratarlo de manera distinta. Pero ahora me

refiero a tu situación, Luis. Has vivido circunstancias y experiencias ricas que te han abierto a Dios. Comprendes que Él no es aún quien debiera ser para ti. Pero agradeces lo vivido. Ves que no todos tus compañeros han tenido experiencias semejantes y que, en consecuencia, se plantean de otra manera su vida. Miras hacia atrás y constatas la gratuidad y el acercamiento de Dios a ti. Sin embargo, te encuentras aún atado por dentro. La experiencia de la gracia se te ha convertido en un sistema regulador de la realidad. Lo que has vivido te ha servido mucho; gracias a ello has aprendido a asumir los sentimientos negativos que han ido apareciendo tantas veces en tu vida, pero no andas aún suelto por dentro. Te falta aunar confianza y responsabilidad, trabajo y gratuidad, esfuerzo y esperanza.

En cambio aquellos que se sienten algo lejanos de planteamientos religiosos, no pueden olvidar que yo fundé mis escuelas buscando unir piedad y letras o, como ahora decís, fe y cultura. En consecuencia, piedad o fe son elementos que han de marcar fuertemente las escuelas calasancias, como en otra ocasión os recordaré. A estos maestros, respetando lógicamente su libertad –yo respeté como nadie la de los judíos que acudían a las escuelas de San Pantaleón–, les pido que trabajen poco a poco por encontrar dentro de la obra escolapia itinerarios que les vayan llevando a ser auténticos educadores en las presencias escolapias.

Luis, en el momento de comenzar tu trabajo, te encuentras en una edad que aunque joven, hay que decir que es también adulta. Es esa etapa de la vida en la que se encuentran muchos de tus compañeros. En esta etapa cada uno percibe y vive su realidad más profunda, su propia realidad humana; por eso son tan imprescindibles los presupuestos humanos en todo lo que has hecho. Porque si no existe el peligro de llegar a una edad en que a pesar de lo vivido, uno no acaba de darse cuenta de lo que es la vida y pasa de puntillas por muchos aspectos en los que tendría que haber profundizado. Otras veces en esta etapa hay que hacer opciones serias y en ocasiones duras, pero no tanto por fuerza de voluntad, como si se tratara de la fuerza de un titán capaz de todo, sino por convicción de existencia, para que la vida no se agote.

Me interesa tanto que entres bien en este período de tu vida o que quienes se encuentren en él caminen con alegría y paz y, al mismo tiempo, con atención esmerada por el bien de los niños, que deseo indicarte e indicaros algunos elementos que me parecen importantes, antes de despedirme hoy de ti.

Este trayecto de vuestra vida, os considero jóvenes adultos, es un tiempo en el que vuestra existencia se va enraizando en la realidad. Lo notáis por dentro y se manifiesta por fuera. Se dan compromisos, intereses, responsabilida-

des. Miráis hacia delante y veis un futuro prometedor, y el presente no os pesa, al revés, es fundamento seguro y consistente sobre el que os apoyáis, encontrando la seguridad que os lleva a mirar con gozo el futuro.

Desearía señalaros algunos aspectos concretos de esta etapa de vuestra vida:

Primero, que la etapa en que os encontráis es de vitalidad y confianza en el futuro. Nada os asusta. Parece que nada se puede interponer destruyendo vuestro camino. Os lanzáis a él con espíritu creativo, y eso me encanta, porque así fui yo, y porque maestros de este talante son los que necesitan hoy las Escuelas Pías para llevar adelante la misión que le encomendó y sigue encomendando la Iglesia.

Segundo, es una etapa en la que ya no se vive del pasado. El pasado, pasó. Antes teníais que elegir, ver, discernir, preguntaros por lo que iba a ser en el futuro vuestra existencia, a qué os ibais a dedicar. Ahora lo tenéis claro, y lo que hay que hacer es llevar adelante un proyecto, mucho más cuando tú, Luis, has sido aceptado en las escuelas calasancias o cuando otras muchas personas que van a ser tus compañeros u otros que se encuentran en lugares distintos están trabajando hace ya varios o muchos años en el mismo campo.

Tercero, no puedes olvidarlo, es etapa en que el elemento fundamental de la vida para

todos, el amor, está presente de una forma especial en vuestras vidas. Unos estáis casados, otros con un proyecto definido de amor y entrega, y eso da también consistencia y solidez a la vida.

Todos estos aspectos tendrás que cuidarlos para que la vida no empiece a desmoronarse por ninguno de ellos. Porque debéis también ser conscientes de que se puede fundamentar mal una opción de vida. Y no me refiero a la elección del trabajo que se ha hecho. Me refiero más bien en este momento a la opción de vida como persona. Cuando uno fracasa en este aspecto pueden aparecer algunos síntomas que es bueno conocer para no andar descaminado.

Uno de ellos es la necesidad que se siente de *eludir responsabilidades*. Se quiere pasar totalmente desapercibido. Desciende el tono vital. Van desapareciendo las ilusiones por el trabajo. Se hace lo que a uno le toca, y aun eso sólo a veces, tratando de apartar el hombro lo más posible.

Aparece también la *inseguridad personal*, aunque con anterioridad se había trabajado con eficacia e ilusión; ahora está presente y va ganando terreno la falta de autoestima o se dan problemas pendientes de ella.

Desde esa situación, habiendo perdido la óptica real, se da un *choque brutal* con la complejidad de un mundo para el que uno no había

sido preparado. Uno puede examinarse, echar la vista atrás, mirar su historia y se da cuenta de que efectivamente no estaba preparado para la vida en la que se encuentra.

Y también, si lo tenía, se da una *pérdida del sentido religioso*. Y por eso mismo mayor dificultad con el entorno en el que vive, si la presencia escolapia subraya ese aspecto.

Luis, me encanta haber hablado contigo durante unos minutos. Ha sido un primer encuentro. Espero tu respuesta; sabes cuál es, tu buen hacer en la escuela calasancia, donde estás. Hasta pronto.

Te quiere como a hijo

José de la Madre de Dios (José de Calasanz)

Carta 2

Los caminos que uno cree de Dios

Querido Luis: de nuevo contigo. En mi carta anterior me referí a ti y a tus compañeros que vais a comenzar vuestro trabajo este curso en una obra de las Escuelas Pías. Hoy quiero explicarte que yo nunca pensé en ser maestro. Mis caminos iban hacia otro destino. Un destino que siempre creí que venía dirigido desde lo alto, por voluntad del Padre de los cielos. En la próxima misiva te contaré cómo Dios quebró mi camino, mis intereses, mis deseos, mi convencimiento de que iba por la senda que Él quería y me indicó su auténtica voluntad. Pero dejemos esto para otra ocasión.

Mirando mi camino uno comprende y experimenta que toda historia es siempre una historia de búsqueda, en la que se percibe cómo el camino de una persona nunca está hecho y definido desde el principio. Se trata más bien de un ir buscando, dispuesto a reemprender constantemente nuevas sendas. Hoy lo notáis en los muchos cambios que se dan en todos los ámbitos de la vida personal. Puede tratarse del

lugar de trabajo, de lo cultural, de la política o de la vida de amor; pero los cambios están a la orden del día. Cambios constantes en la vida, aunque las nuevas sendas que uno emprende parezcan separarse demasiado de la existencia que uno había ido construyendo con mimo, seguro del presente. Ocurre que los acontecimientos nos van enseñando que en el que estamos no es el albergue definitivo y nos empujan a buscar nuevas realidades.

Esto es lo que me ocurrió a mí. En cada una de las etapas de mi vida creí haber encontrado mi lugar; luego Dios me hizo ver, a través de diversos acontecimientos, que no era ese mi sitio y que tenía que emigrar en busca de su querer.

Tuve la suerte y la gracia de nacer de una familia cristiana, infanzona y numerosa. Todo esto me marcó. La honradez y trabajo de mi padre, su seriedad y buen hacer, su fe inquebrantable y su adhesión a la Iglesia y a cuanto mandaba lejos de cualquier duda, y el amor de mi madre, su delicadeza, el cuidado que tuvo siempre de todos nosotros, sus hijos, y de nuestra educación, calaron hondamente en mi corazón.

Desde pequeño quise ser sacerdote. Ya a los 14 años lo dije en casa, en el momento que juzgué oportuno. Como suele ser normal, al principio mi padre manifestó repugnancia. Mi madre estaba más cerca de mí en este asunto.

Pero insistí ante mi padre, hablé con él, razoné mi deseo y, al final, el amor de padre quedó convencido cuando vio la voluntad y el tesón del empeño del hijo y las razones que le daba. Por lo tanto ya a los 14 años estaba convencido que sería sacerdote. Era aún joven, pero no tanto como para no darme cuenta de que mi futuro tenía ya un norte.

Si quería ser sacerdote tenía que estudiar, y mis padres deseaban que lo hiciese. Fui a Estadilla, donde los trinitarios tenían una casa de estudios y allí empecé lo que podría llamar mi carrera. De forma que cuando ya pasé con éxito la gramática, letras humanas, poesía y retórica, tuve que inscribirme en la universidad. La más cercana, Lérida; y a ella me encaminé. Fue por eso la preferida. Allí estuve durante varios años cursando diferentes materias. Tres años de filosofía y cuatro de derecho. Tengo que decirte que se me da bien el derecho y mis conocimientos me sirvieron en años posteriores.

No puedo olvidar el día que me tonsuraron. Era como abrir las puertas de lo que tanto ansiaba y de lo que creí que iba a ser mi vida. Fue el 17 de abril de 1575. Todavía lo recuerdo. Me faltaba muy poco para cumplir los 18 años. Por ese entonces conocí a los jesuitas a quienes desde entonces he tenido siempre en gran aprecio, "a los cuales ya desde pequeño los respetaba como Padres enviados por Dios para ayuda

universal del mundo, como lo ha demostrado la experiencia" (M 82). Predicaron las cuaresmas de 1576 y 1577.

Puedes comprender, Luis, que durante todo este tiempo mi alma se desplegaba en Dios y caminaba feliz hacia el final de mis sueños, el sacerdocio. Pero Dios tiene sus planes y con frecuencia desbarata todas nuestras expectativas.

De Lérida pasé a Valencia, donde no estuve mucho tiempo, por causas que ahora no vienen a cuento, y desde allí me trasladé a Alcalá. Como en Valencia había frecuentado el colegio de San Pablo de los jesuitas, en Alcalá fui recibido en el colegio Máximo, también de los jesuitas. Debía ser el curso 1579-80.

Y aquí volvió a entrar Dios en mi vida a través de la cruz. Estando estudiando en Alcalá me enteré de la muerte de mi hermano mayor, Pedro, el heredero de casa, muerto sin descendencia. Como estaba metido en el curso creí que lo mejor era continuar los estudios hasta acabar el curso, antes de acercarme a Peralta. Pero no viene un mal sin otro, y al poco tiempo falleció mi madre. No tenía ya excusa y me fui a mi querida Peralta.

Fue uno de los momentos más difíciles de mi vida. Por una parte, comprendía la posición de mi padre. Habiendo muerto el heredero sin hijos y no habiendo otro varón en la familia,

quería que yo le diera descendencia y conservara el apellido. Por otra, estaba convencido de mi vocación; por dentro, mi ser no podía dudar ni un segundo de lo que el Señor quería de mí. Me encontré mal físicamente por la lucha tenaz que se cebó en mí. Y enfermé. Decían que la enfermedad era grave, que estaba en peligro de muerte. En esta situación y oyendo a los médicos, mi padre capituló. No quería otra muerte más en casa. Y yo en aquella enfermedad me ofrecí enteramente, en cuerpo y alma, a la Santísima Virgen, suplicándole llegar al sacerdocio. Y curé. Vi en todo ello otra vez la mano de Dios y su confirmación de que mi verdadero camino era el sacerdocio.

No pensé volver a Alcalá. Estaba cerca de Lérida y no quería alejarme de mi padre. Me quedaban aún dos cursos de teología. Allí obtuve el título de bachiller y más tarde el de profesor de sagrada teología. Quizá me rondaba por la mente obtener el doctorado, pero en ese momento tenía cosas más importantes. Y así, después de recibir las órdenes sagradas, por fin, el 17 de diciembre de 1583 fui promovido al orden del presbiterado.

Luis, no puedes figurarte la alegría de aquel día. Nunca había tenido al “Ser” tan cerca de mí. Y el Espíritu Santo me penetró hasta lo hondo de mi ser. Lo que tanto había soñado y que no me lo merecía, me venía dado por Dios. Por fin, se hacía realidad aquello por lo que

tanto había luchado. Estaba convencido de que aquel era mi camino. Ya no tenía nada que buscar y conseguir; sólo someterme al querer de Dios en los destinos que me fueran llegando, estando entre mis gentes, y en ellos entregarme cuanto pudiera para mostrar a los demás el amor incomprensible de un Dios que se había abajado hasta mi pobre persona.

Lo normal era que entrara inmediatamente al servicio de mi diócesis, la Seo de Urgell, pero diversos acontecimientos me llevaron de una parte a otra durante los primeros años de mi sacerdocio. Empecé en la diócesis de Barbastro; al fin y al cabo Peralta está cerca y mi padre era ya anciano. Tuve la suerte de tener un obispo ejemplar en todos los sentidos. Se llamaba Felipe Urríes, dominico, y fui elegido para ayudante de estudio. Mucho me enseñaron el obispo Urríes y los sacerdotes que le acompañaban con quienes formaba una especie de comunidad en la que todos vivían.

Pronto murió el obispo Urríes y tuve que desplazarme a Monzón, donde iban a comenzar las Cortes de Aragón. Allí se me requirió que fuera secretario de la reforma de los frailes agustinos.

Por esos días enfermó mi querido padre y me acerqué a casa desde Monzón, lugar cercano, para honrarle como lo había hecho durante toda mi vida. Como me encontraba sin obispo, monseñor la Figuera me nombró su confesor y

examinador. Y le acompañé al monasterio de Monserrat, ya que el obispo había sido elegido, con breve apostólico, visitador de la comunidad de monjes que allí residía. Cuatro meses estuve allí, hasta que Dios se nos llevó al obispo. Me volví rápidamente a mi tierra y poco después murió mi padre.

Luis, puedes darte cuenta de lo ajetreados que fueron esos años. Parece que la muerte me salía al camino por todas partes. Mi único deseo era agradecer a Dios, servirle y entregarme al ministerio sacerdotal. Pero puedes ver bien claramente lo que te decía al inicio, los caminos que al principio uno cree de Dios van cambiando constantemente, sin saber a dónde nos van a conducir.

Por fin, después de tantos trasiegos, recalé en mi diócesis de Urgell y allí me nombraron secretario del capítulo de prelados y canónigos y maestro de ceremonias de la catedral. Ambos encargos me iban bien. Porque me gustaba ser secretario y tenía habilidad para ello, y siempre me ha encantado la liturgia. Trabajaba en el palacio episcopal y desarrollaba mis otras funciones en la catedral. Cuando llegué yo la diócesis estaba sin obispo. Fue nombrado monseñor Andrés Capilla, doctor por Alcalá, jesuita primero y más tarde cartujo. De la cartuja vino a sacarlo la voluntad del papa. El nuevo obispo me nombró familiar y provisor. Fueron para mi un remanso de paz

aquellos primeros tiempos; pero poco duró esa quietud, que las aguas bajaban bravías y turbias por las tierras de la diócesis. De ahí que me nombraran Visitador del arciprestazgo de Tremp y en seguida oficial eclesiástico, con atribuciones de Vicario General.

Para no cansarte, Luis, con esta pobre historia mía de los años que pasé en España y en los que creí que ya se había manifestado definitivamente la voluntad de Dios sobre mí, de tal manera que de ninguna manera pensé jamás que mi destino fuera ser maestro y educador, abreviaré mi exposición. El señor obispo, contento con el trabajo que desarrollábamos los dos visitadores (el otro se llamaba Pedro Gervás de las Eras), fuimos nombrados procuradores, visitadores y reformadores de los oficialatos de Sort, Tirvia y Cardós. Pero no por eso olvidé las parroquias de Claverol y Ortoneda. Subí en varias ocasiones a visitarlas, y allí cerca, en Pont de Claverol, tenía una casa de amigos, los Motes, donde me hospedaba. Gente buena donde la hubiere, que me ayudó mucho. El padre construyó su casa junto al río y, en ella, una capilla que bendije y en la que dije la primera misa.

Quería profundamente a las gentes de aquellas tierras. Gente pobre y buena. Era mi gente, me la habían confiado. Pero sentía dos cosas. Por una parte, quería obtener una canonjía. Es decir, poseer un beneficio eclesiástico que me

permitiera vivir sin preocupaciones y pudiera así entregarme sin reservas a aquella gente sin tener que atender a otros asuntos. Ahora, después que el Señor hizo su obra en mí y me sacó de mis equivocaciones e ignorancias, me doy cuenta de que en el fondo de mi corazón no imperaba completamente su amor; que aún Él no era el único Señor. Que todavía doblaba mis rodillas y daba pleitesía a otros señores que se acurrucaban en lo profundo de mi corazón. Pero en aquel tiempo no me daba cuenta de esto, y esa ignorancia hacía que pensase en Roma como la solución de mis deseos. Y lo fue. Pero de otra manera a como yo lo había pensado. El Señor se sale siempre con la suya, y no podemos sino alabar su misericordia y obrar.

He de decir también que por dentro sentía como una fuerza que me impelía a ir a Roma. No sabría describirla. Era como un deseo que brotaba de la raíz del ser, sin saber porqué ni cómo. Era algo vivido más que reflexionado, instintivo más que pensado; como una fuerza vital que me llevara hacia la ciudad eterna. No le di entonces más importancia. Me guiaba la voluntad y confianza o seguridad de conseguir lo que quería. Sólo más adelante, cuando Dios me derribó también a mí del caballo, comprendí que detrás de aquel impulso estaba el Señor. Que en el fondo se trataba de una llamada suya; llamada como las hace Él, sutil pero persistente, desconocida pero actuante, sin nombre pero con fuerza. Él siempre obra así.

Por fin llegó el tiempo en que me decidí. Luis, no fue fácil, pero siempre creí que hacía lo que tenía que hacer. Y sin más, empecé a renunciar a los cargos que tenía. Hablé con el señor obispo y comprendió cuanto le expresé. Incluso me llevé un libro proporcionado por él, que tanto bien me había hecho y que después regalé a un religioso de otra Orden en Roma, gran amigo mío, más joven que yo.

Y como quería traerme a todo trance la canonjía, me fui a Barcelona y allí obtuve el título de doctor. Hasta ese momento firmaba como bachiller o profesor en sagrada teología, porque eran los grados a los que había accedido. Cuando pude poner bajo mi nombre, “doctor”, no sabes lo que me enorgullecí. Ahora me sonrío o me da pena, toma la expresión que quieras. Ahora todo aquello se me hace poco o, siendo más exacto, lo veo como algo en lo que me buscaba yo y no el honor de mi Señor.

Y ahí me tienes, en el puerto de Barcelona, dispuesto a embarcar para Ostia y de allí dirigirme a Roma. Era el mes de febrero de 1592. No había cumplido aún los 35 años. Me sentía lleno de mí mismo y capaz de cualquier cosa. Si deseas saber cómo era físicamente, te diré que “era hombre alto, de venerable presencia, barba de color castaño, cara alargada y blanca”. Al menos así me describió, siendo ya anciano, aquel chiquillo de la casa de Motes que me había visto repetidas veces cuando me hospedaba en su casa.

Luis, te he ido contando los acontecimientos más salientes de mi vida en España de una manera general. Quería que me conocieras y, sobre todo a través de los sucesos de mi vida, te dieras cuenta de una cosa importante, que yo no iba para educador. Que ser maestro no se me había pasado por la cabeza. Que estaba convencido que mi destino era otro, porque había llegado a ser lo que según mi pobre entender era la voluntad del Señor.

Me puedes preguntar cómo era entonces, en el momento de dejar España, y qué es lo que sentía. Y así tendrás una información completa de mi persona a los 35 años más o menos. Te describo algunos aspectos.

Al dejar España sentía al mismo tiempo alegría y pena. ¡No sé cómo se pueden sentir al mismo tiempo sentimientos contrarios, pero así me ocurrió a mí! Alegría, porque me encaminaba a la obtención del último elemento que me faltaba para afianzar mi vida en el servicio de las gentes de mi tierra. Porque, Luis, te puedo confesar de corazón, que ese era mi deseo. Volver cuanto antes a España, volver a mi tierra y seguir sirviendo a toda su gente.

Al mismo tiempo sentí pena por dejar no tanto la tierra cuanto tantas personas que conocía. Las amaba entrañablemente. Y quería gastarme y desgastarme por ellas. Había tenido que trabajar duro por el clero. De los arciprestazgos que tenía, cuanto más al norte, más necesitaban

una reforma en lo cultural y en lo espiritual. Me lancé con todas mis fuerzas a esa tarea. Y me fui ganando la voluntad de aquellos sacerdotes por medio de artimañas que me acercaban poco a poco a ellos. Así rivalicé con ellos en sus juegos, hablaba con ellos, les aconsejaba y sus vidas iban cambiando. Y ahora se quedaban solos. Quería volver a ellos.

Me seguían llegando al corazón el recuerdo de aquellas buenas y solitarias gentes de Claverol y Ortoneda, de Sort, Tirvia y Cardós. No podía dejarlos solos. Ni quería.

Pero Dios tenía sus caminos. Yo que me preocupaba tanto de los demás, no me daba cuenta de que también necesitaba conversión. De que en mi interior el Señor no era lo principal de mi vida y que aun cuando yo creía servir al Señor, no podía recitar con verdad el *shemá* Israel. Estaba atrapado por el prestigio y el poseer. Y no me daba cuenta. Porque cuando uno no tiene la luz de Dios, todo le parece bueno. Es cierto lo del salmo: "Tu luz nos hace ver la luz". Sólo en Roma Dios iba a realizar su milagro, me iba a derribar del caballo, pero le iba a costar casi un decenio. En otra ocasión te lo contaré.

Luis, cuídate y ahora que me conoces un poco más, mira tu propia vida y comprende y acepta que el camino nunca está hecho por completo. Que sólo y siempre está en manos de Dios.

Con amor de Padre,
José de la Madre de Dios

Carta 3^a

Descubrimiento de mi vocación educadora

Querido Luis: llega el momento de explicarte cómo descubrí mi vocación educadora. Te diré antes que nada que Dios zarandeó mi vida como quiso. En sus manos estamos y Él sabe cuanto nos conviene. Pero da la sensación, mirando mi existencia, que yo quería una cosa y Dios otra. Pensé vivir en España, y mucho más de la mitad de mi vida la pasé en Roma. Pensé morir en mi tierra, y entré en la Vida en la ciudad eterna. Pensé ser sacerdote diocesano, y acabé profesando de religioso. Quise tener unas ciertas posesiones, y terminé en "pobreza suma". Anhelé una canonjía, y acabé dedicando mi vida a un "ejercicio vil y despreciable" como se entendía entonces el enseñar a los pobres. Creí que mi vocación era la de ser párroco en los pueblos del reino de Aragón, y acabé siendo maestro en las aulas de San Pantaleón. Esperé dedicarme a toda clase de personas, sobre todo adultas, y mis preferencias acabaron siendo los niños. Busqué ser canónigo, y

fundé una Orden religiosa. ¿Ves? Dios fue frustrando mis planes y cumpliendo los suyos. Así obra a veces el Señor.

Como te contaba en la carta anterior fui a Roma con la intención de conseguir una canonjía. Estaba, además, aquel impulso interno del que te hablé. Pero lo cierto es que ya no volví de la ciudad eterna; que me quedé en ella, que no fui canónigo y que me convertí en maestro. ¿Qué es lo que me ocurrió? ¿Qué sucedió en mi vida para que se diese semejante cambio? Es también la historia de una conversión.

Todo tiene su razón de ser. Y por eso, Luis, tienes que tener en cuenta algunos presupuestos que se daban en mi vida y que explican el devenir de mi existencia.

Ante todo tengo que reconocer que Dios me había dado la capacidad de entenderme con la juventud. Y eso se había manifestado durante los años de mis estudios. Estaba dotado para entenderme con los jóvenes. Recuerdo un hecho que manifiesta cómo me estimaban, y lo digo sin ningún orgullo, en la universidad de Lérida. Y es que allí fui nombrado "Prior del Reino" por los estudiantes del reino de Aragón. Quiere decir que me granjeé la simpatía y admiración de mis compañeros y que vieron en mí a alguien que podía ayudarles. Te lo repito, no lo digo con vanidad. Hay que reconocer los dones del Señor. Es simplemente un hecho que después me ha arrojado luz para comprender

cómo Dios iba haciendo su obra y encaminando su voluntad.

Por contarte alguna anécdota puedo decirte cómo estudiando en la dicha universidad de Lérida tenía un condiscípulo, de mi misma edad, llamado Mateo García que fue después sacerdote. En aquellos tiempos de sus estudios era bastante díscolo, por lo que con cierta frecuencia se encontraba luego en grandes peligros. En más de una ocasión recurrió a mí y con mi consejo y ayuda logré sacarlo de sus dificultades.

Por eso tengo que reconocer que en mí había una especie de substrato natural que podía inclinarme a lo que después fue mi destino. Y es que la vocación educadora arraiga en la textura del ser, pues las repugnancias vitales son difíciles que se resuelvan por medio de impulsos voluntarios. Vocación humana y temperamento natural no pueden divorciarse demasiado, so pena de crisis muy agudas. Por eso la vocación educadora no me iba a venir como algo yuxtapuesto o añadido.

Otro elemento que he juzgado también siempre de gran importancia es que mentalmente conocía ya el valor de la educación. Lo había descubierto durante los años de mis estudios; estaba convencido de que constituía una gran riqueza aunque nunca se me había ocurrido dedicar la vida a ese servicio. Recuerdo que al poco de llegar a Roma, era noviembre de

1592 y yo había puesto mis pies en la ciudad eterna en el mes de febrero, escribí una carta al párroco de Peralta. Al principio me carteeé varias veces con él. En la carta a la que me refiero le comentaba: “Me ha parecido muy acertado que hayan llevado maestro de latinidad a ese lugar, porque va a facilitar a los padres que hagan aprender las letras a sus hijos, que es una de las mejores herencias que les pueden dejar” (EP 4).

Puedes colegir, Luis, que tanto temperamental como mentalmente estaba preparado para la educación. Existía el substrato. Tenía facilidad y, al mismo tiempo, conocía la importancia de la misma. Dos elementos importantes e incluso necesarios, porque quien no tiene facilidad para la educación puede producir estragos en lugar de conseguir maravillas, y quien desconoce su valor llegará a ser mercenario, uno que mercantiliza su oferta, pero no alguien que mira el bien de la persona.

Todo esto se daba en mí, pero no había saltado la chispa que pusiera en movimiento la realidad vocacional. No había sonado aún la hora de Dios.

Tan es así que cuando dejé España para venirme a Roma, pensaba volver muy pronto a mi patria. Estaba convencido que conseguiría con relativa facilidad lo que andaba buscando y de hecho llegaba a Roma con muy buenas recomendaciones y allí aún encontré mejores.

Me parecía tener la presa cazada. En mi pensamiento y en mi querer la ciudad eterna era un simple lugar de paso. No terminaba allí mi camino; no pensaba dejar en ella mis huesos. En todo caso allí empezaba la solución de mi vida. Tan seguro estaba de esto que así se lo había comunicado a mi familia. En la carta antes citada les advertía: “A mis sobrinas de la casa Pere Ferrer les dará encomiendas de mi parte, y a mi hermana y a sus hijas, y les dirá que deseo mucho volver pronto a España para poderles ayudar en lo que necesiten, y que tengo una gran confianza de que pronto me proveerán” (EP 4). Mi voluntad era clara, pensaba quedarme en Roma el tiempo preciso para lograr mi objetivo, que esperaba fuera pronto.

Esta era la situación de mi espíritu en aquellos primeros meses de mi estancia en Roma. La verdad es que no se cumplió cuanto decía en la carta arriba mencionada. La pregunta es: ¿qué me ocurrió para que cambiaran tanto mis planes y no se cumpliera lo que aparece tan seguro en mi carta y que se ve que deseaba con tanto ardor?

Ahí es donde empezó a entrar Dios poco a poco en mi existencia, rompiendo mis planes, suscitando los suyos, haciendo que mi vida se orientara más y más hacia su querer. Te lo explico.

Estaba alojado en el palacio del cardenal Colonna; era preceptor de sus sobrinos, y al

mismo tiempo me preocupaba de cuanto se refería a la canonjía. Así iban pasando mis días. Al poco tiempo empecé a darme cuenta de que no se cumplían mis previsiones y que lo que yo creía que iba a conseguir enseguida se iba dilatando. Pensé que podía dedicar el tiempo que me sobraba a trabajar por los enfermos y visitarlos. De esto se ocupaban algunas cofradías.

Había una Archicofradía, surgida durante el pontificado de Paulo III, en la iglesia del Gesù. Posteriormente fue trasladada a la iglesia de los franciscanos conventuales que se encontraba pared con pared con el lugar donde yo habitaba, el palacio Colonna. Había tomado el nombre de Archicofradía de los Doce Apóstoles por el nombre de la iglesia. Estaba bajo el título de un cardenal protector. Anualmente se elegía presidente y doce Diputados o Visitadores, quienes, con dos coadjutores cada uno, si lo creían necesario, visitaban a los pobres y enfermos dos veces por semana en los barrios que les habían sido asignados; al mismo tiempo les ayudaban con las limosnas y con palabras de caridad y comprensión.

Pues bien, a esta Archicofradía, dado lo cercana que estaba, di mi nombre, y en ella me ejercité en el amor y entrega a los enfermos y pobres de las parroquias que visitábamos. El resultado fue que los deberes y obligaciones que me suponía esta pertenencia me lanzaron a conocer palmo a palmo los diversos barrios de

Roma, porque fui Diputado durante casi un sexenio, de 1596 a 1601.

Y aquí entró Dios. Porque empecé a descubrir una Roma para mí ignorada, ya que el círculo en el que me movía era bastante restringido. Fue un hecho doloroso, pero hermoso. Las vocaciones no caen del cielo como meteoritos, sin ninguna vinculación con lo humano. Todo lo contrario, son ordinariamente las circunstancias que rodean una vida las que conducen a una persona a enmarañarse más y más en un camino, siendo a la postre, incapaz ya de salir de él. Que es lo que a mí me sucedió.

A través de los servicios en la Archicofradía de los Doce Apóstoles, me tuve que mover por Roma y ahí es donde Dios me lanzó el reto y me dio el estoque. Porque, ¿sabes, Luis, qué Roma descubrí yo? ¿Qué había detrás de tantas cosas hermosas como se daban en la ciudad de los papas, de los monumentos e iglesias a cada cual más hermoso? ¿Qué se escondía detrás de todo aquello que tantos alababan y casi todos desconocían? Algo que me hizo estremecer. Y te lo detallo.

El ambiente moral dejaba mucho que desear. Lo sé, no sólo en Roma, también en otras ciudades de los Estados Pontificios. “Hasta qué punto eran depravadas las costumbres... lo demuestran las severas penas promulgadas contra blasfemos y sodomitas, contra los maldicientes que habitaban cerca de las iglesias o

lugares piadosos" (Sántha, Gÿ, *San José de Calasanz. Obra pedagógica*, p. 29, nota 6). Era tan grande la depravación a la que se había llegado que "a las niñas del Piamonte mayores de ocho años les estaba prohibido que se las enviara a vender achicoria o ensalada. Fueron innumerables las prohibiciones referentes a las armas. Se prohibió incluso bailar o representar comedias en casa de las cortesanas, lo mismo que en las hosterías" (*Ibidem*). Pero esta disolución no era algo que se daba sólo, como se podría creer, en la sociedad más adinerada; también ocurría en los que nada tenían, que se reunían en los catorce riones romanos. ¿Qué habitantes podría tener en aquel momento Roma? Un año antes de llegar yo, en 1591, en un censo que se efectuó en el mes de febrero, Roma arrojó la cifra de 116.618 habitantes.

Te he dicho, Luis, que esto ocurría no sólo en Roma. Recuerdo que cuando me trasladé a Nápoles para la fundación de las Escuelas Pías, nos dieron un solar en el barrio de la Duchesca. Y allí tuvieron que desalojar a 600 prostitutas que habitaban "y también nos dieron para iglesia un gran edificio que servía para representar comedias, de manera que donde antes se ofendía a Dios ahora se le alababa por más de 600 niños" (EP 560).

Te he contado lo que respecta a la moralidad. Pero la moralidad viene condicionada muy normalmente por la situación económica.

Y ésta era tan mala o peor que la anterior. El papa Sixto V luchó contra la pobreza, pero apenas consiguió nada con las Constituciones que promulgó sobre este aspecto. Para que te hagas cuenta de la situación, en 1597, me encontraba yo desde hacía varios años ya en Roma, el mismo papa que reconocía que nada había conseguido con medidas anteriores, describía con vivos colores la miseria de los mendigos ociosos los cuales “sin instrucción religiosa y sin costumbres, como brutos van errantes sin el alimento con que llenar y apacentar el vientre, hasta tal extremo que nadie les administra los sacramentos” (*Idem*, p. 31). Y en 1601 un observador de la sociedad de ese tiempo escribía: “Por Roma no se ve otra cosa que pobres mendigos y en tan gran número que no se puede estar ni ir por las calles sin que continuamente se vea uno rodeado por ellos, con gran descontento del pueblo y de los mismos pordioseros” (*Idem*, p. 31).

Te podría citar muchos aspectos, pero me alargaría. Pero no puedo olvidar algo fundamental para el nacimiento de las Escuelas Pías y es la instrucción. El cardenal Silvio Antoniano que describió Roma, llegó a dar esta imagen de los maestros de entonces: “Personas vagabundas e inestables y que tienen poco cuidado del aprovechamiento de los niños, antes bien, ellos mismos son tales a veces, que tendrían necesidad de ir a la escuela del temor de Dios y de las buenas costumbres, habiendo resultado

por todo ello, aunque sin razón, el enseñar a los niños, ejercicio vil y despreciable" (*Idem*, p. 41).

Todo esto es lo que yo descubrí en mis caminatas por Roma como cofrade de los Doce Apóstoles. Y puedo decirte que quien de verdad es cristiano no puede encontrarse con el dolor, la miseria y la inmoralidad sin que le afecten. De hecho para mí todo aquello constituyó un trauma. Y digo "trauma" porque aquella realidad, no conocida y encontrada sin proponérmelo, comenzó a desestabilizar mi vida. No podía seguir como antes. No era lo mismo. Me di cuenta que no era suficiente enseñar la Doctrina Cristiana los domingos y días de fiesta, que en Roma eran muy abundantes, por cierto. Por eso, los mismos días laborables, mientras repartía las limosnas de la Archicofradía de los Doce Apóstoles, iba preguntando por las calles y casas a los pequeños que por ellas encontraba, que eran muchos. En Roma había, como te he contado, muchísimos pobres. Estos no podían enviar a sus hijos ni siquiera a las escuelas rionales porque había que pagar un tanto. Y cada maestro de rión aceptaba al máximo ocho niños pobres en su escuela. Saca la cuenta, 14 riones por ocho niños en cada uno. Por eso te decía que las calles estaban llenas de niños pequeños y grandes cometiendo travesuras, jugando a cartas, robando y haciendo de todo. Y me di cuenta de que la mayoría no se sabía ni santiguar, ni rezar las oraciones, ni tenía idea de los rudimentos de la fe. Y así

empecé a enseñarles algo. Fue entonces cuando me brotó la vena educadora; fue entonces cuando me di cuenta de lo que había en mí.

Puedo decirte que no había en mí ninguna premeditación, ni mi comportamiento procedía directamente de ninguna consideración religiosa. Era sencillamente que veía la necesidad de aquella gente y que yo no podía permanecer inactivo ante semejante situación. Así pasaron las cosas.

Si quisiera poner fecha a estos acontecimientos, aunque sea de manera aproximada, te diría que fue aproximadamente hacia 1596 cuando me inscribí en la Archicofradía de los Doce Apóstoles. Y empecé a hacer las rondas que me tocaban. En una de ellas, era el 9 de abril de 1597, un miércoles de pascua, pasé el puente Sixto y fui al Trastevere, y allí mismo, en una iglesia llamada Santa Dorotea, encontré una pequeña escuela. En parte me gustó porque allí se enseñaban a niños pobres y no sólo la Doctrina Cristiana sino también otros elementos necesarios para la vida. Me disgustaron dos cosas, que también hubiera niños que pagaban y la informalidad de los maestros porque unos iban por la mañana y faltaban por la tarde, otros iban unos días y dejaban de ir otros. Pese a todo quedé contento y agradecí al párroco que se ocupaba de todo aquello.

Si al principio no me acabó de convencer del todo lo que había descubierto, por lo que te he

comentado, al inscribirme luego en la Cofradía de la Doctrina Cristiana empecé a frecuentar asiduamente la escuelita acompañado de otros cofrades, y concebí la esperanza de trasformarla. Y es que aquella escuelita me iba ganando el corazón. El P. Berro me preguntó por el comienzo de las escuelas y le respondí así: “Respecto al principio de las Escuelas Pías, yo me encontré con dos o tres de la Doctrina Cristiana que iban al Trastiber a dar clase en ciertas escuelas que se hacían en santa Dorotea. Y dado que en ellas gran parte de los alumnos pagaba cada uno un tanto al mes y de los compañeros unos venían por la mañana y otros por la tarde, cuando murió el párroco, que nos prestaba una salita y una habitación en la planta baja, me decidí a pasarlas a Roma, conociendo la gran pobreza que había, por haber visitado durante seis o siete años los barrios de Roma cuando era de la Cofradía de los Santos Apóstoles. Y de los compañeros que tenía en el Trastiber sólo me siguió uno, y se instaló el Instituto en Roma” (EP 4185).

Y en un documento que escribí en 1622 decía: “El Instituto de las Escuelas Pías tuvo sus inicios en la iglesia de santa Dorotea, en el Trastiber, cerca de la puerta Septimiana, por obra de algunos hermanos seculares de la Doctrina Cristiana, entre quienes vive al presente José de la Madre de Dios, del lugar de Peralta de la Sal, de la diócesis de Urgell, en el Reino de Aragón; y ya que allí se enseñaba por lo común

a ricos y pobres, el dicho José hizo fueran enseñados sólo pobres, quienes no encontraban quien les enseñara los principios” (EP 132a).

Se me grabó muy intensamente que el párroco, Antonio Brandini, murió en febrero de 1600 y entonces las escuelas fueron introducidas en Roma, donde todavía están presentes.

Luis, no quiero alargarme, que esta carta sobrepasa lo que me he propuesto escribirte en cada una de ellas. Acabo diciéndote que esta fue la búsqueda inquieta de un hombre cuya vida acabó perteneciendo a los pobres, por quienes dejó sus ilusiones y proyectos, todo aquello que había acariciado durante años y se entregó al servicio desinteresado de los mismos. No tuve ningún mérito. Fue todo obra y gracia del Señor. Ya te lo contaré en otra ocasión.

Me despido de ti con los bellos pensamientos de esa poesía de uno de vuestros poetas:

Nadie fue ayer/ ni va hoy/ ni irá mañana /
hacia Dios / por este mismo camino / que yo
voy. / Para cada hombre guarda / un rayo
nuevo de luz el sol... / y un camino virgen /
Dios.

Con afecto paterno

José de la Madre de Dios

Carta 4^a

El centro de mi vocación

Querido Luis: durante todos estos días que han pasado desde mi misiva anterior, me ha estado rondando la cabeza si la vez anterior te hice ver bien cuanto deseaba decirte y quería que supieras. ¡Fue para mí tan importante todo lo que me pasó, cuanto viví y el resultado de todo ello! Si me preguntas, así, de sopetón, cuál fue el centro de mi vocación, te respondería: ¡el niño pobre! Ahí se encuentra el origen de mi vocación. Ahí está el aspecto fundamental de mi vida. Ahí, la razón por la que hoy puedo escribirte. Sin niño pobre, no existirían las Escuelas Pías y no estarías tú leyéndome.

¿Qué es lo que me pasó? Que al transitar por Roma, por esa Roma que te traté de describir en la carta anterior, sentí que no podía seguir inactivo con tanta pobreza como se manifestaba a mis ojos; eran demasiados los altercados a los que asistía un día tras otro, sin poder hacer yo nada; me impresionaba la ignorancia que descubría, que veía en todos aquellos niños de calles y plazas romanas. El maligno se aprove-

chaba de la situación y ganaba espacio en la vida y el corazón de aquellos pequeños y no tan pequeños que pululaban por los vericuetos de las vías romanas. Me daba cuenta de que se perdían muchos ingenios, jóvenes de excelente talento, que no se aprovechaba porque no había nadie que les enseñara. La tragedia estribaba no sólo en que los individuos se perdían, sino en que una clase social quedaba postrada, incapaz de salir del hondón donde se encontraba. No había solución ni salvación para ellos. Imperaba la idea tan dañina para la sociedad, y defendida por la gente pudiente, de que las clases sociales han sido creadas por Dios, y de que cada quien ha de sentirse contento en la clase social en la que ha nacido, pues ese ha sido el querer de Dios para él. Y ese es el lugar de su salvación, sin “desobedecer” el orden establecido por Dios. Los pobres no podían pensar de otro modo, pues nadie les sacaba de semejante falsedad. Quizá porque a muchos les interesaba que las cosas siguieran como estaban.

Estos elementos descritos, mi querido Luis, iban unidos a otros que me tocaban el corazón si es posible aún más. Me refiero al desconocimiento de Dios, de Jesús, de su Santísima Madre. No sabían esos niños pobres de las calles las oraciones más sencillas y fundamentales del catolicismo. No sabían santiguarse, no conocían el Padrenuestro ni el Avemaría ni el Credo ni los sacramentos.

Y no te digo nada del mal moral en el que se veían metidos y en el que caían. En la carta anterior te he descrito un poco la situación de Roma bajo este aspecto. Eres joven y es muy posible que no hayas vivido una costumbre que a raíz de cuanto te cuento surgió en la Orden de las Escuelas Pías. Al finalizar las clases los alumnos se dividían en cuatro filas, de a dos, acompañada cada fila por uno o dos religiosos; y salían de San Pantaleón e iban hacia los cuatro puntos cardinales, para que cada niño al llegar a su calle o lo más cerca de ella, dejara la fila y entrara en su casa.

Este ejercicio era de gran fatiga para los padres, después de una mañana o de todo un día de trabajo. ¿Sabes por qué y cómo nació esta costumbre? No fui yo el autor de la misma; me la sugirió mi querido hijo el abate Glicerio. Él se dio cuenta cómo al terminar las clases y salir tantos niños de las escuelas, en San Pantaleón llegamos a tener 1200 y en alguna ocasión casi los 1500, había gente mayor que acechaba a las pobres criaturas para aprovecharse de ellas, proponiéndoles comportamientos indecentes. Y por evitar eso, el abata Glicerio pensó en las filas. Así nació una práctica que introdujimos en San Pantaleón, aunque en otros lugares hubo sus resistencias de parte de algunos religiosos.

Luis, puede venirte una pregunta, ¿y qué quería yo con todo aquello? Pues preparar para

la vida a todos aquellos niños pobres, desamparados, incapaces de ganarse el pan de cada día, sujetos a tantos peligros y clases de mal. Por eso mismo había escrito en las Constituciones para la Orden: “Como en casi todas las naciones, la mayor parte de sus habitantes son pobres, que pueden mandar sus hijos a estudiar por poco tiempo, procure el superior que se provea a estos alumnos de un maestro diligente que les enseñe la escritura y cuentas, para que puedan ganarse la vida más fácilmente” (C 198).

Junto a lo dicho había en mí una convicción que siempre mantuve porque me venía dada por el Evangelio, y es que los pobres se identifican con Cristo. ¡Cuántas veces lo escribí en mis cartas! Por ejemplo: “En cuanto a recibir alumnos pobres, obra usted santamente admitiendo a cuantos vienen. Porque para ellos se fundó nuestro Instituto. Y lo que se hace por ellos se hace por Cristo. No se dice otro tanto de los ricos” (EP 2812), donde al mismo tiempo dejaba bien claro cuál era mi intención al fundar el Instituto.

“Estén ahí todos con ánimo esforzado para servir al Señor en sus miembros, que son los pobres. Para que podamos oír a su tiempo: cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (EP 4554), o también: “Si aquellos de los nuestros que han ido a esas regiones considerasen que lo que se

hace por un niño pobre lo recibe Cristo en propia persona, estoy seguro de que usarían mayor diligencia" (EP 2441).

De cuanto te he dicho quisiera que te quedara bien clara una cosa, que la razón de que yo empezara lo que acabó siendo una Orden religiosa, la razón de mis escuelas, no procedía directamente de ninguna consideración pía o religiosa, sino que fueron principalmente mis dolorosas experiencias sociales lo que me llevó a la fundación de las mismas. La gran intuición brotó de mi vida, de lo que estaba ocurriendo en ella y en lo que poco a poco me iba enmarañando y me encontré al final totalmente metido. Una vida que antes no pensaba en nada de esto, pero que poco a poco, al ritmo de la vivencia de los acontecimientos diarios que en ella se fueron sucediendo, fui descubriendo cuáles eran las auténticas necesidades de los hombres con quienes me tocó vivir. Es la vida lo que se me impuso. Y, sobre todo, la vida de los desheredados, de los pobres, de los oprimidos por las mil circunstancias de una sociedad que impone sus leyes.

La necesidad estaba clara. El objetivo a conseguir también. Y se dio en mí una evolución, en la que tengo que decir que no me rendí tan fácilmente. Dios entabló una lucha conmigo o fui yo quien la entablé con Dios. Veía lo que había que hacer, estaba dispuesto a echar una mano, no podía desentenderme de lo que había

visto, pero todo quedaba ahí, porque aún en mi corazón anidaban los viejos anhelos que me habían conducido hasta Roma. Estaba bien sujeto al caballo; si Dios derribó a Saulo de un fuerte empujón, para derribarme a mí se requerían muchos empujones y mucho tiempo. Y eso es lo que ocurrió. ¿Cómo?

Luis, te narro mi vida de forma muy rápida, pero creo que puedes hacerte una idea. En ese tiempo, largo tiempo de casi diez años, se fue dando en mí una evolución. Cuando descubrí cuanto te he narrado, comprendí que tenía que dar más tiempo a una causa tan importante. Eso, el tiempo, porque la vida todavía me la reservaba, todavía era mía, todavía respondía a mis proyectos e intereses. Sabes, Luis, que es más sencillo y fácil dar el tiempo que entregar la vida. Y como te contaba la vez anterior, empecé a dar tiempo y tiempo, es decir, a ir a Santa Dorotea, a pedir que me sustituyeran como Diputado de los Doce Apóstoles en las visitas que me tocaba hacer. Todo esto figura en el libro de la Archicofradía. En Santa Dorotea, con los niños, ayudándoles, preparándoles para la vida me encontraba mejor y se me iba volando el tiempo. Pero no dejaba de pensar en la canonjía.

Una cosa me preocupaba, ¿quién se iba a ocupar de las escuelas en el momento en que yo las dejara? Yo podía seguir un tiempo en Roma, pero después, ¿qué? Pensé que la mejor

solución era ponerlas en otras manos, lo que no quería decir que me iba a desentender de ellas. Lo primero que me vino a la mente fue subir al Capitolio romano a pedir a las autoridades que pagaran más a los maestros rionales. Mejor recompensados, más alumnos pobres recibirían. Era una solución. Y me llegó la primera negativa. No tenían dinero para hacer lo que yo les pedía; siempre ocurre igual en la educación. Si la parte civil se había manifestado contraria y hosca, había que acudir a la religiosa, que esperaba me recibiera mejor. Y, sí, me recibieron mejor, pero con igual resultado. Primero fui al Colegio romano de los jesuitas. No fue posible obtener nada: que ellos no se dedicaban sino a los que dominaban los latines (¡y cómo iban a saberlos si nadie se los enseñaba!), que no recibían a niños tan pequeños. Total, que portazo (eso sí, muy religiosamente) y afuera.

Me venía para mis escuelas y pasé junto a la Minerva, donde estaban los padres dominicos. Quizá pudieran sacarme de mi situación. Ya me dijo el anciano portero que no iba a conseguir nada. ¡Qué bien conocen los porteros a sus priores! Porque así fue. Que lo comprendía, pero que no era el carisma de su Orden. ¿Qué tenía que pensar yo de todo aquello que me iba ocurriendo? ¿Cómo leerlo desde la fe? ¿Es que Dios me quería decir algo?

Creo que fue una de las peores crisis que pasé. Ya que estaba seguro de que mi vocación

era ser sacerdote en mi tierra, donde el señor obispo me enviara, y he aquí que me encontraba metido en unas escuelas que iban creciendo, con niños que muchos de ellos manifestaban sus ansias de saber y de piedad.

Dios aprieta, pero no ahoga. Tuve la suerte de encontrar a tres grandes hombres, los tres carmelitas descalzos, discípulos de Santa Teresa, hombres de gran ciencia y santidad. Fueron llegando a Roma uno tras otro; grandes predicadores, y experimentados confesores y directores de alma. Me di cuenta de que no podía perder semejante ocasión y a ellos acudí abriendo mi interior, mis dudas y certezas, mis luces y sombras, mis convencimientos y oposiciones. Poco a poco me fueron dando luz. Se preocuparon no sólo de mi espíritu, sino también de la obra que llevaba entre manos. Y fui comprendiendo lo que Dios quería, que le diese no sólo el tiempo, sino la vida.

Por eso en fecha indeterminada del año 1600, a quien me ofrecía más de lo que yo jamás había soñado obtener, le dije que no, que la suerte estaba ya echada y que había encontrado en Roma mejor modo de servir a Dios haciendo el bien a los pequeñuelos, y que no iba a dejarlo por nada del mundo.

Y ya ves, Luis, no lo dejé. No fue por mi esfuerzo, ni porque no surgieran dificultades y gordas, pero la gracia de Dios estuvo conmigo y ella me ayudó. Y ahí estáis tú y tus compañe-

ros, testigos en el futuro de que fueron ciertas las palabras que en aquel entonces pronuncié.

Todavía tuve alguna escaramuza con la Cofradía de la Doctrina Cristiana para conseguir que acogiera las escuelas; pero tampoco lo logré. Incluso me presenté para presidente de la cofradía. Si lograba el puesto, y yo estaba convencido de que así sería, pondría las escuelas bajo el cuidado de la Doctrina Cristiana, con la seguridad que ello me daba. Pero salí elegido en tercer lugar. Otra batalla perdida.

No me voy a detener, pero, para que lo sepas, pensé entonces que la mejor manera de que persistieran las escuelas era que estuvieran en manos de una Congregación Religiosa. Y durante tres años pertenecieron a la Congregación de los Padres de Luca. Pero no funcionó, porque aquellos padres habían entrado en la religión para ser párrocos o encargados de una iglesia, y no para ser maestros, y era inmensa la diferencia entre ser párroco y ser maestro de los niños que teníamos. Por eso el papa Paulo V deshizo la unión y fue cuando se erigió la Congregación Paulina.

Luis, he querido escribirte lo que he llamado el centro de mi vocación, que no es otro que los niños pobres. Por eso yo en ningún momento pensé en fundar una Orden religiosa. Fue más bien un lento proceso en el que se aunaron dos elementos, los acontecimientos externos que se

iban sucediendo, y la gracia de Dios que iba obrando dentro de mí.

Vuelvo a mis niños pobres, lo mejor de mi vida. Te quiero indicar algunos pensamientos apoyados en el amor a esos niños pobres, en el convencimiento de su importancia, en la petición seria que hago a las Escuelas Pías de que sean fieles a esta herencia que les dejé. Sé que ha cambiado el concepto de pobre. Sé que existen pobrezas que no se daban o manifestaban en mi tiempo. Sé que hay que asistir a todas las que podamos. Pero no quisiera que con todo eso se perdiera esa primera pobreza de la que yo fui tocado, la pobreza de la ignorancia, de la opresión, del mal, de la incultura. Si las Escuelas Pías resucitaron del golpe mortal que les dio el papa Inocencio X fue precisamente porque los escolapios se mantuvieron firmes a los niños pobres.

Quiero expresarte, Luis, lo que son para mí los niños pobres.

Primero, es *el mejor camino para ir a Dios*. Así lo dejé escrito a mis hijos: "La strada o vía más breve y fácil para ser exaltado al propio conocimiento y de éste a los atributos de la misericordia, prudencia e infinita paciencia y bondad de Dios es el abajarse a dar luz a los niños, y en particular a los que son como desamparados de todos, que por ser oficio a los ojos del mundo tan bajo y vil, pocos quieren abajarse a él, y suele Dios dar ciento por uno" (EP 1236).

Segundo, creo que han de ser *el centro de todo educador calasancio*. Quien entra sea como religioso en la Orden de las Escuelas Pías o como laico que está integrado de alguna manera en ellas, debe tener su pensamiento en los niños pobres sabiendo que su vocación le dirige hacia ellos: “Podría y debería tener empleado su talento a favor de muchos niños pobres, que representan la persona de Cristo, quien, si viese en usted aquel piadoso afecto que debería tener hacia el Instituto, sin duda alguna le quitaría los escrúpulos y le aumentaría la gracia” (EP 4465).

Tercero, *hay que prepararse constantemente para ayudarlos*. Permanecen menos tiempo en la escuela y según qué bagaje traigan les cuesta más los estudios; deberían por eso ser los privilegiados del educador calasancio: “Procure hacerse siempre más apto para enseñar a los pobres caligrafía, aritmética y también el temor de Dios. Y no se cuide de admitir en su escuela más alumnos mayores, sino de atender a los pobres” (EP 1421).

Cuarto, la experiencia me ha enseñado que *no es lo mismo tratar con los pobres que con quienes no lo son*: “No querría que me mandase jovencitos nobles, porque ordinariamente son soberbios y estudian poco” (EP 2443).

Quinto, si les tengo tanto cariño, amor y me preocupo tanto por ellos es porque *el Instituto fue fundado para ellos*. Es cierto que yo mismo

tuve que aceptar al poco tiempo niños que no eran pobres, pero mantuve las escuelas de tal manera que nunca pudieran dejar de asistir los pobres: “Por cuanto profesamos ser verdaderamente pobres de la Madre de Dios, procuraremos no despreciar nunca a los niños pobres, antes cuidaremos de adornarles de toda virtud, con mucha paciencia y caridad, sobre todo diciendo el Señor: Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (C 4).

Sexto, es tan importante en la vida de todo educador y de todo religioso educador esta *preocupación por los niños pobres* que se puede decir que “quien no tiene espíritu para enseñar a los pobres, no tiene vocación de nuestro Instituto, o el enemigo se la ha robado” (EP 1319).

Séptimo, nuestro trabajo por los pobres *nos ha de dar una inmensa alegría* porque “el Señor nos pagará todo lo que hagamos por ellos como si fuese hecho por el mismo Dios” (EP 2425).

Octavo, lo que deseaba yo en mi tiempo es *que se recibiera a todo alumno pobre*, no importaba cómo estuviera vestido, que esto era secundario. Sé que puede ser distinto en vuestro tiempo, pero atiende a mi pensamiento: “El prefecto debe recibir con toda caridad a los pobres, aunque estén descalzos, o con vestidos rotos y sin capa, ya que principalmente para éstos ha sido fundado nuestro Instituto” (D 33r).

Noveno, siempre tuve gran cuidado de que los religiosos cuando salían de casa a mendigar, *nunca pasaran por las casas de nuestros alumnos*. Por una parte, porque la mayoría de ellos eran muy pobres y poco podían dar, y luego, porque no quería ponerles en un compromiso, pues al tener a sus hijos en nuestras escuelas podían sentirse obligados a dar algo. Por eso les inculcaba: “No pidan los maestros cosa alguna a los alumnos, para que vean todos que se enseña por pura caridad” (EP 4138).

Finalmente, alguno me dirá que *los niños pobres fueron mi carisma*, lo que Dios suscité en mí, y que el carisma del Instituto lo cambió después la Iglesia. Eso lo he leído en algún estudioso escolapio. Para que te des cuenta de la equivocación y para dejar las cosas en su sitio, copio un pasaje de vuestras Constituciones: “Nuestra Orden participa de manera específica en la misión evangelizadora de toda la Iglesia por medio de la educación integral de niños y jóvenes, sobre todo de los más necesitados...” (nº 90).

¡Mis pobres! ¿Sabes, Luis, que les estoy inmensamente agradecido? Porque ellos me han dado mucho más de lo que yo les he podido dar o he podido hacer por ellos. Y es que Dios se sirvió de su mediación para llegar a ser mi Señor y mi Dios. Es lo último que te cuento.

Llegué a Roma con bastante cantidad de dinero porque no sabía el tiempo que iba a per-

manecer en la ciudad de los papas. El poseer. Un primer apoyo que yo no notaba que influyera en mi vida, que los demás podían notar acaso menos, aunque llamaba la atención mi manera de vestir en la ciudad de los papas. No lo podía notar hasta que recibí de plano la luz de Dios; sólo entonces comprendí las ataduras a las que había estado sometido. Por otra parte, pisé Roma con el afán de llevarme de aquí una canonjía. Tampoco me parecía malo, y el señor obispo cuando se lo dije, nada objetó. Pero de nuevo el Señor, cuando me alcanzó, me hizo ver, a la luz de la misericordia de mi Dios, el prestigio propio que estaba escondido en esa búsqueda constante.

Los primeros años de mi estancia en Roma no logré superar ambos ídolos; no conseguí arrancarlos de mí. Era como si una fuerza superior a las mías mantuviera ambas realidades en lo hondo del corazón. ¿Sabes, Luis, quién me sacó de mi andar torcido, de no saber adorar al único Dios, de estar cogido por el mal sin saberlo, ya que no lo reconocía como tal? ¡Mis niños pobres! Como lo oyes. Es claro que todo fue gracia de Dios, porque sólo Él puede hacer estos milagros, pero, es cierto, que se sirvió de los niños pobres.

Sólo por ellos gasté todo mi dinero. Tenía que pagar a profesores y el material que se empleaba en las clases, así como el alquiler de las escuelas. De tal manera que en 1606 tuve

que pedir permiso al papa para mendigar por Roma. Quien había llegado a la ciudad eterna disponiendo de una fuerte cantidad de dinero, estaba mendigando por los niños pobres.

Lo mismo me ocurrió con la canonjía. La historia te la he contado, hasta que hice la opción por el “ejercicio vil y despreciable” que era enseñar a los niños pobres. Ellos, de nuevo, me sacaron del pretendido prestigio que tan ansiosamente buscaba. En consecuencia, ¿te extrañas de que les quiera tanto? ¿No te parece normal que te hable como te he hablado de ellos? ¡Dios los bendiga!

Luis, con amor de padre

José de la Madre de Dios

15 cartas de Calasanz a un colaborador laico

Carta 5^a

El hombre que quise formar

Querido Luis: remontándome a cartas anteriores puedo asegurarte que consecuencia de la vocación que recibí fue la ilusión por todo lo educativo. La vocación otorga una sensibilidad especial hacia el campo al que uno es llamado. De forma que podemos decir que el Señor me otorgó unas antenas especiales que me favorecieron en todo lo que se refiere a la educación. Me sentí profundamente educador. Y en este sentido mi corazón abarcó a todos los niños. Noté en mí una sensibilidad especial para los niños, para todos; a todos amaba, por todos ellos me quería dar, aunque mis delicias consistían siempre en estar con los más pequeños y más pobres. En este aspecto también capté en mí una facilidad especial y un deseo profundo.

Durante cincuenta años estuve metido en el hecho educativo siendo además yo quien fui creando estructuras que no existían, suscitando ideas, ayudando a todos aquellos que trabajaban conmigo.

Hoy deseo hablarte del hombre que quise formar, educar y a través de qué medios. Porque todo eso marcó una línea para las Escuelas Pías. Aunque hay aspectos que dejo para cartas posteriores.

Te hablé de la preparación innata que había en mí para la educación. Eso lo plasmé de una manera instintiva en el comienzo del Memorial al cardenal Miguel Ángel Tonti. Para ese momento no sólo había descubierto mi capacidad natural para la educación y conocía el valor de la misma, sino que tenía ya experiencia del bien que se hace con ella a los niños. Por eso le escribía al cardenal: “La buena educación de los jóvenes es, en verdad, el ministerio más digno, el más noble, el de mayor mérito, el más beneficioso, el más útil, el más necesario, el más natural, el más razonable, el más grato, el más atractivo y el más glorioso” (nº 6).

Analizando los aspectos más salientes para mí en el hecho educativo me daba cuenta del gran bien que hace a los niños, y por eso que a través de la educación se podía llegar a conseguir un hombre nuevo; no pretendía tan sólo ni principalmente que la enseñanza fuera instrucción, y que esta quedara en elementos que simplemente iluminan la inteligencia; buscaba un hombre nuevo, porque sólo de él puede nacer una clase social nueva y una sociedad distinta. Por eso, refiriéndome al ministerio que se ejercía en las Escuelas, seguía explicando al cardenal Tonti:

“Es el de mayor mérito, por establecer y ejercitar con amplitud de caridad, en la Iglesia, un eficacísimo remedio de preservación y curación del mal e inducción e iluminación del bien, a favor de los niños de toda condición y, por ende, de todos los hombres que pasaron antes por aquella edad. Y esto mediante las letras y el espíritu, las buenas costumbres y las mejores maneras, con la luz de Dios y la del mundo” (nº 9).

Y aquí aparece un elemento importante para mí, la *dimensión sanadora de la educación*. Quería un hombre que no se encontrara sólo, sin fuerzas, sometido a la despiadada fuerza del mal; buscaba un hombre que tuviera todos los medios para tomar la vida en sus manos y hacer con ella lo que creyera que debía hacer porque se sentía libre, porque no estaba por nacimiento abocado al mal; un hombre que no se sintiera sin más sometido a la ignorancia y al mal, cualquiera que fuera. Buscaba un humanismo de libertad.

Otra dimensión de empuje que has visto en el texto citado es la *“inducción e iluminación del bien”*. Frente al mal, el bien; frente a la imposibilidad, la libertad; frente al destino, la Providencia; frente a la incapacidad, el ser dueño de uno mismo. Y eso se había de procurar y conseguir por medio de la fuerza del bien que era la que proporcionaba la educación.

La tercera dimensión que quise aplicar fue la *universalidad*, y así decía “a favor de niños de

toda condición". Y es que Dios me fue agrandando el corazón. Empecé por los pobres y sólo ellos, a quienes me mantuve fiel toda la vida; pero cuando por diversas circunstancias otros niños me pidieron entrar en las escuelas, no me pude negar. Amaba a todos los niños; Dios me iba concediendo un corazón cada vez más grande de forma que no podía rechazar a ninguno y deseaba el bien de todos ellos.

La educación de los niños se me apareció como una misión insustituible en nuestro mundo. No se trata de dedicarse a ellos sólo en un momento de la vida; la educación abarca toda la vida de la persona, pero sobre todo el inicio de la misma, cuando la persona comienza su camino y se puede lograr de ella lo que ya más tarde es muy difícil y a veces imposible de conseguir: "Este ministerio, desde el principio, enseña a bien vivir, de donde depende el bien morir, la paz y sosiego de los pueblos, el buen gobierno de las ciudades y de los príncipes, la obediencia y fidelidad de los súbditos, la propagación de la fe, la conservación y preservación de las herejías, particularmente entre la juventud a la que procuran infectar los herejes con sus falsas doctrinas desde el principio, como seguros del resto, y, finalmente, la reforma de toda la cristiandad" (nº 26).

Comprendí también que si es tan importante la educación tenía que comenzar desde los

primeros años. Cuanto antes se empiece a educar a una persona, mejor; un árbol hay que enderezarlo desde el comienzo, so pena que después no se pueda hacer. Por eso decía en las Constituciones a todos mis hijos: “Si desde su tierna edad son imbuidos diligentemente los niños en la piedad y en las letras, hay que esperar, sin lugar a dudas, un feliz curso de toda su vida” (C 2). Existe también una copia manuscrita de nuestras Constituciones, con ciertos añadidos al margen de mi propia mano, que dice: “Según sabemos por experiencia, aquellos que desde la tierna edad fueron instruidos en la doctrina cristiana y desde niños bebieron juntamente la piedad y las letras, en general terminaron siendo perfectos, como lo demuestran claramente los ejemplos de los santos en la historia de la Iglesia”. Y todo esto porque “el primer aprendizaje de las cosas con dificultad se remueve” (EP 1605).

Hay una pregunta que es fácil hacérsela. ¿Buscaba simplemente un humanismo, una visión determinada del hombre desde la fe, una ayuda al hombre pobre, ignorante, sin salida en la vida? Te hablo del humanismo calasancio y después detallaré los puntos o aspectos que para mí lo constituyen y en los que me apoyo. Pero antes es preciso situar todo esto. Cuando fundé la Orden de las Escuelas Pías sabía que lo primero que debíamos buscar era la perfección de la caridad. Que nadie debía entrar en la Orden si no iba conducido por ese

afán y no era ese su norte y guía en la vida. Lo decía en el primer número de las Constituciones: "Así como en la Iglesia de Dios, guiadas por el Espíritu Santo, todas las religiones tienden, como a su verdadero fin, a la perfección de la caridad mediante el ejercicio de sus ministerios, a lo mismo aspira con todo empeño nuestra Congregación por medio del ministerio aprobado por Paulo V" (C 1).

Por eso, detrás de todo y sosteniéndolo está el amor de Dios, la búsqueda de la perfección. Pero este hecho, común a todas las Órdenes, se realiza en cada una de ellas de un modo determinado, especial, a través de un ministerio específico. Es el modo como Dios quiere que cada uno de quienes entran en las Escuelas Pías consiga la perfección de la caridad. Y como el amor es donación de sí, salida de uno mismo, el ministerio propio no puede consistir sino en el servicio desinteresado a los demás. Y por eso en mis cartas aparece por activa y pasiva, ya sé que con una constancia impresionante, lo que llamo "nuestro ministerio propio".

Pero, atención, Luis. He hablado de perfección de la caridad porque así lo escribí. Al usar semejante expresión puedes creer que me refiero sólo a los religiosos, y no es eso. Abarco también a los todos laicos que trabajan en una Obra o presencia escolapia. Ya el concilio Vaticano II afirmó la llamada de todo cristiano a la santidad. Pues eso es la perfección religiosa, la san-

tividad. Por tanto, tanto religiosos como laicos, todos ellos están llamados a la perfección de la caridad, de la santidad, del amor, que es lo primero de toda vida cristiana. ¿Y cómo lo tenemos que hacer? Por medio de “nuestro ministerio propio”. Este ministerio es el que nos lleva a formar a la persona como quieren hacerlo las Escuelas Pías.

En mi vida fui muy insistente en este punto precisamente porque lo juzgaba de suma importancia. Te pongo un breve ramillete de frases en las que se manifiesta mi pensamiento.

Al P. Mateo Reale, religioso que en ese momento se encontraba en Cárcare, le escribía: “No puedo dejar de recordar en todas las cartas que se atiende con todo cuidado a la enseñanza, aunque deban dejarse alguna vez otros ejercicios, porque éste de las escuelas es nuestro ministerio específico, y cuando éste no va bien, nos desviamos del verdadero camino de nuestra salvación” (EP 1287).

A otro padre, a la sazón en Chieti, el P. Andolfi, le comentaba: “Procuren por todos los medios que caminen bien las escuelas, que es nuestro ministerio propio” (EP 4014).

No sólo a quienes se encontraban relativamente cerca de Roma, sino a los más alejados, a quienes habían sido enviados a Centroeuropa les mandaba mis cartas. Con las mismas ideas e igual insistencia. A un querido hijo, el P.

Honofre Conti que estaba en Nikolsburg le decía: “Mantengan con buen ejemplo el ejercicio de las escuelas pías, que es nuestro principal ministerio” (EP 3053).

Y así en muchas cartas para que estuviera claro cuál era mi pensamiento, mis preocupaciones y empeño: “Por ser el de la escuela nuestro principal ministerio, se debe procurar que se ejercite con diligencia en las materias literarias para atraer a los alumnos a las escuelas. Pero nuestro fin principal ha de ser enseñar el temor de Dios, que todo maestro esta obligado a cumplir, bajo pena de que su trabajo material quede sin el premio de la vida eterna” (EP 2876).

“Procure con toda diligencia que las escuelas vayan bien en letras y piedad, por ser éste nuestro ministerio. Si lo cumplimos bien, el Señor nos mandará no sólo la ayuda temporal para vivir y construir, sino también gracias espirituales, que para nosotros son los verdaderos bienes que debemos procurar con todo empeño” (EP 1167).

Luis, de esta manera deseaba ir forjando hombres nuevos. Me sentía llamado por Dios para poner en pie una Orden que tuviera como ministerio suyo principal, como misión dada por la Iglesia el formar hombres nuevos de cuantos niños entraban en nuestras aulas. Es verdad que esto de la fundación fue naciendo, como te he dicho en otra carta, poco a poco, a través de una conversión, en la que vi que Dios

me lo pedía, y el Papa Paulo V lo quería decididamente. En mi tiempo esta decisión parecía un desafío inalcanzable, porque era algo que muchos no deseaban y a otros más les parecía inasequible. Ahí sentí yo el desafío pero, al mismo tiempo, la llamada del Señor. En aquel tiempo el único modo como se podía intentar semejante finalidad era a través de la educación en la escuela. ¿Dónde se iba a poder educar sino en la escuela? Otra cosa eran los hijos de personas importantes que podían tener sus propios preceptores. Pero, ¿y los demás, que era la inmensa mayoría? Por eso creé mis escuelas. Ahora, en vuestro tiempo, la escuela sigue siendo elemento importante en el ministerio escolapio, siempre que se la entienda en su mejor sentido. Pero existen otras maneras también de realizar el ministerio a favor del hombre nuevo que no sea la escuela formal. Eso lo tenéis que ver vosotros, y ser fieles a mi idea.

¿Qué comprende para mí el ministerio específico? En el lenguaje que usé, “piedad y letras”; en el que empleáis vosotros, “fe y cultura”. Son como los dos brazos con los que yo he querido abrazar la voluntad de Dios en el servicio de amor a los hermanos. En mi tiempo dedicarse a ese servicio era como hacer explotar una bomba que podía destruir muchas cosas, conmocionar otras, poner en tensión otras muchas, y por ello no faltaron quienes se opusieron a lo que para ellos era un inmenso desastre. Piedad y letras para los niños y, sobre

todo, para los pobres, era una especie de herejía social que no debía permitirse. Y esa oposición que contrastaba con lo que era mi experiencia y con lo que percibía ser el querer de Dios sobre mi vida, me convirtieron en una persona abierta, intrépida, liberal. Y si Dios quería de mí eso, yo no me iba a apartar de semejante camino.

Quiero mostrarte cómo hablaba yo del ministerio específico. Lo llamaba “ministerio”, que para mí es el trabajo realizado desde la fe. Uno puede realizar algo, dedicar su vida a un trabajo, por ejemplo, en un colegio, y ser muy buen profesional del mismo. Se trata de un trabajo humano. Pero si lo realiza desde la fe, como expresión de su entrega cristiana, como apoyo y servicio al Reino, la perspectiva cambia; estamos en un ministerio calasancio.

Al P. Vicente Berro, recordándole una visita realizada a las Escuelas Pías y comentándole los resultados de la misma le decía: “Aconsejaron de palabra aquellos señores del Santo Oficio que nos dediquemos, conforme a nuestro ministerio, a enseñar a los niños la doctrina cristiana junto a las letras. Y esto no suponía desprecio alguno de la Religión, sino un consejo y exhortación santa de que los maestros se mantengan en su humilde apostolado de enseñar solamente a los niños. Y en la Iglesia de Dios no sería esto de poco, sino de grandísimo fruto” (EP 1153).

Puedes ver bien claro mi pensamiento que quise mantener firme frente a cualquier oposición. No en vano porque había llegado a ver que esa era la voluntad de Dios. Como a veces creía que mi pensamiento podía no ser bien comprendido, me empeñé en manifestarlo de muchas maneras. Por ejemplo: “Le recomiendo a usted y a todos los de casa que atiendan con todo empeño al ejercicio de las escuelas, y principalmente a la piedad y santo temor de Dios en los alumnos. Que es nuestro instituto, en el cual hay mayor mérito que en atender a las personas mayores. Estas tienen muchas religiones que les ayudan, y los alumnos solamente tienen la nuestra” (EP 1219). La carta iba dirigida al P. Jerónimo Laurenti, en Nursia. Y a mi querido P. Alacchi, hombre de mis amores y temores, porque quería mucho a la Orden pero uno se podía esperar cualquier cosa de él, le decía: “Aunque en nuestra religión hay teólogos prácticos y graduados, yo no he permitido nunca que suban a un púlpito o cátedra a predicar, conociendo bien que no faltan en la Iglesia de Dios hombres que por oficio y ministerio propio, tienen derecho a predicar, como lo hacen con toda virtud. Debe estar lejos de nosotros meter la hoz en la mies ajena. No sería poco saber humillarnos hasta la capacidad de los alumnos, a cuya instrucción nos ha enviado la santa Iglesia” (EP 2557).

Mi concepto de hombre era total. No quería dedicarme exclusivamente a su parte religiosa,

como lo hacía la Doctrina Cristiana o el Oratorio de aquel santo hombre, Felipe Neri, pero tampoco deseaba dedicarme sólo a enseñar a los niños las ciencias humanas. Ambos aspectos eran necesarios. El humanismo calasancio abarca toda la persona.

Luis, existe otra manera como quise explicitar este ministerio, y consiste en lo que llamaba la "buena educación" de los niños. Buena educación que se concreta siempre en la ayuda sincera que hay que prestarles. Así se lo decía al P. Berro: "Porque nuestro ministerio consiste en la buena educación de los niños, le ha de preocupar sobre cualquier otra cosa que esto vaya bien, procurando que todos ayuden de alguna manera a los niños, tanto los confesores, cuando no estén impedidos, como los clérigos y hermanos cuando después de comer no tienen ocupación alguna. Y hará cosa muy grata a Dios, muy útil al prójimo y de muy buen nombre a la religión" (EP 3206). Y al P. Cipolletta: "Quien tiene talento para ayudar a los jóvenes, que es nuestro ministerio, no debe extenderse a nada que le pueda distraer" (EP 1332).

Luis, todo esto que te he contado no fue ni sencillo ni fácil. Al principio tuve seguidores enamorados de su vocación, de la lucha por un hombre nuevo. Luego empecé a darme cuenta de que pasados los primeros fervores, se empezó a ver este trabajo como duro y demasiado difícil, y a veces nada gratificante. Frente al

miedo del desviacionismo que poco a poco pasó de tendencia a realidad efectiva, yo insistía en que se abandonase cualquier otro ministerio que pudiera significar un atentado a lo que la Iglesia nos había encomendado. Así se lo hice saber al P. Ciríaco Beretta, en Cárcare: “Tenga mucho cuidado de no engañarse, viendo la necesidad que hay ahí de confesores. Nuestro ministerio principal son las escuelas. De manera que si debe dejarse un ministerio u otro, mejor es que padezca el de la confesión que el de la escuela” (EP 3871).

En esta situación luché, escribí, aconsejé, me entregué con toda el alma porque temía que mis hijos se desviarán del camino de las escuelas y se dedicaran a un servicio mucho menos duro y para el que existían muchos obreros, como el de confesar adultos en las iglesias. Si los Padres de Luca, de sacerdotes de parroquia no habían querido convertirse en maestros, no deseaba que nuestros maestros se quisieran convertir en sacerdotes al servicio de las iglesias. Escribí desde san Pantaleón: “Durante la recreación traten caritativamente cómo mejorar las escuelas de la mejor manera posible, que es nuestro principal ministerio. Y poco a poco, vayan liberándose de las confesiones, especialmente de mujeres, que no está muy conforme con nuestro ministerio” (EP 1523). “Aunque es obra de mucha caridad, no pueden los nuestros que enseñan todo el día ir de noche a visitar a los enfermos. Porque fal-

tarán a la escuela al día siguiente. Hágase la caridad cuando se pueda" (EP 2276).

Por eso deseaba que se faltara a cualquier cosa antes que a las escuelas: "Porque las escuelas son nuestro ministerio, atiéndanlas todos con mucha caridad, y antes se falte en cualquier cosa de casa que en el ejercicio de las escuelas" (EP 1713).

Luis, todo esto responde a mi empeño por lograr un hombre nuevo: el humanismo calasancio. Era para mí algo fundamental. Mi trabajo parecía muy sencillo: enseñar a leer, escribir, ábaco, lengua latina y algunas otras materias como el catecismo. Pero mi horizonte no era ese. No quería, lo digo en tu lenguaje, una academia para preparar a los exámenes. A mí me importaba la persona. Era lo más importante. Si fallaba en la formación de la persona, en darle un horizonte posible, en ofrecerle instrumentos necesarios para crecer, había fracasado. Por eso insistía en cuanto te he explicado.

¿Qué hombre quería formar yo?

Un hombre *libre*, donde la libertad, el don más grande que Dios nos ha dado, no la hipotecara por nada en el mundo. Había de aprender a ser libre. Para ello debía comprender cómo la vida que llevaba, en la que estaba metido, era una vida de esclavo; esclavo del vicio, de la ignorancia, de quienes se aprovechaban de él.

Un hombre *dueño de su vida*. Nadie es dueño si está sometido a alguien, o al menos no es dueño en lo que está sometido. Y los niños que conocía estaban sometidos a sus pasiones, a sus errores, a su ignorancia, a personas mayores que les daban pocas cosas, pero que les arrebatában muchas y muy importantes, por ejemplo, su dignidad.

Un hombre *capaz de desarrollar sus facultades*. De ahí la enseñanza. Se perdían muy buenos ingenios. Entre los pobres he visto valiosísimas inteligencias, que al no ser cultivadas se perdían o embocaban caminos torcidos. ¿Cómo ayudarles si no era por medio de la educación?

Un hombre *emprendedor* en su trabajo. En las clases les enseñábamos lo necesario para que al salir a la vida pudieran defenderse dignamente y, a poder ser, empezaran a superar la clase social de la que salían porque encontraban lugares de trabajo que los iban dignificando.

Un hombre *que no se contentara* con la clase social en la que había nacido sino que comprendiera que Dios quiere que todos mejoremos. Ni los ricos estaban a favor de esta mentalidad porque no les convenía, ni la jerarquía, que era lo que más me escandalizaba, la promovía. Y mucho me temo que era porque ellos, que quizá se creían superiores por sus estudios y estado en el que vivían, eran ignorantes en este aspecto.

Un hombre que fuera *ferviente cristiano*. Que conociera el Evangelio, los mandatos de la Iglesia, las oraciones, las verdades cristianas y que viviera de acuerdo con todo ello. Te podría contar casos hermosos, como el del niño que ayudaba a su padre a hacer el acto de contrición al encontrarlo en una situación de peligro grave para su vida.

Un hombre que fuera *solidario*, no egoísta, que luchara por los demás, por lo que le parecía justo, que ayudara siempre, que no se olvidara de los otros.

Un hombre que *trabajara por el bien de la sociedad*, para mejorarla, para dejar un mundo un poco mejor de lo que lo había encontrado, y que quisiera ayudar a los demás como también él mismo había sido ayudado.

Un hombre que en su vida fuera un *verdadero educador*, porque iba destilando por todas partes lo que él había aprendido.

Luis, que me he alargado. Tendré cuidado en las próximas cartas. Me encantaría que vieras el gran amor que he tenido siempre a los niños y el que supone la verdadera vocación educadora calasancia. Tú eres educador, no olvides lo que te he dicho y aún te diré.

Que Dios te bendiga; con amor de padre

José de la Madre de Dios

Carta 6^a

Aquello por lo que luché

Querido Luis, tú bien sabes que yo nunca fui un teórico de la educación. No estudié lo que vosotros llamáis carrera de Pedagogía. Lo que yo fui aprendiendo me lo enseñó la práctica unida a la facilidad que como don natural me había concedido la naturaleza. Por eso tampoco escribí ningún tratado sobre el tema de la educación. Lo que la experiencia me iba enseñando lo dejaba escrito en las cartas como consejos que daba a mis hijos, con el deseo de orientarlos en su trabajo con los niños. Si quieres conocer mi pensamiento pedagógico tienes que acudir fundamentalmente a mis cartas; es cierto que algo dije también en las Constituciones, en el Memorial al cardenal Tonti y en algunos reglamentos de colegios que escribí para los alumnos de los mismos.

Hoy te quiero hablar de aquello por lo que luché en mi vida, desde que llegué a Roma. No sólo luché, en parte también conseguí. Lo de hoy quedará completado con otras cosas que te iré escribiendo en cartas sucesivas. Lo que te

cuento no es con la vanidad o el orgullo de quien algo ha conseguido, sino con el agradecimiento de quien ve en todo la mano providente de Dios que guía las cosas como quiere para bien de las personas y de la sociedad entera.

Luché por conseguir una escuela *para todos*. Esto fue para mí un asunto muy importante y lo llegué a concebir como un reto que se me ofrecía. Es cierto que antes que yo comenzara existían ya otras realizaciones, había otras escuelas, pero lo cierto es que eran para poca gente. La gran masa de los necesitados no asistía a las escuelas porque no había apropiadas para ellos. No podían ir por falta de medios. Si eran pobres no podían pagar lo que pedían los maestros rionales, luego no quedaba sino la escuela de la calle, del vicio y de la ignorancia. Pero es que ni siquiera se consideraba justo o conveniente que fueran. Los pobres no podían, mejor, no debían acceder a la cultura porque si eso ocurría dejarían los oficios más bajos de la sociedad. ¿Quién los haría entonces? ¿No habían nacido por designio de Dios en la clase humilde precisamente para que realizaran esos oficios? Por eso yo echaba en falta una escuela para todos. Que los niños necesitados tuvieran también la posibilidad de ir a la escuela. Que la escuela no fuera para unos pocos, porque fueran quienes fueran éstos, serían siempre los privilegiados. Por eso deseaba una escuela de masas en el mejor sentido de la palabra.

Luché para que en la escuela lo fundamental fuera la *educación*. No deseaba reunir a los muchachos simplemente para entretenerlos o para sacarlos de casa de manera que sus padres pudieran trabajar en sus distintos oficios, cosa muy loable por otra parte. No. Lo fundamental para mí en la escuela era educar. Y así lo indiqué en el Memorial al Santo Oficio en 1626 cuando les señalaba las razones fundamentales del nacimiento de las Escuelas Pías, que era enseñar e instruir a los niños pobres “muchos de los cuales, por la pobreza o descuido de los padres, no van a la escuela ni se dedican a algún arte o ejercicio, sino que viven dispersos y ociosos, y así con facilidad se entregan a diversos juegos, particularmente al de las cartas, y es preciso que cuando no tienen dinero para jugar, roben en su casa primero y después donde pueden, o bien encuentran dinero de otras pésimas maneras”.

Luché por una educación *integral*, que era la que yo deseaba. Con ello quiero decir, que atendiera a lo humano y a lo cristiano, que abarcara la persona por completo, que educara enseñando el saber humano y practicando la fe, la piedad. Quería una escuela que uniera la escuela dominical, la de la Doctrina Cristiana que ya conocía, con la escuela diaria, la de todos los días, la de las letras. No me satisfacía ninguna de las dos de manera separada. Si no enseñábamos a los niños las letras, no se les podía preparar para una vida nueva, para salir

del hueco en el que se encontraban. Si no se les enseñaba la doctrina cristiana, no cumplía uno de mis intentos más decididos, educar verdaderos cristianos. Mi escuela tenía que aunar ambos elementos. Recuerdo lo que le decía al cardenal Mauricio de Saboya, que nuestro Instituto quería “movido de verdadero celo del progreso de los pobres niños, no sólo instruirles, sino también encaminarles en el verdadero culto de Dios (EP 108)”. En el Memorial a Tonti le decía “que se les educa por medio de las letras y del espíritu, crianza, luz de Dios y del mundo”. El P. Berro lo tradujo de la siguiente manera: “con el cebo de las letras amaestrarles en la piedad cristiana”.

Luché por una escuela que buscara el *bien de los niños*, porque la experiencia me enseñaba que existían muchos, como te he dicho ya, de muy buena inteligencia que se perdían por falta de posibilidades. Cuando defendí que no se cambiara el instituto de las Escuelas constataba que “desde el principio del mundo hasta hoy día, Dios ha elegido de entre los pobres muchos que han resultado insignes filósofos, teólogos, hombres de ciencia eximia y encumbrados en muchas dignidades”. Mi convicción y experiencia han sido siempre que las Escuelas Pías procuran el bien de la persona y de la sociedad.

Luché por una escuela que fuera un eficazísimo *remedio* para niños y jóvenes cuando se

encuentran precisamente en la edad más difícil de la vida. Se lo decía al cardenal Tonti: “Muy de agradecer por parte de los hombres, que lo aplauden unánimes y lo desean en su patria, presagiando acaso el bien de la reforma universal de las corrompidas costumbres, que es consecuencia del diligente cultivo de esas plantas tiernas y fáciles de enderezar que son los muchachos, antes de que se endurezcan y hagan difíciles, por no decir imposibles, de orientar; como lo vemos en los hombres ya hechos: pese a toda la ayuda de oraciones, pláticas y sacramentos, cambia de vida y se convierte una exigua minoría” (nº 15).

Luché por una escuela *gratuita* y en ese sentido para todos. Sobre este aspecto en una próxima carta me extenderé más. Pero quisiera situarte para que veas lo que yo buscaba. Era cierto que los jesuitas enseñaban gratuitamente, pero sólo a partir de la escuela de gramática y no desde el comienzo de los estudios, con lo cual no atendían a los niños que a mí más me preocupaban. Además los jesuitas no tenían escuelas para pequeños. También es verdad que fue gratuita la escuela de la Doctrina Cristiana, pero casi siempre sin lectura, escritura, ábaco, además de que se tenía sólo los días festivos, por otra parte muy numerosos en Roma.

Por eso yo luché por algo peculiar, por la escuela de masas, pública, cotidiana, de primeras letras y gratuita. Y la escuela que aunaba un

poco piedad y letras, la de Santa Dorotea, en ella algunos pagaban un tanto al mes; quiere decir que no era para todos y sin duda no era de masas.

En un escrito al cardenal Montalto, no recuerdo la fecha, pero era entre 1602 y 1605, le decía acerca de nuestros padres: “Dichos Padres enseñan allí por pura caridad, sin pensión ni presente alguno de los alumnos a cuantos se presentan con el testimonio del Párroco. Y el objeto de la enseñanza es leer, escribir, ábaco, gramática latina, doctrina cristiana y buenas costumbres”.

Luché por una escuela que atendiera a los niños desde los más *tiernos años*, porque si la escuela es para todos, si busca el bien de la persona y si ésta empieza a forjarse en los más tiernos años, desde entonces hay que atender al niño en la escuela y por eso yo quería el “diligente cultivo de las plantas tiernas y fácilmente moldeables de los jovencitos antes de que se endurezcan y resulten difíciles, por no decir imposibles de moverse, como vemos en los hombres hechos, que, con toda ayuda de oraciones, sermones y sacramentos, muy pocos cambian de vida y verdaderamente se convierten”.

Sintetizando lo dicho y dándole la perspectiva auténtica para que nadie rebaje lo que yo busqué y quise, podría afirmar, sirviéndome de un término que usáis vosotros y sin falsificar la

verdad de lo que fue, que además de la escuela elemental quise y emprendí también la enseñanza media con la lengua latina, las humanidades, la retórica y casos de conciencia, porque sólo así habría conseguido el bien de la clase pobre y efectuado la verdadera reforma de la sociedad cristiana.

Luis, te he explicado brevemente la escuela por la que luché y en la próxima carta quisiera decirte más sobre ella y los elementos en los que se apoya. He pensado mucho en lo que hice por impulso del Señor. Y mirado todo desde la perspectiva en la que te encuentras, pasados tantos años desde que me dispuse a poner por obra los deseos del Maestro, he reflexionado sobre todo ello y quiero enumerarte algunos aspectos significativos de aquella intuición que me otorgó el Señor.

Primero, creo que la escuela calasancia que puse en marcha fue una revolución. Puede sonar un poco fuerte lo que te digo, pero sinceramente fue una revolución de no menor importancia que cualquiera otra, y aun a veces me vienen los deseos de afirmar que mayor. En el fondo ¿cuál fue esa revolución? El afirmar, el confesar patentemente por medio de los hechos que todo hombre tiene derecho a la educación religiosa y cultural; que no existen privilegios en este campo por los que unos pueden acceder y otros no al conocimiento y a la formación de la inteligencia y de la vida; que

nadie puede ser apartado del derecho a ser educado por ninguna razón o motivo. Esto en mi tiempo era algo inaudito, que muchos no querían oír, que a otros les sonaba mal, incluso a gente de iglesia y a altos cargos de la jerarquía. No cabe duda que la educación es el laboratorio futuro de una nación. Lo que se haga con los niños eso será el día de mañana un país. Fíjate, Luis, cómo todos los gobiernos quieren tener en seguida en sus manos la enseñanza y cómo cambien los planes según su ideología, proponen nuevos programas según sus intereses, porque saben que en ello les va el futuro. Y eso que ahora descubren los estados, fue lo que me llevó a mí a fundar las Escuelas Pías.

Segundo, por eso creo que las Escuelas Pías pueden atribuirse la primacía de esa intuición. Y creo que el Señor me quiso para eso y me guió en este campo. Dudé durante mucho tiempo, más del necesario. Me opuse a la fuerza del Señor, porque le hacía caso, pero no del todo. Veía la importancia del hecho, pero quería que estuviera en otras manos. Al final me venció el Señor, y ¡cuántas gracias le doy por ello!

Tercero, en función de ese ministerio brotaron las Escuelas Pías como Orden Religiosa. Dios nos otorgó un ministerio en la Iglesia. Dios nos quiso como Orden para la educación. En la Iglesia existen muchos ministerios para los que han nacido numerosas Órdenes y Con-

gregaciones religiosas, pero nosotros nacimos para la misión de educar y vivir en función de la misión de educar. Debe de ser la pasión de nuestro corazón. No importa que posteriormente hayan aparecido otras Órdenes que se dediquen también a la educación. Eso, en todo caso, indica la importancia de la misma. El mundo es grande, y Dios ha ido suscitando en varias partes esta vocación, en muchos otros sitios. Luis, mi deseo es que este ministerio se grave profundamente en tu corazón. Es lo común a laicos y religiosos. Cada grupo tendrá que vivirlo según su forma de vida, desde la vivencia de aquello a lo que ha entregado su vida, pero todos habéis de vivir hondamente la vocación educadora.

Cuarto, hay una expresión que me aplican, que me gusta y me llena de santo orgullo, la de "padre de los pobres", y lo he querido ser. Por lo que hice, por lo que defendí, por las opciones que adopté, por la defensa de los ideales que movieron mi vida, por lo que creé, por todo eso la frase está bien aplicada. Luis, ¿sabes de qué estoy contento? De que defendí a los pobres que encontré en mi vida, y de esa manera también a los que les siguieron después. Defendí el derecho que tenían a abrirse un futuro y puse por obra los medios que les ayudaran para ello. En cierto sentido, no sólo atendí a las necesidades del momento, sino que tuve previsión del futuro y luché por dotar a los pobres de los medios para salir de su pobreza e iniciar una vida más digna.

Quinto, otro de los logros de las Escuelas Pías fue el trabajo social. Trabajaban por el bien social. Es decir, que no redujeron su actividad únicamente al aspecto espiritual. Pensaron en la persona total. Más, pensaron en la misma sociedad civil, y por ella se batieron el cuero. Yo defendía la educación porque defendía también el bien social. Defendía a los pobres, porque sé que los pobres siempre tienen mucho que decir a favor del entendimiento y reconciliación social. Defendí a los pobres porque sabía lo mucho que podían contribuir al desarrollo de los pueblos. Y en ese sentido, estaba comprometido en el bien de los pueblos. Sólo la ignorancia, la pobreza, el oscurantismo, la dejadez, la falta de respeto a los derechos de los demás puede engendrar odios, oposiciones y revueltas. El poder no ha de ser el de las armas, sino en todo caso el de la ciencia y el del saber. En ese sentido, creo que la misión que ejercieron las Escuelas Pías fue muy importante. No se puede ni debe juzgar el nacimiento de las escuelas como la solución simplemente a un mal particular y circunstancial; sin duda que lo fue, pero fue mucho más. Y es ahí donde aparece la vertiente social que se extiende por muchos lugares y no se circunscribe al lugar concreto en el que ha nacido.

Sexto, con el trabajo de las escuelas quise también dar sentido a una actividad humana. Mi intento fue enseñar a vivir cristianamente una actividad simplemente humana, como es

la enseñanza. Creo que lo humano es ya en sí una realidad del Reino. Muchas veces parece que hay cristianos que necesitan bautizar lo humano; no han comprendido lo que es esa realidad cuando se vive auténticamente, a fondo. No necesitamos espiritualizar lo humano, sino vivirlo a fondo, porque hay una manera de hacerlo que es cristiana. No existen, pues, dualismos. No existe un bautismo de una actividad humana como si fuera menos digna. Existe un compromiso a fondo con lo humano, porque en su realidad más íntima o en su intimidad más real, construye al hombre, y construir el hombre es adelantar el Reino. Esto, Luis, es muy importante en vuestra vida de educadores.

Séptimo, nuestro ministerio escolapio, Luis, redime también la actividad de la enseñanza. Cuando yo empecé a dedicarme a este ministerio la enseñanza no sólo estaba postergada, sino desprestigiada. Mientras en lo teórico grandes pedagogos escribían y hacían teorías sublimes de la enseñanza, en la práctica esos mismos pedagogos huían de ella y decían perrerías de la misma. Y no digamos nada cuando la enseñanza se impartía a pequeños y pobres. Quise redimir la enseñanza de manera que lo que a los ojos de aquella gente era "oficio vil y despreciable", yo lo conceptué, porque estaba convencido de ello y tenía gran experiencia ya, de "ministerio de ángeles".

Octavo, todo lo dicho, Luis, se resume en la defensa del hombre. Y a eso sí que dediqué mi vida. Muchas de estas cosas que te estoy diciendo hoy, no es que aparecieran tal cual en la obra de las escuelas, sino que ahora lo que hago es una lectura en profundidad de lo que allí empezó y de lo que allí fuimos consiguiendo. Por eso te decía que la vida estaba dedicada a la defensa del hombre, en todos los sentidos. Nunca quise dar la batalla por perdida. Y no lo hice por estos motivos: porque quería a los niños, porque me comprometí con ellos desde su más tierna infancia, porque salí a favor de todos los pobres, porque luché por redimirlos del mal, de la ignorancia y del pecado; porque me propuse enseñarles la verdad humana y ayudarles a ser cristianos; porque quise dedicarme a ellos sin pretender nada, gratuitamente, como el Señor me había también dado gratuitamente todo a mí; porque quería hacerlo como señal de amor; porque buscaba el bien social.

Luis, quisiera decírtelo como lo ha dicho un hijo mío, escolapio, que ha mirado con mucho amor y mucho empeño cuanto hice en mi vida: “¿Qué es lo que creó Calasanz? Lo que faltaba en su tiempo, es decir, la escuela popular gratuita para los pobres, es decir, una escuela que aceptase a todos los pobres necesitados de instrucción, a diferencia de los maestros rionales, que acogían a poquísimos; una escuela que comenzase a instruir a los niños desde los más

tiernos años, y que iniciase esta enseñanza con la lectura y la escritura, a diferencia de los Padres de la Compañía en el Colegio Romano. Faltaba una escuela en la que enseñasen maestros de vida santa y de buena preparación, una escuela que estuviese al ritmo de los tiempos nuevos, que veían surgir y crecer de día en día el número de las clases pobres y trabajadoras, de los pobres obreros, de los jóvenes empleados; una escuela que supiera captar el espíritu de la época nueva creada con la rápida difusión de la imprenta. Faltaba, en suma una escuela verdaderamente popular, al tanto de las exigencias concretas de los pobres, y que pudiera darles no sólo una ayuda momentánea, sino también un remedio definitivo tanto en el campo espiritual e intelectual como en el social” (Sántha, p. 51-52).

Luis, después de cuanto te he dicho, mi deseo es que vosotros, en vuestro tiempo, sigáis esa lucha en la que nosotros estuvimos metidos. Por eso te enumero algunos deseos más ante todo lo que te he expuesto. Que valen para ti y todos los que están metidos trabajando en una obra escolapia.

Primero, deseo que tengáis este mismo convencimiento de la educación como revolución. Tenéis que tomarla y vivirla desde esa vertiente. Siempre lo es, aunque no siempre se vea así. Con la educación tenemos que tocar lo profundo de la persona, no simplemente la intelligen-

cia. Sé lo difícil que resulta hoy educar para vosotros, pero la educación que no saca lo mejor de la persona, que no la cambia, que no la transforma, y eso es el resultado de la suma de cuantos intervienen en el hecho educativo, no cumple su misión.

Segundo, en la educación no os quedéis en la superficie, en la materia que se enseña, a veces árida y que da la sensación de que poco puede tocar el hondón del niño. En la educación es importante no sólo lo que se dice, sino el modo cómo se dice, las actitudes que se adoptan, la persona misma del educador y su modo de ser. Lo repetiré hasta la saciedad, se educa más y mejor con lo que se es que con lo que se dice.

Tercero, pensad que trabajáis por el bien de las personas, por su futuro, para que lleguen a ser algo de lo que se sientan orgullosos el día de mañana. Por eso cuidad sobre todo a los que más lo necesitan en todos los campos porque de la educación que impartáis depende su futuro.

Cuarto, recordad que la educación es liberación y redención. Como habláis de teología de la liberación, con tanta mayor verdad lo que yo hice y por lo que trabajé fue una educación de la liberación, o una educación que era liberación. Con amor, pero luchad por liberar al hombre. Liberadlo de las muchas ataduras que tiene y en las que está atrapado. Redimir y libe-

rar, dos palabras que si no están en el acerbo de mi vocabulario, se encuentran muy presentes en el trabajo de mi vida. ¡Cómo quisiera que vosotros, laicos y religiosos, hijos míos tan queridos, os imbuyerais de este elemento!

Quinto, como el Señor dijo: “Id y predicad por todo el mundo...”, yo os digo: “Id y enseñad por el mundo entero...”. Muchos países os necesitan. Sé cuáles son vuestras fuerzas y no me engaño, pero al mismo tiempo sed un poco atrevidos y no sólo prudentes. ¿Cómo se hace? Pedidlo al Espíritu Santo que Él enseña lo que a nosotros nos parece imposible. Pero, al mismo tiempo, no olvidéis el mundo secularizado en el que muchos estáis presentes. También ahí hay que dar testimonio de Jesús, y hay que seguir enseñando piedad y letras.

Te dejo, Luis, que no voy a cumplir el propósito de mi última carta, de ser más breve. Con amor paterno,

José de la Madre de Dios

Carta 7^a

La escuela que quise

Querido Luis: han pasado algunas semanas desde mi carta anterior. Te he visto ocupado en el trabajo diario con los niños, y eso me encanta. Yo lo realicé durante medio siglo y te puedo decir que nunca fui tan feliz como en los momentos en que me encontraba rodeado de ellos. Enseñar a los niños llena la vida. Es trabajar constantemente con la posibilidad de formar un hombre, de imitar a Dios que hizo al hombre a su imagen y semejanza. Uno los ve crecer, hacerse hombres, ascender en la vida. Llega un momento en que casi no los reconoce. O conoce demasiado bien que lo que son lo son por fuerza de la misma escuela en la que estuvieron. El día a día tiene sus dificultades, bien lo sabes, pero comporta así mismo sus gratificaciones. Me llena de alegría cuando veo que laicos y religiosos trabajan con ese ánimo en las escuelas calasancias.

Quisiera hablarte hoy de la escuela que pretendí crear. Podría denominar así este intento: las características de la escuela y pedagogía calasancias.

La primera característica de la escuela calasanziana y en la que me empeñé con todas mis fuerzas fue la *gratuidad*. Encontré una lógica perfecta en la imposición de este elemento. Discurrí así: Yo quería redimir la infancia y juventud, que en el fondo consistía en luchar por un mundo mejor. Nunca debemos olvidar este trasfondo. Y en el intento por dar vida a algo nuevo, estaban los niños pobres. Pero, ¿cómo iban a ir a la escuela esos niños si no tenían con qué pagarla? No cabía sino una solución, hacerlas gratuitas. Había recorrido de cabo a rabo Roma muchas veces. Me la conocía como la palma de la mano. Y lo que había descubierto lo había expresado en las Constituciones y te lo dije en una carta anterior: “En casi todos los Estados la mayoría de los ciudadanos son pobres, y sólo por un breve tiempo pueden mantener a sus hijos en la escuela” (C 198).

En consecuencia, los padres por muy sensibilizados que estuvieran, y no lo estaban, y por mucho que quisieran a sus hijos, y no siempre se evidenciaba, no podían enviarlos a las escuelas de barrio. No tenían con qué pagarlas. Entonces la solución se me apareció clara, las escuelas tenían que ser gratuitas. Así podrían asistir todos los niños. Así los padres no encontrarían justificación alguna para no enviarlos. Por eso en mis escuelas no quise que se cobrara lo más mínimo; no se había de pedir, y menos exigir, nada a nadie.

Ya lo sé, después de cierto tiempo, cambiaron algunas prácticas. Admití niños que no eran pobres, a pesar de cierta repugnancia interna que sentía, pero al fin y al cabo también eran niños. Por eso no te extrañe que yo personalmente siempre buscara a los más pequeños y más pobres, porque mi gozo era tratar con ellos. Los demás se los dejaba a los otros padres. Sí, lo acepto, entraron en las escuelas niños que no eran pobres, pero esto no me llevó a olvidar esta primera característica que he citado, la gratuidad. Las escuelas iban a ser para todos y siempre gratuitas. Era la única manera de tener a los pobres, aunque, por otras razones, asistieran también algunos pudientes.

Para que la escuela fuera gratuita tuve que proveer a los alumnos de todo lo necesario, papel, pluma y tinta, que ni para eso tenían. No sólo debía ser gratuita la enseñanza, también el material.

La segunda característica fue la *brevedad*. Los pobres pueden asistir poco tiempo a la escuela, en consecuencia, no se les puede entretener con cosas que no les van a servir. Así me pareció, pues la propia experiencia me había enseñado la inutilidad de algunos conocimientos que se aprenden. Cuando eso lo proyectaba en los niños me parecía un horror hacerles perder el tiempo. De ahí que legislé en las Constituciones que todos los que trabajan en la escuela calasancia lo tuvieran en cuenta: “En la ense-

ñanza de la gramática y en cualquier otra materia, es de gran provecho para el alumno que el maestro siga un método sencillo, eficaz y, en lo posible, breve. Por ello se pondrá todo empeño en elegir el mejor entre los preconizados por los más doctos y expertos en la materia" (C 216).

El método que se ha de usar en clase ha de tener estas tres cualidades, sencillez, eficacia y brevedad. Es la manera de que los niños que van a permanecer poco tiempo en la escuela lleguen a poseer los elementos necesarios para defenderse en la vida. Es la razón de que el curso de los estudios fuera rápido y breve. Se lo explicaba a uno de mis religiosos: "Ya que esa es la clase más importante de todas después de la primera de gramática, busque un sujeto que al mismo tiempo de enseñar a escribir y el ábaco enseñe el santo temor de Dios, pues de esa clase se van los niños al mundo para aprender algún oficio y es muy importante que salgan bien enseñados en el santo temor de Dios" (EP 2742).

La tercera característica fue la *facilidad*. En todo esto me dejé llevar por el buen criterio y el sentido común; dos cosas que siempre me ayudaron mucho y me fueron muy bien. Si resulta que el tiempo era corto para preparar a los muchachos a su egreso de las escuelas a ganarse la vida, y tenían que salir bien equipados con los conocimientos necesarios para la vida, se requería un método de enseñanza que elimina-

se al máximo las dificultades, que evitase las minucias para no entretener en lo que no tiene importancia, y simplificara al máximo las nociones que había que inculcarles.

Como ves, Luis, todo lo que hacía y buscaba era en función del bien de los niños. No me interesaban cosas inútiles o todo aquello que se puede aprender pero que realmente después no sirve en la vida. Todo lo quería en función de la vida de los niños, que era lo único que me importaba. Dios me había metido en medio de ellos y era lo que yo amaba y de lo que me preocupaba.

Cuarta característica: *practicidad*. Viendo el mundo que me rodeaba, conociendo a los pobres, estando metido entre ellos, me hacía esta pregunta: ¿para qué van a venir los pobres a la escuela sino para prepararse a la vida? ¿Qué otra cosa les puede atraer? ¿No lo pasan mejor en las calles y plazas haciendo lo que les apetece que no sometiéndose a una disciplina, algo inaudito para ellos, y que a quienes han vivido como ellos les ha de resultar forzosamente odiosa? Luego si vienen para prepararse a la vida, la enseñanza tenía que cumplir ese objetivo, de lo contrario no servía. Y es lo que busqué, una educación para la vida práctica. Que cuando los niños dejaran las escuelas pudieran defenderse en la vida. Y quise que los educadores de las escuelas emplearan un método práctico.

Ese fue el motivo del contenido escolar. Como en mi tiempo las materias más útiles eran la lectura, escritura, cuentas y la gramática latina, ahí centraba su esfuerzo la escuela calasancia.

En primer lugar se enseñaba a leer y a leer correctamente. Se daba tanta importancia que era una materia que seguía perfeccionándose a lo largo de las clases superiores, hasta llegar a saber declamar bien. Era muy importante la lectura y quienes la dominaban podían encontrar salidas para su vida profesional. El lenguaje es la gran arma de los pobres y la fuerza de quienes no poseen bienes materiales.

Además como en Roma había muchos notarios, comerciantes y otros puestos de trabajo que exigían escribir, poseer una hermosa caligrafía abría las puertas de estos sitios. ¡Cuántos niños de las escuelas encontraron trabajo gracias a la escritura que aprendieron! Y en eso fui inflexible. Me empeñé mucho en la caligrafía y enseñé no sólo a escribir sino también diversos tipos de letra, para preparar mejor a los alumnos. En alguna ocasión tuve que recordárselo a mis religiosos y decirles que yo mismo había trabajado en esas labores: “Me he ocupado, le decía a un sacerdote, en diversas cosas y he aprendido a escribir a la perfección, y también muchas partes de la aritmética, para poder enseñarlo a los nuestros. En caso de necesidad, he llevado la escuela de caligrafía y aritmética,

de leer y de gramática, cuando se ha presentado la ocasión por enfermedad de algún maestro o por accidente. Y no he perdido por esto nada de la dignidad del sacerdocio, ni reputación del cargo" (EP 3673). Y no cabe duda que muchos niños que salieron de las Escuelas Pías pudieron abrirse paso en la vida gracias al aprendizaje que habían hecho de la escritura.

Estaba además el ábaco, la aritmética, las matemáticas sencillas. Que constituía también una asignatura de peso en las nacientes Escuelas Pías. Comprendí enseguida la importancia de esta materia. Y alabé y ayudé en lo que pude a los religiosos que se empeñaron en estudiarla, a niveles incluso elevados y con importantes profesores. Sabía que esto redundaría en bien de los niños, y para mí cualquier cosa que acabara siendo un bien para ellos, merecía todo mi apoyo. Las cuentas servían para cualquier persona en su vida privada, y también para encontrar un puesto de trabajo en las numerosas tiendas que existían. Muchos niños educados en nuestras escuelas ejercieron después este oficio en su vida privada y pudieron ganarse la vida.

Finalmente el latín no era moneda de poco curso como os puede parecer hoy, sino que daba en nuestro tiempo entrada a numerosos lugares de trabajo puesto que era la lengua internacional, la lengua de la cultura, que se usaba en los actos civiles y eclesiásticos.

Quinta característica: *la importancia de la cultura general*. Aunque al comienzo de las escuelas y durante un tiempo las materias fundamentales y casi únicas eran las que he señalado, poco a poco, a medida que transcurrían los años, se fueron añadiendo otras. Lo fui viendo necesario. Había que preparar cada vez mejor a los niños. Materias que eran también importantes. Y entre ellas descolló la lengua nacional. En verdad ésta venía enseñada desde el comienzo de las escuelas, pero siempre subordinándola al latín. ¿Cómo se enseñaba? En la lectura de los clásicos latinos el maestro ayudaba a transcribir a la lengua vernácula lo que se había trabajado. Igualmente las composiciones que se mandaban no eran sólo en latín; se debía componer en lengua vernácula, por supuesto sólo en italiano, tanto en prosa como en verso. Puedo decir que fue una decisión muy acertada y fue creciendo la formación y cultura general de los niños.

Además de lo dicho se enseñaban otras materias: nociones de historia y antigüedad romana, geografía tanto antigua como moderna, la primera fundamentalmente para comprender a los clásicos.

Luis, se me van amontonando las características de la escuela calasanziana. Esta carta más que una carta parece una clase sobre la escuela calasanziana. Pero quiero describírtela del modo mejor y más completo posible para que la

conozcas, veas la riqueza de lo que hicimos en nuestro tiempo y te animes tú y cuantos estáis metidos en ella a preguntaros cómo debe ser y puede ser en vuestro tiempo esta escuela. Lógicamente muchas cosas cambiarán, pero es bueno ver lo que no tiene que perderse, la manera cómo se deben traducir algunas consecuencias y cómo la creatividad os debe llevar a nuevas realizaciones de la misma.

Sexta característica: *el método simultáneo*. Es algo de lo que me di cuenta enseguida, el tiempo que se perdía en las escuelas rionales al haber un solo maestro para tantos niños y de tan distintas edades. Mientras se atendía a uno, los demás campaban muchas veces a sus anchas. Por eso la aplicación del método simultáneo, incluso en las clases de los pequeños, fue una decisión feliz para el bien de los mismos niños. En las escuelas de barrio, cada maestro tenía que atender a niños de diversas edades, con lo que debía multiplicarse: atender a veces de una manera personal a un niño, y en otras detenerse con un grupo pequeño, mientras que el resto hacía lo que quería. La eficacia era pequeña, y el tiempo perdido grande. Ante lo que veía opté desde el comienzo por reunir a los niños según el criterio homogéneo de edad y cultura en la misma clase, con lo que los resultados se multiplicaban. De esta manera se podían admitir más niños en cada clase y la eficacia de la enseñanza no disminuía sino que aumentaba; la dedicación del maestro llegaba

constantemente a todos, e incluso los muchachos aprendían de sus propios compañeros. El tener más maestros y la aplicación del método simultáneo hizo que el número de alumnos en las Escuelas Pías fuera mucho mayor sin comparación que en cualquier escuela de barrio. Ya te he dicho en otro momento cómo acudían muchos niños a nuestras escuelas y cómo el número fue creciendo constantemente, obligándonos a transferirnos de un lugar a otro, en busca de locales en los que cupieran siempre más alumnos.

Séptima característica: *la división de los estudios*. No deseo describirte todo el entramado de las escuelas, porque no es para ponerlo en una carta. Pero sí te diré que distribuí los estudios en tres ciclos, y cada uno de ellos lo dividí en varias clases. Así, sin que disminuyera la eficacia de la enseñanza, se podía emplear un número menor de maestros.

Octava característica: *el método activo*. En seguida comprendí que para ayudar la atención de los alumnos, para animarlos y no dejar que decayera su entusiasmo, era preciso adoptar un método activo. Para mantenerlo y favorecerlo, quise que estuviera presente la emulación entre los alumnos, sin llegar a extremos que podían resultar perjudiciales. La emulación es siempre algo que estimula a las personas y cuando se hace con buen sentido, puede conjugarse el juego con el estudio, el esfuerzo con el gozo. En esta línea, no quise animar la rivalidad entre los

individuos, sino que propuse la competición entre grupos de alumnos. Quería así conservar las ventajas obviando los perjuicios a los que se exponen semejantes juegos.

¿En qué se concretaba esta emulación? En las discusiones que frecuentemente se mantenían en clase y en los trabajos que realizaban los alumnos, ya que los mejores quedaban expuestos a la mirada del resto. Normalmente se trataba de breves composiciones en latín o lengua vernácula, o también de modelos de caligrafía. Adquirí la costumbre de obsequiar con algunos de estos trabajos a los bienhechores de las escuelas para que vieran el trabajo que se realizaba en ellas y el adelantamiento de los alumnos, al mismo tiempo que me reservaba otra parte para embellecer las aulas, exponiéndolos en las paredes de las mismas. ¡Cuántos recuerdos guardo de las luchas entre romanos y cartaginenses, entre “equites et pedites”, entre unos grupos y otros y en las prerrogativas que tenían quienes ganaban, siempre a favor de su grupo! Te puedo decir, Luis, que a pesar de que algunos creen que este método puede ser perjudicial, bien empleado y conducido, puede ayudar a los alumnos; al menos esa fue mi experiencia.

Novena característica: *el método preventivo*. Me encuentro muy contento de haber previsto la riqueza de esta característica. Ya se lo había escrito al cardenal Tonti en el Memorial que le mandé: “El más meritorio, por establecer y

poner en práctica, con plenitud de caridad en la Iglesia, un remedio eficaz, preventivo y curativo del mal, inductor e iluminador para el bien, destinado a todos los muchachos de cualquier condición y, por lo tanto, a todos los hombres, que pasan primero por esa edad mediante las letras y el espíritu, las buenas costumbre y maneras, la luz de Dios y del mundo” (n. 9).

He ahí las palabras tan importantes: “preventivo y curativo del mal”. ¿Cómo prevenían el mal las escuelas pías? Ocupando al niño el máximo tiempo posible. Aunque me acomodé en lo posible a la costumbre de lo que hacían en mi tiempo, procuré tener al niño totalmente ocupado. Por eso quise que las horas de clase ocuparan todo el día: de las 8 a las 11 de la mañana y de las 2 a las 5 de la tarde, en los meses de invierno; en las otras estaciones el horario sufría un cambio. Las lecciones propiamente dichas duraban dos horas y media por la mañana y otras tantas por la tarde. Al concluir las clases matinales, los niños acudían al oratorio o a la iglesia para oír misa, que no podía durar más de media hora. También las clases de la tarde terminaban en la iglesia, con el canto de las letanías de Nuestra Señora y otras oraciones.

Si a eso añades lo que te conté del acompañamiento a sus casas en filas por medio de la ciudad, comprenderás cómo efectivamente las escuelas eran un método preventivo para todos los niños que a ellas acudían.

Décima característica: *la colaboración con las familias*. Es algo que cuidé mucho, aunque aparece menos cuando se habla de la escuela calasancia. Pensaba que si la escuela ayudaba a la familia, ésta tenía que colaborar con las escuelas. En concreto las escuelas informaban a las familias de la situación de los alumnos y en especial de sus ausencias. En este caso la propia familia tenía que justificar el porqué de tal ausencia, y se consideraba tan importante este hecho que cuando repetidamente no se cumplía este requisito se podía llegar incluso a la expulsión de un alumno. Con esto yo buscaba un doble efecto: por una parte que los niños no faltaran a las escuelas porque tenían que aprender y si faltaban lo mejor era que lo conocieran sus padres, y por otra pretendía también con esto la defensa de los maestros si llegaba el momento en que una familia se quejaba del poco adelantamiento en los estudios de su hijo.

Undécima característica: *la moderación de los castigos*. Puede llamarte la atención este elemento y que lo cite como una característica. Pero, fíjate, Luis, que cito como característica la "moderación". Es algo de lo que no os podéis hacer idea en vuestro tiempo. En mi época los castigos estaban a la orden del día en las escuelas. No extrañaban. En todo caso lo que podía parecer extraño era su ausencia. Cuando yo comencé las escuelas no me pareció oportuno abolir esta práctica, y, sin embargo, la moderé

tanto en la frecuencia y en la severidad de los castigos, que bien podemos decir que fui un revolucionario en este campo. (Para todo lo explicado, cfr. Giovanni Ausenda en “Espiritualidad calasancia”. III Pedagogía calasancia).

Luis, esta es la escuela que quise y la que implanté en aquellos años. Las cosas comenzaron poco a poco. Fueron fruto de la experiencia que me daban los años y de lo que hacía y aun de los fracasos que a veces constataba. Fue la escuela que se fue transmitiendo entre los escolapios, siempre enriquecida por mis hijos que trabajaron incansablemente en la mejora de los métodos para conseguir que los niños aprendieran mejor. Hoy doy gracias a Dios por lo que Él me concedió hacer y se las doy principalmente porque todo fue para bien de lo que yo siempre más he amado, los niños, los niños pobres, los desheredados de este mundo.

Un deseo, que también tú trabajes de lleno en la escuela calasancia que ahora debe ser de otra manera, pero que tiene que poseer los estímulos internos que a mí me movieron para hacer lo que hice: el amor a los niños, la creatividad en la enseñanza, la atención al entorno social en el que se mueven los alumnos, la mejor preparación de los maestros, el bien social, la formación de auténticos cristianos.

Con amor de padre

José de la Madre de Dios

Carta 8^a

El educador calasancio

Querido Luis: cuando empiezo a escribirte esta carta se me amontonan tantas cosas que casi me parece imposible poder acabarla. Cuando pienso en el educador calasancio, por una parte me doy cuenta de que en las cartas anteriores han ido surgiendo algunas características que debe tener, y, por otra, también en mi próxima misiva quiero tratar este tema, y, a pesar de todo, siento una cierta impotencia para poner sobre el papel la riqueza de lo que para mí entraña. Muchas cosas para poco espacio. Pero voy a intentarlo porque no podría perdonarme no haberlo intentado.

Cuando me preguntan qué es el educador calasancio, respondo que se lea el n^o 3 de las Constituciones. Allí lo dije: "En actitud humilde debemos esperar de Dios Todopoderoso que nos ha llamado como braceros a esta mies fertilísima, los medios necesarios que nos transformen en dignos cooperadores de la Verdad".

En esta carta quiero hablarte de esta y otras cualidades y en la siguiente ahondar más este

tema. Con todo ello, sin embargo, sólo habré pergeñado la figura del educador calasancio. Pues bien, en medio de todo ello, la primera cualidad que cito, en la que me detengo, es que se trata de un cooperador de la Verdad.

Y esta cooperación se debe aplicar a diversos campos. Es cooperador de la verdad *científica*. Te lo he dicho repetidas veces, quise que mis hijos enseñaran a los niños necesitados. Había que enseñarles necesariamente las letras. Pero como para mí letras y piedad iban indisolublemente unidas, no te extrañe que en mis cartas cuando hablo de una de ellas aparezcan las dos: “Todos, tanto sacerdotes como clérigos, y otros que tuviesen disposición, deberían procurar con todo empeño habilitarse para saber enseñar no sólo gramática, aritmética, caligrafía, leer y pronunciar perfectamente, sino lo que más importa, saber catequizar a los niños y enseñarles el santo temor de Dios. Y en estas cosas sería santa la competencia entre los nuestros, y de grandísimo mérito para ellos y utilidad para el prójimo” (EP 2613).

Quería que el educador calasancio capacitara a la persona que tiene ante sí, que le diera un conjunto de conocimientos que le abrieran camino en la vida. Mirado con vuestros ojos todo lo que hicimos en nuestro tiempo puede no parecer llamativo, pero te digo de verdad que lo fue.

Este empeño no fue algo que caracterizó sólo el inicio de las escuelas, sino que las acom-

pañó en todo el decurso de las mismas. Recuerdo que cuando todavía estábamos en el comienzo, aunque habían pasado ya 12 años, le escribía al marqués de Ariza que me había pedido fundar en sus dominios: “No es poca gracia del Señor darle tan fervoroso deseo de ayudar a los pobres con ayuda tan útil y necesaria como es la doctrina unida al santo temor de Dios y en edad tan tierna que el provecho es muy cierto” (EP 7).

Yo mismo tuve que aprender para enseñar. Y no lo tuve en menos por ser sacerdote. Ya anciano escribía a uno de mis hijos: “Muchas veces he llevado la escuela de aritmética y he enseñado a algunos de los nuestros para que sustituyesen en esa escuela. Y por eso no he perdido ni una brizna de la dignidad sacerdotal” (EP 3672). Y algún año antes: “No sólo he lavado platos, trabajando tanto como los que hacen escuela, sino que he ido también a la cuestación del pan con las alforjas al hombro por Roma, y a acompañar a los alumnos. Y estoy dispuesto a repetirlo ahora. Porque el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistan” (EP 2757).

No sólo tuve que aprender, sino que ayudar a mis hijos, los educadores, en sus dificultades. A veces me preguntaban sobre el mejor modo de llevar las escuelas: “En cuanto a llevar a la escuela algunos puntos anotados sobre la lección, se usa no sólo en las escuelas privadas,

sino también en las grandes universidades, porque muchos no tienen tan buena memoria que puedan acordarse de todos los detalles. Por eso, no se preocupe si dicen alguna cosa" (EP 598). Y es que el P. Esteban Cherubini no las tenía todas consigo.

Me tenía que ocupar del número de alumnos que debía haber por clase. Te llevarás las manos a la cabeza cuando leas lo que escribía, pero ten en cuenta la necesidad que existía entonces y el ánimo que nos embargaba de ayudar al mayor número de niños posible: "Juntamente con la carta que he recibido de V. R. he recibido el informe particular sobre cada clase y sobre el número de alumnos que hay en ella. Aunque me parece que todas van bien, en la de los pequeños han hecho mal admitiendo más de 190, sin contar los que cada día van llegando a dicha clase. Para ellos son necesarios cuatro maestros, pues no hace poco un maestro si enseña bien a 50. Por el contrario, siendo tantos no podrán ser bien educados y de este modo se perderá el buen nombre" (EP 3022).

¿Verdad que te ha parecido una barbaridad? Pero fue de esa manera como comenzamos queriendo ayudar al mayor número de niños. Y más hubiéramos tenido si a más hubiéramos admitido.

Tenía también que ocuparme de los fracasos y de ayudar a quienes pasaban por esos

malos trances: "... en cuya escuela debe exigir más de lo que yo pueda sugerirle, que mañana y tarde vaya con orden y tenga en todas las clases a alguien que anote diariamente a los que faltan y avísele luego a los padres, para que vean que la falta no está en los maestros si los alumnos no aprenden" (EP 354). Y casi al final de mi vida volvía sobre lo mismo: "Respecto a las escuelas, si los alumnos no muestran interés por aprender y faltan muchas veces a clase, V. R. encargue a algún alumno que frecuente la escuela, que apunte cada día en un librito quién falta, tanto por la mañana como por la tarde, para que a fin de mes pueda demostrar a sus padres que si los alumnos no sacan provecho no es culpa del maestro sino de los alumnos, pues así se enmendarán" (EP 4147).

Además de la verdad científica, el educador calasancio es cooperador de la verdad en el campo de la verdad *humana*. Campo que acoge todo lo humano, cuanto atañe y se refiere a la persona. Se trata del respeto a la persona, de la liberación de cualquier opresión, marginación o mal. No podemos olvidar que el hombre posee una verdad desde el momento que Dios le ha dado el destino de ser persona; pero esta verdad está constantemente amenazada. Lo puedes ver en tu tiempo y era algo claro también en el mío. La historia de la humanidad es clarificadora a este respecto: las guerras, la marginación, la violencia, el desprecio de los valores humanos, el

desconocimiento y vilipendio de la propia autonomía. Es la verdad del hombre como hombre la que está en entredicho.

Luis, el educador calasancio es cooperador en la construcción y conservación de esa verdad. Cuanto compete al ser humano, ya desde su tierna infancia, no puede ser olvidado por él, sino que ha de ser cuidado y trabajado. Ha de entregarse a redimir esa pobreza humana. Sé que insisto mucho en esto, pero para mí es lo fundamental, y las demás características de las que te hablaré, están subordinadas a lo que aquí te digo.

Por eso no quería que nadie hiciese distinción entre los alumnos, porque todos son iguales ante Dios (Cf. EP 354). La dignidad de la persona tenía que empezar siendo reconocida por el cooperador de la verdad. Por esa igualdad luché incluso acudiendo a las autoridades civiles (Cf. EP 444).

Pero el cooperador calasancio es sobre todo cooperador de la *Verdad*, y la escribo con mayúscula. Es cooperador de Dios. En este sentido busca el bien espiritual de la persona. Por eso comprendí que para educar y reformar el interior de los niños y jóvenes se necesitaban hombres escogidos por Dios. No sirve para educador calasancio cualquier persona. Te explico algunos elementos que creo deben poseer quienes se sienten movidos a dar su vida a esta vocación.

Antes que nada quien se sienta llamado a ser educador calasancio ha de ser hombre con *vocación*: “Quien no tiene espíritu para enseñar a los pobres, no tiene vocación de nuestro Instituto, o el enemigo se la ha robado” (EP 1319). La educación sin vocación puede ser mercenaria y entonces es un contrasentido. En cierta manera, como toda paternidad, nace del amor, no de cualquier otro motivo y menos del dinero. Sólo cuando nace del amor puede referirse a toda la persona y no sólo a la instrucción intelectual. Muchas razones pueden influir en el nacimiento de un deseo de entrega a la educación, pero detrás de todas ellas hace falta que se alumbre la vocación.

Se requiere también *competencia*: “Yo deseo a los nuestros con tal talento que lo puedan comunicar a los otros” (EP 2647).

Para llegar a los educadores que necesitan las Escuelas Pías se requiere lo que vosotros llamáis una auténtica y buena *selección, formación, actualización y evaluación* de los agentes educativos. Sobre todo la selección y formación yo la busqué siempre. Muchas veces me salió mejor y otras no tan bien. La formación para mí incluye los siguientes elementos. Primero, la *información o actualización de conocimientos*. Se trata de un nivel amplio y me parece que ahora podéis disponer de él con mucha riqueza..

Segundo, el *cambio de mentalidad*. Aquí está comprometida la persona. Supone flexibilidad

y capacidad para integrar la identidad, que nunca se puede dejar, con el cambio. Hay personas que sienten éste como amenaza y en ese caso lo tienen más difícil, pero es imperativo necesario en el educador calasancio.

Tercero, la *revisión de las estructuras*. A veces no se piensa en este elemento. Yo tuve que cambiar muchas estructuras a pesar de encontrarme metido en un tiempo que no lo favorecía. Pero si no se da semejante cambio, todo proceso de formación, y más si es formación permanente, queda limitado a individualidades poderosas; los demás no hacen nada y todo se bloquea.

Cuarto, hay que favorecer la *formación de nuevos hábitos*. Que estén de acuerdo con el tiempo en el que vivís; el futuro depende en gran manera de este cambio.

Quinto, *cuestionamiento existencial*. Qué es mi vida, cómo la vivo, hacia dónde estoy caminando, cómo tomo este trabajo de la enseñanza, es para mí más que un trabajo. Preguntas semejantes donde ponemos en solfa nuestra propia existencia y nuestro comportamiento y vivir.

He insistido en este elemento de la formación porque me parece insustituible. Yo mismo trabajé cuanto pude en la formación de los maestros. Tengo que reconocer las deficiencias que se dieron, pero tienen su explicación. Fue-

ron a causa de la pobreza y de la falta de una sede estable por lo que los estudios no pudieron funcionar con la seriedad que yo deseaba y con la regularidad que pedía. Esto los perjudicó, y lo confieso, pero es necesario reconocer también que siempre existieron esas sedes de estudio y formación.

Toda la formación del educador calasancio, sea en el campo espiritual, intelectual, pedagógico y social la hice con un esfuerzo casi sobre humano por librarme de todo formalismo y convencionalismo, buscando lo que era evidente, claro, práctico, útil y que fuera de ayuda a los niños.

Respecto a otros elementos, al margen de la formación en el que me he demorado bastante, te los voy a ir indicando sin enumerar para que esta carta no parezca más un cartón de ábaco que una misiva que te dirijo con todo mi corazón.

El educador no tiene que estar por debajo de las exigencias que le pide su mismo trabajo, por eso deseaba que en mi tiempo los educadores "pudieran mostrarse en público y razonar con fundamento" (EP 3038), pero sin idealismos. Todo educador ha de ser consciente que no puede separar la verdad de lo que es de lo que hace. Y en cuanto a este "ser", existen con frecuencia problemas pendientes en los maestros, como personas que son. En la educación el maestro tiene que conocerse bien y reconocer

estos problemas porque pueden influir en la misma educación que da. Hay tantos problemas como personas y muchas no han logrado estar a la altura de su edad, es decir, de la crisis existencial de la madurez de frente a su propia vida. En este sentido diría que educación y vida personal van íntimamente unidas. Quien quiere educar sin comprometer para nada su vida, no será un auténtico educador. Por eso quien desea ejercer el ministerio de la educación debe cuidar su propia vida, su crecimiento personal. Y por eso debe afrontar también sus problemas pendientes. De lo contrario éstos se transparentarán de una forma u otra en el hecho educativo. Es un tema importante que no quiero que olvide el educador calasancio.

Al decir problemas pendientes me refiero a aquellos no resueltos en un momento anterior de la vida, que crean lastre en la personalidad y que en el momento presente condicionan el planteamiento de las diversas situaciones por las que pasa, a veces crisis fuertes. Un educador que está pasando una fuerte crisis no puede ser neutral en la educación. Por ejemplo, un educador no puede trabajar y ayudar a un niño o a un adolescente para que se vaya aceptando si él mismo sigue bajo la presión de la imagen negativa de sí mismo, que procede de tiempos anteriores. Ni puede enseñar a amar de verdad, si él no ha podido crecer integrando en sí mismo la agresividad y la sexualidad, o no puede distanciarse de lo que le pasa a otra

persona si él mismo arrastra aún problemas pendientes en ese campo. Hay que cuidar de manera muy exigente que el educador no cause perjuicio al educando en la relación educativa.

El educador calasancio tiene que procurar también que la preparación cultural no esté por encima o se cuide más que la de las dotes personales y la capacidad de relación con los demás (Cf. EP 2657). Siempre di mayor importancia a lo personal que no a lo cultural. Creo que lo segundo puede ser conseguido con el esfuerzo, mientras que lo primero si no se posee puede incapacitar a la persona.

Luis, la figura que me iba forjando del educador calasancio era lo que se desprendía de lo que iba pidiendo a los estudiantes en su preparación para el ministerio y a los padres en el ejercicio del mismo.

Deseaba una entrega seria, dando el tiempo que fuera necesario. En los religiosos pedía todo el tiempo y que fuera bien aprovechado (Ritos Comunes); a vosotros laicos, pido también una entrega tenaz del tiempo que tenéis que dar a la educación. Comprendo que tenéis otros deberes a los que atender y que a ellos os debéis, pero como educadores calasancios, la educación no es simplemente un rato o una gran parte de la jornada que uno entrega, pero sin implicar la vida. Es mucho más. Es vivir la vida con ánimo de educador.

El educador calasancio tiene que evitar todo lo que signifique egoísmo y debe tender al altruismo como realidades que deben marcar la vida (Cf. EP 708). Por eso en él debe darse la madurez afectiva relativa a su propia edad, tanto más cuanto que su trabajo lo realiza con personas y no con cosas o papeles. Por falta de esta madurez, en mi tiempo tuve algunas dificultades y no deseo que se den ahora. La edad de gran parte de vosotros es una edad que tiene sus ambivalencias. Por una parte es la edad de la paternidad en la que se supone que el amor ha crecido en la autodonación, y por otra parte es también la edad de la ansiedad ante el futuro y muchas veces de la aparición de necesidades primarias. Por eso muchas veces al encontrarse con personas más jóvenes y de otro sexo parece que se dispara la ternura, el calor y el cariño. Resurge todo lo que uno llevaba por dentro y puede encontrarse posesivo e indefenso. Hay que cuidar estos aspectos, llevarlos con delicadeza, estar atento a las jugadas que pueden hacer los sentimientos y saber educar aunque a uno le pesen todavía ciertas realidades de su pasado. Comprendo que no sólo puede ser educador quien ha resuelto satisfactoriamente todos sus problemas, porque entonces pocos educadores se encontrarían; pero creo también que éste es un componente al que hay que estar atento.

Siempre he sido partidario de aprovechar las cualidades de las personas, y por eso dar a

cada educador las materias que mejor se adecuen a sus intereses, a sus posibilidades, a aquello para lo que tienen facilidad y maña. Quería que a todos los ocuparan “en aquellos trabajos para los que tienen talento, porque en aquello que no se tiene talento no se puede aplicar tan fácilmente y por eso conviene conocer la inclinación de cada uno” (EP 1226).

El educador escolapio ha de hacerse pequeño con los pequeños, casi diría, de ser bien entendido, ignorante con los ignorantes para iniciar con ellos el camino que va a llevar al educando a la consecución de los objetivos que busca la educación. Sé que detrás de todo este comportamiento está la decisión de dar la vida por los niños. Por eso hay que tener una auténtica vocación para optar por esta manera de vivir; uno tiene que ganarse la vida, pero el trasfondo más íntimo es el deseo de luchar por cambiar a la persona y en lo posible a la sociedad.

He querido siempre la especialización de los maestros (Cf. EP 32), que tuvieran una rica humanidad y frescura de espíritu que les hiciera competentes en sus materias. A esto debían juntar la apertura intelectual para comprender a las personas, para no encerrarse en lo propio, para que la verdad brillara por encima de cualquier enquistamiento que les cerrara a la vida, a la sociedad y al progreso. Fue lo que me motivó el deseo de que las distintas naciones tuvie-

ran por maestros a sus propios hijos. Es verdad que al comienzo de las escuelas y durante un cierto tiempo esto fue imposible, pero dejé trazadas las directrices necesarias para la realización de un plan en este sentido (Cf. EP 1907).

Lo que nunca he podido consentir es el educador mediocre. Y llamo así a quien ha renunciado a entregarse de verdad a este ministerio que, por otra parte, suele normalmente tener su consecuencia en la propia vida, pues en ella ha renunciado también a vivir a fondo. Puede funcionar bien, es correcto, respetuoso e incluso fiel a su deber. Pero ha perdido la capacidad de gozar y sufrir. Cumple, y en ese sentido nada se le puede decir, pero se reserva. Lo hace instintivamente de manera que esta manera de ser se ha convertido en una actitud que ha llegado a ser sistema de vida. Enseña, pero no se da más. Se le nota en que le falta ilusión, ánimo; no goza con lo que hace. Descansa existencialmente cuando termina la jornada de clase. Al despertar su mayor tensión es su trabajo, a no ser que hasta de él pase. Una persona así no puede ser un verdadero educador calasancio. Quizá tuvo ideales y se batió por ellos, pero todo pertenece al pasado. Hoy vive el desencanto. Ha llegado a ser como todos, pese a los ideales primeros que mantuvieron su vida.

El educador calasancio quiere saber cada vez más y ser más competente (Cf. EP 3753), aprovecha el tiempo con el afán de los temas

pedagógicos que pueden iluminarle en el trabajo con los niños (Cf. EP 2837); es sencillo, porque la vanidad, el orgullo y la excesiva autoridad nunca se han llevado bien con la educación (Cf. EP 708); no ha de mostrar una virtud agria o desmesurada, mientras que siempre será apreciado el fervor (Cf. CC 210).

Luis, te he ido describiendo algunas cualidades del educador calasancio. Continuaré en la próxima carta, pero antes, para terminar, quiero señalarte algunos elementos que son preciosos para no cansarse de la vocación educadora; no digo del trabajo de cada día, que es normal que te canse. Y es que me ha llamado la atención cómo algunos que han dejado la vida religiosa si han podido, han buscado trabajo fuera de la educación y si no lo han hecho es porque han encontrado más fácil ganarse la vida en ella.

Pido sentido común para hacer de la educación algo agradable; cuidar las necesidades personales, para no entregar lo mejor de sí mismo a una causa, olvidándose de uno mismo, pudiendo llegar luego a la frustración; temperamento equilibrado, para no tener la sensación de que es uno quien siempre está tirando del carro y los demás lo dejan; estabilidad emocional para comprometerse lo que haga falta, ni más ni menos, sin perjudicarse a sí mismo. Y más.

Luis, con amor de padre

José de la Madre de Dios

Carta 9^a

Cualidades del educador calasancio

Querido Luis: las cartas que te envío se te van amontonando. Con la suerte de que no debes responder. Pero eso no te quita la obligación de contestarme a través de tu comportamiento. Que en ello quedamos. Puedes decirme que ya son suficientes las misivas enviadas, pero yo te respondo que no, que todavía tengo muchas cosas de qué hablarte. Lo hago en estas nuevas entregas que vendrán a continuación. Deseo que tengas una idea bien clara de lo que fueron al inicio las escuelas, de las que la tuya es sucesora, y de lo que es mi ansia más grande, de cómo han de ser ahora. Sé que no puedo comparar mi tiempo con el tuyo, pero la adecuación queda a tu iniciativa y creatividad.

Esta vez quiero detenerme en lo que me parecen las cualidades más importantes del educador calasancio. La vez precedente te hablé de él como “cooperador de la Verdad”. Esa es la definición, con todo lo que conlleva. No siempre fácil de transportarlo a la realidad, al cada día. Si la definición es cooperador de la verdad, las

cualidades más importantes son las que abordo en estas letras, de las que ha hablado preciosamente un hijo mío (Sántha pp. 75-133).

No se puede ser un auténtico educador calasancio, trabajar por los niños, en especial desprotegidos o con carencias a veces graves, si no se les tiene verdadero amor. Por eso el *amor a los niños* sería la primera característica. Pero este amor fluye en el educador escolapio del amor que tiene a Dios, ya que en su vida personal es un cristiano, a quien como a todo cristiano incumbe el primer mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas. Por eso cuanto hace lo debe hacer por puro amor de Dios: "Procure se conozca que el trabajo que hace lo hace sólo por caridad, y no dé en cosa alguna la más mínima sospecha de sí, sino que todas sus acciones sean tales que puedan presentarse ante cualquiera.... Seamos tales en el interior que nuestras acciones agraden a su divina majestad, quien nos deberá juzgar y, conforme a nuestras obras, premiarnos con bienes eternos o castigarnos con penas eternas" (EP 1759).

Y es que las acciones de cualquier cristiano deben estar dirigidas a Dios: "Si usted se porta bien con Dios, él encaminará todas sus acciones a mayor gloria suya, y no le abandonará jamás si no le abandona usted antes" (EP 1346). Que luego nos juzguen bien o mal no nos ha de preocupar, si la intención ha sido siempre limpia: "Esta es la costumbre de Dios, que con la debi-

lidad derriba fortalezas. No se vanaglorie porque su persona es utilizada en asuntos de tanta importancia, aun siendo inhábil por sí misma. Porque como la elección es de Dios, también el éxito de la empresa depende realmente de su mano. De ahí que con frecuencia debe acudir a Él, pidiendo luz para conocer el camino que debe seguir y, tal vez, para llegar hasta el fin. Debe, pues, permanecer indiferente, ya que no sirve sino de simple instrumento” (EP 2006).

El educador calasancio, apoyado fundamentalmente en el amor a Dios, ama también al educando. El amor es el componente fundamental de la educación; quien no se siente amado, apreciado, considerado, atendido, nunca será un buen estudiante al faltarle el estímulo que pone en marcha lo mejor de la persona.

Ha de ser un amor paternal (Cf. EP 1614), que busca el buen aprovechamiento del niño en su trabajo (Cf. EP 354); amor benigno y lleno de mansedumbre; un amor que “debe convencer con la verdad declarada, con amor de padre mucho más que con gritos y palabras injuriosas” (EP 2412).

El amor se manifiesta en el gozo con que se da, pero usa también otros medios ya que sólo un educador de estas características podrá “compadecerse de la debilidad de quienes están sometidos y con amor de padre convencerlos y enmendarlos” (EP 549). Por la expe-

riencia que tengo y la que he visto en los demás, nada tiene que temer quien así se comporta porque será aceptado y comprendido por los escolares (Cf. EP 1245). A los niños no se les escapa fácilmente quién les quiere de verdad aunque pueda castigarlos, y quién puede no quererlos aunque les deje hacer lo que quieren. No es mejor educador quien no castiga, sino quien más ama. Puedo también decirte, Luis, que amando de verdad, pocas veces hace falta el castigo. Lo que ocurre es que en ocasiones, ojalá no sea con frecuencia, el educador no está a su altura.

El auténtico educador sabe disciplinar a los desobedientes y díscolos (Cf. EP 1387), dar paz (Cf. EP 1246), perdonar a los extraviados (Cf. EP 589), animar a todos a ser diligentes (Cf. EP 148), pero se da de una manera preferencial a los pequeñines.

Este amor ha de ser prudente: “El Señor lo bendiga siempre y a todos sus compañeros les conceda siempre incremento del fervor de ayuda a los pobres por puro amor suyo, pero con el modo y la prudencia necesarias” (EP 1908).

Me he referido a la prudencia y con ella quiero prevenirte de dos comportamientos que hay que cuidar: por una parte la excesiva bondad e indulgencia, para que no se aprovechen los alumnos de la bondad del educador (Cf. EP 673) y, por otra, del excesivo afecto; debe exis-

tir un amor sin familiaridades, que en mi tiempo me produjo serios contratiempos en alguna ocasión (Cf. EP 1441), y sin amistades particulares (Cf. EP 1847). Hay que darse a todos por igual.

Luis, he insistido en el amor del educador, pero ¿no requiere eso algo de él? Creo que sí, como lo requieren las otras características a las que deseo referirme, y de ello te hablaré al final.

Si de cualidades pedagógicas tenemos que hablar, no podemos olvidar la *paciencia*. Me pregunto si tiene capacidad para educar quien no es paciente. Si alguien quiere hacer el bien a los demás ha de ser paciente: “Emplee toda diligencia en ser paciente y humilde. Que así se logra, incluso en provecho de los demás, la paz interior del alma, don extraordinario que da el Señor a los humildes en esta vida” (EP 1145). “Para que un vaso sea digno de ser presentado ante cualquier señor, se necesita primero que el metal sea bien golpeado. Lo mismo sucede en el servicio de Dios: conviene soportar con paciencia todas las cosas y devolver con toda caridad y mansedumbre bien por mal, de tal manera que el prójimo quede edificado” (EP 86).

“La paciencia, Luis, nos es necesaria a todos” (EP 2921), porque con ella “hemos de superar nuestras dificultades” (EP 353). Por eso el educador tiene que caminar con sencillez y “ha de procurar hacer una buena cosecha de

méritos mediante una gran paciencia” (EP 893).

He aquí que el educador que es paciente, que ha procurado conseguir esta virtud en su vida, tiene también que aplicarla en su trabajo diario. Creo que con la paciencia se obtiene todo y al mismo tiempo mantiene al educador lejos de la precipitación que es tan mala consejera (Cf. EP 827), de la cólera y por el contrario produce alegría (Cf. EP 91).

¿Por qué es tan importante la paciencia? Porque el educador la necesita “para saberse servir del talento que descubre en los súbditos y saber también, con afecto paternal, poner remedio a las faltas e imperfecciones, exhortándolos uno a uno” (EP 3721). La paciencia crea la atmósfera, para la educación, y así los jóvenes pueden ser conducidos por el buen camino (Cf. EP 225).

Muchas veces, Luis, me he encontrado con educadores que no saben llevar una clase, que se encontraban metidos en dificultades, y sólo con la paciencia pudieron domar las fierecillas que tenían en casa. Con la paciencia se olvida el pasado, así como las deficiencias que han cometido, y se puede estar más atento a las buenas inclinaciones que tienen los niños que no a sus equivocaciones.

La paciencia no se aviene con los gritos, pues gritando no se consigue nada (Cf. EP 2229) ni tampoco con palabras mordaces (Cf.

EP 866) que pueden escaparse alguna vez de la boca del educador. No hay cosa que aleje más a los educandos y les cree más aversión que comportamientos como los indicados. No hay que mostrar pasión, porque entonces los alumnos no dan crédito a las palabras (Cf. EP 3279). Se logra mucho más exhortando que imponiendo (Cf. EP 866), compadeciéndose de las debilidades y animándoles a salir de ellas.

Luis, la tercera característica del educador es la *sencillez de corazón*, u otros la denominan humildad. Como este término puede ser mal entendido, aunque lo uso, compréndelo siempre en el sentido de sencillez de corazón.

Para comenzar, como lo he hecho en las características anteriores, he de decir que como creyente todo educador calasancio debe cultivar en su vida esta virtud: "Para agradar a Dios se necesita que, a imitación suya, nos humillemos y sepamos soportar las tribulaciones y adversidades que nos suceden, en satisfacción de nuestros pecados. No puede hacer cosa más grata a Dios que, cuando se encuentre más afligido y atribulado, humillarse y reconocer que toda aflicción y tribulación las manda Dios, para que aprenda de Él, como maestro, la santa humildad" (EP 3339).

No es fácil esta senda y precisamente debemos ayudarnos de aquellos por quienes queremos vivir así, los niños: "Procure ayudarse con oración especial, sobre todo de los niños

pequeñitos, para que el Señor le ilumine en saber encontrar la senda de la humildad, que es el camino seguro por el que se hallan muchos dones y gracias de Dios. Que todo el resto es vanidad y fatiga grande" (EP 979).

Tener un corazón sencillo, obrar de esta manera, atrae a los pequeños y es comprendido por los mayores. Donde se da la pobreza y la sencillez, allí está también la caridad (Cf. EP 1662). Quiero que todos los educadores posean esta actitud del espíritu porque con "la virtud de la santa humildad se consigue la verdadera caridad y el santo amor de Dios y se entienden con verdadero fundamento las cosas del espíritu" (EP 3761). Además es el camino para ser sabio y prudente en la escuela interior (Cf. EP 2300).

La sencillez del corazón es necesaria para practicar el ministerio (Cf. EP 1160), porque si éste consiste en abajarse a la capacidad de los niños y ponerse a su altura, sólo lo aceptará quien no siente humillación alguna en ello, sino paz y alegría; sólo "quien tenga por beneficio grande el humillarse no sólo en el enseñar a leer y escribir y ábaco, sino también enseñar a leer a los chiquitines" (EP 4108), podrá hacer el bien y sentirá una inmensa alegría por dentro. Hay que trabajar por puro amor a Dios y considerar esta virtud como algo inherente al oficio de educar (Cf. EP 2577).

Yo estimo mucho esta humildad porque ya

te conté, Luis, en una de mis primeras cartas, cómo el Señor me sacó de mis pretensiones, vanidades y deseos a través de los niños. ¿Cómo no me iba a dar después a ellos con esa misma virtud con la que a través de ellos me había salvado el Señor? ¿No es como para alabar a Dios por todo ello? Por eso es la virtud pedagógica por excelencia porque hace a los educadores “óptimos para conocer la verdad y amar el verdadero bien” (EP 4532), ilumina la inteligencia, lleva al educador a una familiaridad con Dios (Cf. EP 912) y facilita la enseñanza, porque de lo contrario existe el peligro de que todo se convierta en palabras que hieren.

En ti, Luis, pido a todos los educadores calasancios que huyan del orgullo en sus consecuciones o triunfos “porque podría ser que el provecho a los prójimos procediese más de la oración de los otros que de su propia fatiga” (EP 2947).

La cuarta característica es la *pobreza*. Te he explicado en mis cartas anteriores cómo llegué yo a ella y cómo la viví. La vivieron también mis compañeros, laicos y sacerdotes, que me ayudaron al inicio de las escuelas, aunque cada uno tenía que cuidar de sí y algunos de sus familias. También vosotros debéis atender, y con solicitud, de vuestra vida y de todos vuestros seres queridos. El problema está en cómo conjugar eso con la dedicación sincera a quienes tenéis en vuestras clases si son personas

menos afortunadas o tienen carencias de cualquier clase que sean. Sé que la vida religiosa no tiene los mismos requerimientos que la vida laical; pero también es cierto que el evangelio en todo lo que pide va dirigido a todos los cristianos y no sólo a los religiosos. ¿Cómo conjugar en este aspecto lo que dice el evangelio sobre la bienaventuranza de la pobreza con vuestras propias necesidades y cuando hablo así me refiero a la familia de la que debéis cuidar? Ahí se muestra el discernimiento tan importante en toda vida cristiana y más en este aspecto.

De todas maneras déjame decirte una cosa, Luis, que nunca el dinero te quite la libertad interior para obrar como crees que debes hacerlo; de otra manera, no hipoteques tu libertad, tu sinceridad, tu lucha por el bien social, tu trabajo por los niños pobres al hecho de poseer y cuanto más mejor. Al fin y al cabo las bienaventuranzas son para todos, y en ellas hay una, la primera que dice: "Bienaventurados los pobres...".

Luis, te he hablado del educador y de las cualidades que me parecen importantes, por otra parte ateniéndome a lo que puede ser una carta. Pero me pregunto si esto no tiene que ver también con la misma vida personal del educador. ¿Se trata sólo de lo que hace, de aquello a lo que se dedica, de su trabajo, sea como sea que lo consideremos? ¿De alguna manera no está en juego su "ser", su proceder, el momen-

to que vive, las actitudes que va adoptando? Creo que sí. Y deseo cerrar esta misiva deteniéndome un poco en esta realidad: pensar en el mismo educador ante la misión que tiene.

Lo que te voy a decir quizá no se dé tanto en los educadores que acaban de entrar en una obra escolapia. Se presupone que son bastante jóvenes, que tienen toda una vida por delante y que quizá no han hecho aún ciertas opciones fundamentales de vida, como puede ser el matrimonio. Pero se puede dar en educadores de más edad y que llevan ya unos años de docencia. Esto hace que tengan que clarificar los fundamentos reales de su propia vida o identidad, porque la vida no pasa en vano, y mientras se dedican a la enseñanza, que es su trabajo –y ojalá su misión–, van viviendo procesos interiores que los van conformando de una manera u otra.

Les indico algunos problemas que se les pueden presentar. Uno, *ignorar lo que están viviendo*, por lo que están pasando. Se dedican a lo externo, a sus clases, pero sorprende cómo no se quieren dar cuenta de cuántas cosas pasan por alto y no les hacen caso porque no les conviene. Pueden estar irritables, y no se dan cuenta de que es porque sus hijos empiezan a aventajarles en ciertos campos. Andan mustios, y no se dan cuenta de que la vida ya no les puede dar lo mismo que hace años. Viven de lo que saben, pero no se dan cuenta

de que ya no retienen como antes y les cuestan más las clases o van perdiendo lo que nunca creyeron perder, la creatividad, el estar proyectando siempre algo nuevo.

Segundo, otros miran su vida y ven que *no hay proporción entre el esfuerzo que han hecho y los logros conseguidos*. El resultado es claro, caen en una cierta rigidez que se nota en todo. Tienen una sensación de cansancio y frustración. Han querido ser siempre íntegros, esforzados, enteros. Pero como no pueden hacer lo mismo que antes, la flexibilidad de la que hacían gala se ha esclerotizado y la rigidez ha aparecido. Pueden mirar a quienes en su misma situación piensan como ellos. Y empiezan a ver todo con ojos negros: la educación, los niños, su comportamiento. Añoran el pasado y no tienen sino dos deseos, uno, que lleguen las vacaciones, y otro, más lejano, que llegue la jubilación.

Tercero, de otros podría decir que sufren la *tentación de instalarse*. Ven a quienes acaban de entrar y les parecen demasiado idealistas, olvidando lo que ellos mismos fueron en su tiempo. Buscan atenerse a lo conocido, repetir lo de siempre, y no andar a la búsqueda de novedades como les ocurría en el pasado. Es la tentación del hueco vital, de lo seguro, de lo conocido, que en el fondo nace de miedos más profundos. Ellos que se habían sentido tan seguros en el pasado, ahora no lo están tanto, pero lo ocultan y la única forma de hacerlo es escon-

derse, negarse a tantas cosas que antes hacían con suma facilidad y alegría.

Cuarto, están también quienes en reacción a lo que están padeciendo o a lo que les está ocurriendo, se *manifiestan autosuficientes*. Es a veces una realidad difícil de diagnosticar porque se parece mucho a la madurez. Pero el gran peligro está en que esta autosuficiencia está cerrada sobre sí misma, cerrada a los demás. No se ama. El corazón no palpita por los demás y no llega a ser lo principal. Y cuando el corazón se ha cerrado, podemos decir que ha muerto.

Quinto, están quienes *pierden la noción de que la vida pasa* y se creen tan jóvenes como los alumnos que tienen y adoptan su terminología, a veces sus actitudes, su desparpajo, y no se dan cuenta de que los demás los miran como gente rara, que no acaban de entender su camino y lo que es la vida. Y eso es nefasto en la educación, porque los educandos pierden confianza en el educador. Les puede parecer que no los toma en serio o que no tiene la solvencia para educarlos de verdad.

Luis, es cuanto quería decirte hoy. Deseo que vayas creciendo como educador; que vayas encarnando las virtudes de las que te he hablado, pero que tengas también cuidado de las actitudes que te he citado.

Con todo mi afecto paternal

José de la Madre de Dios

Carta 10^a

La pastoral de los niños

Querido Luis: las veces pasadas te he comentado lo que pensaba que debía ser el educador. Comprendo una dificultad no pequeña. Yo te hablo de lo que hice y de cuáles fueron mis sueños, es cierto que muchas veces convertidos en realidad. Tú cuando me lees a más de cuatrocientos años de distancia puedes preguntarte hasta qué punto lo que yo te digo es válido en tu tiempo; y si no fuera válido para qué te escribo. A veces deseo ayudarte dándote elementos que te sirvan para el discernimiento en la obra en la que trabajas y de la que estás enamorado. Pero sé que después de todo el peso cae sobre tus espaldas, y es a ti a quien corresponde hacer ese discernimiento.

Por otra parte, las últimas cartas trataban sobre el educador. Me ha parecido oportuno centrarme hoy en el educando sobre un tema de importancia. Es lo que vosotros llamáis la pastoral de la infancia y de la juventud; y es lo que nosotros intentábamos hacer con las enseñanzas de piedad y la doctrina cristiana. Antes

de entrar de lleno en el tema dos observaciones no carentes de interés para lo que vamos a tratar. Una, que los tiempos en que vivimos los dos son muy distintos. Yo acabo de salir del concilio de Trento y tú podemos decir que también acabas de salir de otro concilio, el Vaticano II. El primero totalmente doctrinal, el segundo, pastoral. El primero antiprotestante, el segundo con la voluntad de dialogar con el mundo; el primero con el ansia, el esfuerzo y las leyes por mantener la identidad católica, el segundo con el deseo de abrir las ventanas de la Iglesia para airearla y así comprender mejor al mundo y ser comprendido mejor por él. Con lo cual, y en el campo de la pastoral, el concilio de Trento intensificó el empeño por la sacramentalización de la vida cristiana, poniendo el acento en la fuerza intrínseca de los sacramentos; el Vaticano II trabajó en la pastoralización de la Iglesia, poniendo en segundo término los sacramentos en el sentido que había que preparar a los cristianos para su recepción, sin que los sacramentos se convirtieran en un hecho social como iba ocurriendo cada vez más en la Iglesia. De ahí la preparación para su recepción, la intensificación de la importancia de la Palabra, el proceso requerido en las personas para llegar a ser de verdad lo que ya son de hecho por lo que han recibido. Por eso habéis subrayado con fuerza todo lo que se refiere al umbral de la fe y de los sacramentos.

Todo lo dicho tiene aún más fuerza si situamos las realidades citadas en los mundos en

que se encuentran, mundos completamente distintos. Nuestro mundo es totalmente sacral, el vuestro secular. La distancia entre ambos es evidente. En el mundo sacral Dios es lo evidente, pertenece a la realidad como una causa más de este mundo, aunque sea más importante y superior. La realidad de Dios como objeto de experiencia es lo evidente, lo no problemático. La realidad de Dios pertenece al universo cultural, es decir, al horizonte espontáneo de la interpretación del mundo. En cambio vuestro mundo es secular, donde influye también el ambiente social y donde Dios brilla por su ausencia. La crítica de lo religioso es frecuente y la sospecha de todo lo religioso está a la orden del día. Dios no pertenece como parte esencial a la conciencia de la realidad. Ha de ser justificado y experimentado como real.

Nuestros mundos son, pues, muy distintos, lo que tiene repercusión en la pastoral, como en otras áreas de la vivencia cristiana, en la forma de hacer pastoral y de juzgarla y en los acentos que se ponen en ella. No ponéis vosotros el acento en las mismas cosas que las poníamos nosotros.

Todo lo anterior te lo he dicho para que te des cuenta de que comprendo vuestra situación y de que percibo muy claramente que cuanto te digo de los comportamientos de las primeras escuelas en este campo de la pastoral, ha de ser aplicado en vuestro tiempo según la realidad de cada lugar.

Luis, la pastoral que yo fui aplicando fue una pastoral que iba brotando de un modo espontáneo, inmediato, que afloraba ante las necesidades que se manifestaban y con las que tenía que enfrentarme. Nadie me enseñó en este campo. Fui aplicando lo que me parecía bien y lo que se me ocurría en cada una de las situaciones. De esta manera iba también enseñando a los demás escolapios. No tienes que buscar una especie de planteamiento global que luego fuera aplicando a las situaciones concretas, porque no existía. Sin duda, iban surgiendo en mí ciertas convicciones que poco a poco formaban un sistema y en el que iba encajando la manera de comportarme en este campo de la pastoral. Mi pastoral, por decirlo de alguna manera, no tuvo una vertiente descendente, sino ascendente. Procedía de los casos que se iban dando e iba creando por así decirlo escuela.

Comencemos por la *formación religiosa*. Lo primero con lo que me encontré fue con la necesidad que había de enseñar a los niños a orar. Estaban encargados de ello tanto el maestro como el prefecto de la oración continua; eran los que tenían que enseñar a orar y orar bien. Se ideó una figura que quizá desconoces, el encargado de la oración continua. Para que te hagas una idea de lo que era esta figura mira lo que legislé en las Constituciones: "Habrá también otro, sacerdote si es posible, que dirija la llamada "oración continua", y que deben

hacer por orden los alumnos, en grupos de diez o doce, mañana y tarde durante el tiempo de clase, por la exaltación de la santa Iglesia romana, extirpación de las herejías, unión de los príncipes católicos y buen gobierno y progreso de nuestra congregación. Dicho ministro enseñará a los pequeños a prepararse al sacramento de la penitencia, y a los mayores al sacramento de la Eucaristía, y también, en cuanto sea posible, una forma fácil de hacer oración y otras cosas acomodadas a su capacidad" (C 194).

La oración es una actitud del corazón y una vivencia de todo el ser, pero presupone conocimiento, y lo que todos los niños debían saber era el padrenuestro, el avemaría, el credo, las oraciones que se acostumbraban a recitar al principio y fin de las clases, el *Veni Sancte Spiritus*, el *Agimus tibi gratias*, la salutación angélica, el rosario, algunas jaculatorias, el *Adoramos te Christe et benedicimus tibi*, al hacer la Visita al Santísimo Sacramento. Todas estas oraciones se recitaban en un momento u otro y obligaba a que los niños las supieran.

En cuanto a las prácticas de piedad, había algunas que se tenían todos los días, otras semanalmente o bien mensualmente. No fue así desde el principio, sino que poco a poco se fue imponiendo una costumbre que se hizo ley.

Diariamente se recitaban oraciones al comenzar las clases y eran más bien largas; se

intercalaban otras más breves durante las clases, y durante la jornada lectiva se tenía lo que he llamado antes oración continua, de manera que constantemente en las escuelas un buen número de niños rezaba por todo el mundo. Así las escuelas se proyectaban también a toda la sociedad. No debemos olvidar que el último cuarto de hora del día se dedicaba a una enseñanza religiosa.

Si nos fijamos en la semana, los niños debían asistir a misa los domingos y, cuando era necesario, a la de otras fiestas, que en Roma como ya te he comentado, eran muy abundantes, quizá excesivas. La función dominical comenzaba con una lectura espiritual, que venía comentada por una plática; después, se dividían los muchachos en dos grupos, los mayores, que rezaban el oficio parvo de la Virgen, y los más pequeños que recitaban el rosario. Luego, de nuevo juntos, escuchaban la misa, aunque no siempre era así, como verás más adelante. También una vez a la semana, los maestros tenían que explicar en su clase una parte de la Doctrina Cristiana, ordinariamente la que habían aprendido de memoria los alumnos. Y los sábados, el Prefecto o su encargado dirigían una plática tanto a los muchachos de secundaria como de primaria, reunidos cada grupo por separado.

Lo referente al mes trata más de la práctica sacramental en la que en seguida entro.

La verdad es que no quería que estas prácticas religiosas se convirtieran en algo mecánico sino que llegaran a lo más íntimo de los niños; era por tanto necesaria también la cultura religiosa que les motivara y llegara a crear en su espíritu convicciones profundas. Para eso empleaba la instrucción religiosa. No quería instrucción sin prácticas vividas ni tampoco deseaba una práctica que fuera epidérmica y no dejara huella en los niños. Por eso procuré una cultura religiosa. Puedo decir, y creo que es cierto, que toda la escuela calasancia estaba impregnada de espíritu religioso.

Como te decía antes fue el aspecto sacramental el privilegiado en las escuelas. Oración, confesión y comunión constituían los tres pivotes en los que se apoyaba toda la enseñanza y práctica religiosa.

¿Por qué la importancia de los sacramentos? Además del momento histórico en que nos encontrábamos, período postconciliar, estaban las razones intrínsecas al mismo hecho. Porque los sacramentos “suelen iluminar mucho el entendimiento y, frecuentándolos con devoción, suelen inflamar la voluntad para aborrecer el pecado y amar las obras virtuosas” (EP 471); además ayudan mucho a los jóvenes porque les apartan de las vanidades de este mundo (Cf. EP 738).

Es la razón por la que insistía constantemente en mis cartas sobre los sacramentos del

caminar cristiano. A un padre le decía: “Le recomiendo que visite con frecuencia las escuelas, viendo si hay alumnos revoltosos, y procure que se confiesen y comulguen a menudo” (EP 1245).

Era insistente en este tema. Me daba cuenta por la experiencia que tenía cómo los niños cambiaban practicando los sacramentos. No se trataba sólo de cumplir lo que pedía Trento; sin duda era una autoridad, pero a mí me convenía la experiencia que yo mismo percibía en la práctica. Por eso, Luis, si coges el epistolario y lo abres al azar seguro que encontrarás en seguida varias cartas en las que pido que atiendan a la práctica de los sacramentos. Te lo he dicho, pero quiero recordártelo: la práctica de los sacramentos estaba apoyada en la vida de oración, en la enseñanza recibida, en el catecismo que se les enseñaba. No creas que animaba a comulgar sin más; la comunión iba precedida por una sincera confesión. A veces dudo si la pastoral que ahora hacéis tiene la riqueza que tenía la nuestra. Lo digo porque os puede venir la idea de que en nuestro tiempo todo era sacramentología y que nos faltaba una verdadera praxis pastoral. No lo creas. Lo verás en los textos de esta carta.

Te comentaba mi insistencia en las cartas sobre los sacramentos. Te pongo algunos textos para que lo veas. Al superior de Chieti: “He tenido especial alegría de que hayan comenza-

do tan bien las escuelas, para que se prosiga de bien en mejor. Pase usted por ellas, animando a los maestros a la diligencia y a los alumnos a la piedad, haciendo a éstos frecuentar los oratorios y los santos sacramentos” (EP 3543).

Y ahora otros textos tomados casi al azar: “Procure con toda caridad atraerlos a la frecuencia de los sacramentos de la confesión y comunión, y conozcan que procura su bien como verdadero padre” (EP 150). “Se debería hacer confesar a los alumnos con frecuencia, para que, con la gracia del sacramento, entren en el camino del santo temor de Dios, esperando que los confesores sean verdaderos padres espirituales. En esto se debe emplear toda diligencia, porque es el fin de nuestro Instituto” (EP 3885). “Nuestros padres deben tener gran cuidado de los escolares y hacerlos piadosos, no sólo enseñándoles en las escuelas las letras y la doctrina cristiana, sino haciéndoles frecuentar los oratorios, y en ellos los santos sacramentos. De manera que si los escolares ven este celo en nuestros religiosos, se aficionarán más a nuestro Instituto” (EP 4039). “No bastando seis escuelas, ponga dos más, siempre que haya maestros para llevarlas. En ellas se debe procurar toda diligencia para que sean bien atendidos en lo literario y en la piedad y temor de Dios, haciéndoles frecuentar los santos sacramentos” (EP 3087).

¿Es demasiado insistente? Quizá, pero tenía mis razones, y eran: “Persuádales que frecuen-

ten los santos sacramentos que así se corregirán" (EP 4147).

Busqué una pedagogía apropiada al niño y por eso lo quise separado de otros grupos. Era necesario en aquel tiempo. No existía el concepto ni la realidad de la comunidad cristiana. Lo importante era hacer bien al individuo y al grupo al que pertenecía. Incluso, lo has visto en el tema de la oración, separaba a los grandes de los pequeños para poder influir más en cada grupo. Esto lo aplicaba incluso a la eucaristía: "Los mayores están exentos de asistir a Misa que se dice al final de la escuela, porque no es para bien que estén mezclados los mayores con los pequeños como otras veces he visto que hacían" (EP 55).

No sólo se trataba de ir a la Eucaristía, cuidaba también el modo de hacérsela vivir para que sacaran el mayor provecho posible. Quizá es en esto donde más puedes notar la gran distancia que marca la separación de dos épocas diferentes: "No deben colocarse los Maestros en un lugar retirado, debiendo más bien tener cuidado particular de los niños mientras están en misa o se hace algún ejercicio en la iglesia... y debiendo advertirles que atiendan a la Misa" (Ritos Comunes). "... estando todos con modestia y silencio en el lugar señalado recitando el rosario, que deberá tener cada uno siempre consigo, o alguna otra oración a su gusto" (Órdenes de Campi).

Quería que hubiera un ambiente de seriedad con una vigilancia más bien directa y atenta de los maestros; una exhortación frecuente invitaba a los alumnos a mantener la atención interior, y esta atención estaba aplicada al rezo del rosario y de otras plegarias, que han durado hasta hace bien pocos años, aunque a ti, Luis, puede parecerte algo extraño.

Otro elemento raro para vosotros, pero que de nuevo he de reconocer que ha estado vigente hasta hace bien poco, es la importancia concedida a la comunión, como algo separado de la celebración eucarística. Dos cosas buscaba, la práctica frecuente de la comunión –a poder ser semanal– y un celo prudente y respetuoso del sacramento y de la libertad personal: “Si los alumnos frecuentan la confesión y la comunión, haremos gran provecho; insista mucho en esto” (EP 882). “Se confesarán al menos una vez al mes y comulgarán siempre que sean avisados, a no ser que el confesor propio les indique otra cosa”.

Para la comunión preparábamos antes a los niños a la confesión. Era un elemento importante en la pedagogía sacramental calasancia. Antes que nada se necesitaba un confesor idóneo. Quizá insistía en este elemento más que en otras facetas de la acción pastoral porque así me lo parecía. La confesión era un momento importante; el niño tenía que ser sincero y para ello había que animarle, y había que tener cui-

dado de la imagen que se le proyectaba de Dios precisamente en ese sacramento tan apto para comprender quién es nuestro verdadero Dios y al mismo tiempo tan “peligroso” para atentar contra la verdadera imagen de Dios. “En cuanto al P. Antonio M^a tengo gran consuelo que sea examinado y aprobado para confesar y estimaré que atienda a estudiar los casos de conciencia en los cuales suelen incurrir los muchachos, que este es nuestro principal cuidado, y si pudiera tener las obras de Gersón, el parisino, que en uno de sus tomos hace un tratado particular muy a propósito” (EP 557). “Entre otros cargos debe haber el confesor, destinado a escuchar las confesiones de los escolares, el cual sea capaz de llevar a Dios el corazón de los adolescentes con toda caridad y benignidad, y al cual todos los escolares veneren y amen como a verdadero padre” (C 194).

Insistíamos mucho en la preparación para este sacramento. Tenían que tener un concepto claro de lo que significaba, de la necesidad de vivirlo y de la importancia de hacerlo bien. También les hablábamos de la confesión general.

En mis cartas a los religiosos toqué más de una vez este tema de las confesiones, dándoles normas concretas de cómo hacerlo de forma que atrajeran y no apartaran de él a los niños. Deseaba que usaran un método sencillo, amable, práctico y prudente: “Tengan un

método fácil de interrogarles y expónganles algunos ejemplos de santos en alabanza de la castidad, veracidad, religión y otras virtudes y para horror de algunos vicios, de manera que puedan los niños progresar en estas virtudes” (C 281).

Como mínimo pensaba en una confesión mensual de los escolares, pero en realidad deseaba una mayor frecuencia, sobre todo en los niños mayores, más expuestos a la tentación y a los muchos peligros que invadían las calles romanas: “Le recuerdo de nuevo que atienda a la confesión de los escolares que vea necesitados de tal remedio, llamándoles todos los sábados, que este es nuestro Instituto” (EP 1387).

Luis, puedes preguntarte por qué tanta insistencia en estos sacramentos. Algunos creen que podría darse una obsesión por el pecado. Yo te aseguro que no es eso. Nunca tuve semejante obsesión, incluso tratando con niños que no habían tenido formación ni educación, que se encontraban sometidos a tantas inclemencias y peligros, no me obsesioné como habrás podido percibir por el tema de la impureza. Si repasas mis cartas verás que yo no obré así.

Entonces, ¿de dónde viene la importancia? Estaba convencido que con la gracia del sacramento los niños entran en el camino del santo temor de Dios. También porque estoy convencido que con los sacramentos se logra más que

con los castigos. Desde esa perspectiva iban escritos los siguientes párrafos de algunas cartas: "Ordenará que ningún maestro pueda dar otro castigo que dos palmetazos, o cinco azotes sobre la ropa. Si alguno merece mayor castigo, mándenlo a usted y ordenará entonces el castigo que debe darse y que, en principio, debe ser benigno. Si recae, auméntesele el castigo. Pero, sobre todo, empléese el recurso de la confesión frecuente, que produce mucho mayor efecto" (EP 1429). "En cuanto al castigo de los alumnos, procure que siempre que el confesor pida que se perdone a uno para que se confiese, se le perdone. Porque produce mayor efecto el sacramento que los azotes" (EP 1441). "Mejor es que haga frecuentar los sacramentos a los alumnos, aun en el momento en que deberían ser castigados, que darles unos azotes" (EP 1427).

Luis, en todo esto subrayo lo decisivo que fue para mí el santo temor de Dios. Pero en este temor que es el amor en su mayor delicadeza, estaba también la razón de mi comportamiento (Cf. EP 4221). "Procure ayudar con gran caridad y paciencia a los muchachos sobre todo en el santo temor de Dios, de quien debemos esperar toda la recompensa de nuestro trabajo" (EP 862).

Te he escrito, Luis, de algunos elementos de la pastoral en mi tiempo. Pero hay algo que siempre me ha preocupado, que te lo trasmito

en vuestro lenguaje y de lo que debéis hacer mucho caso en vuestra pastoral. Me refiero a la imagen de Dios que estáis trasmitiendo con esa pastoral. Qué Dios estáis enseñando a los niños, qué experiencia suya estáis contagiando. Porque según qué Dios les enseñéis y trasmittáis, su vida cristiana será de una u otra manera. Hay imágenes en las que podríamos incurrir más en nuestro tiempo y otras en el vuestro. Como estoy terminando esta carta no me voy a detener en esto, pero sí desearía insinuarle algunas cosas.

A veces la manera de hablar de Dios puede evocar la idea de un Dios mágico, que es cuando uno puede controlar su poder. Lo que puede hacerse de una manera burda o más sutil. Piensa en lo que ha quedado en ciertas personas la práctica de los primeros viernes. A través de esa práctica, consiguen lo que más quieren, su salvación. Me viene a la mente una persona, doctor en leyes, que contaba a un religioso de vuestro tiempo que ya había hecho los primeros viernes durante 39 veces, por si acaso. Asegurarse de esta forma el amor de Dios es pura magia.

O piensa cuando de Dios se ha hecho la fuente inmediata de toda gratificación o de toda felicidad. Es algo parecido al comportamiento de los nietos con su abuelo. Saben que después de todo nada se les va a negar, ni se les puede negar. Pueden más que el abuelo. Podría traducirlo en esa pastoral en la que se busca

simplemente estar a gusto, y uno cree que ha celebrado algo con mucha fe cuando se lo ha pasado muy bien. Y se hacen las mil cosas para que no se “aburran”, para que los niños y jóvenes queden gratificados, contentos, ¡qué bien que lo hemos pasado! El pasarlo bien se confunde con la experiencia de Dios. ¿Es ese acaso nuestro Dios?

Otras veces se da de Dios una imagen ambivalente. Por una parte uno se va a confesar si se siente a disgusto por lo que ha hecho, para así estar en paz con Dios. Pero el Dios que le da paz es el Dios que le amenaza con la ley, y por eso tiene que confesarse. Personas que usan la imagen de Dios Padre para amortiguar el sentimiento de culpabilidad pero sin una experiencia de fe que libere.

O quienes piensan tener una imagen de Dios Padre, y por tanto de alguien que necesariamente les ha de amar, porque lo propio del Padre es amar, pase lo que pase, a sus hijos, y más si ese Padre es nada menos que Dios. Me pregunto, ¿dónde está la gratuidad del amor de Dios? ¿Es que podemos someter a Dios a nuestros comportamientos, olvidando que está por encima de todo y que el bien no es algo que hacemos sino algo que recibimos gratuitamente de su amor? Si Dios es gratuito, con esa imagen ¿dónde está nuestro Dios?

Luis, no están sólo estas imágenes. Hay muchas otras que siendo falsas las trasmitimos.

¿Por qué no leemos la carta a los Efesios, el capítulo 1 y examinamos ante lo que dice el texto sagrado, qué imagen tenemos de Dios y qué imagen damos de Él?

Con corazón paterno

José de la Madre de Dios

Carta 11^a

Los desafíos del presente

Querido Luis: hoy me proyecto hacia ti y el tiempo en que vives. Porque pensaba esta mañana que tenéis unos retos muy importantes ante los que os enfrentáis y me gustaría decirte alguna palabra, teniendo como trasfondo la escuela calasancia. Soy consciente, lo sabes porque te lo he repetido, que los tiempos han cambiado; no quiero tratar tus cosas con mi mentalidad. Por eso hago el esfuerzo de situarme en tu contexto y hablar sólo desde él. Por eso no encontrarás en esta carta ninguna cita de las mías. Hablo de los desafíos “del presente”, de tu presente, de vuestro presente.

Quisiera detenerme en dos grupos: unos que se relacionan con el ministerio calasancio; los otros que hacen referencia al educador calasancio. Lo que te quiero exponer hoy son sencillas pistas de reflexión, no pretendo más. Desde esas pistas sois vosotros, porque la carta, como todas, van para ti y los educadores calasancios, quienes tenéis que extraer consecuencias, reflexionar y ver si algo hubiere que cambiar.

Comencemos por el ministerio. El nº 90 de las Constituciones, que es el que abre el capítulo sobre este aspecto de la vida escolapia, dice: “El Espíritu Santo, que concede a cada uno su propio carisma para edificación del Cuerpo de Cristo, inspiró a nuestro Fundador la obra de las Escuelas Pías. Nuestra Orden participa de manera específica en la misión evangelizadora de toda la Iglesia por medio de la educación integral de niños y jóvenes, sobre todo de los más necesitados, plasmada en el cuarto voto específico”.

Por tanto lo que la Iglesia quiere de las Escuelas Pías en el momento presente es que se dediquen a educar, que lo hagan de una manera integral, a todos los niños, sobre todo a los más necesitados. Tres elementos que merecen vuestra atención porque señalan la voluntad de la Iglesia, y ella es la que interpreta los carismas de los Institutos.

Lo primero es que el ministerio os lleva a “educar”. Las Escuelas Pías tienen el ministerio de la educación dado por la Iglesia. Te indico algunos aspectos que habría que repasar, enfrentar y dilucidar respecto a este primer elemento:

Hay que repensar *cómo podéis educar*. Con esto quiero decir, qué educación queréis dar. Porque la manera de educar afecta a la misma educación. Por ejemplo, se puede educar de una manera rica a los pobres, y se puede hacer

al revés, dar una educación según criterios justos, solidarios, no violentos a personas que por su condición social son más bien ricas. Muchas veces discutís sobre el objeto de la educación, y no digo que hagáis mal, que también esto hay que hacer. Pero más importante es la clase de educación que impartís. Cuando a un rico se le enseña –y lo va comprendiendo y aun mejor viviendo– que tiene un deber con la sociedad y que no está en el mundo para aprovecharse de su suerte, no es lo mismo que cuando a un pobre se le enseña lo contrario. La forma de educar modifica la misma educación.

Hay que repasar los valores *que buscáis transmitir* con la educación que impartís. Bien sabéis la importancia de los valores. Quien enseña solidaridad, amistad, ayuda, austeridad, no puede obtener lo mismo que quien educa en las actitudes opuestas o contravalores. Se habla mucho de valores, pero lo importante es vivirlos. Sé que a los jóvenes les atraen los valores exigentes cuando se les presentan con radicalidad, fuerza y nitidez. Necesitáis un mundo donde no reine la violencia, en el que la paz sea un bien no sólo deseado, sino buscado y por el que se empeñe la gente. Da miedo asomarse a los medios de comunicación porque uno se asoma a un mundo en el que han dejado de ser verdad las palabras del Génesis: “y vio Dios que todo era bueno”. El mañana depende mucho de lo que hagáis hoy con los jóvenes. Y dado que hay tantos que no son edu-

cados en los valores de un mundo mejor, es justo que lo hagáis vosotros en la escuela, ahí donde tenéis tantos jóvenes cuya vida futura puede depender en parte de vosotros. Según los valores que promováis, así será vuestra educación.

Se requiere una educación *totalizadora*, que afecte a la persona entera, que no cree dicotomías de ningún género. Hay que atender a toda la persona. No se trata tanto de que de la escuela salgan grandes inteligencias, aunque se deban promover; ni que salgan importantes teóricos de la ciencia, aunque ésta haya de ser cuidada con esmero; se trata de atender a todas las dimensiones de la persona, porque el hombre es un todo, corazón y espíritu, inteligencia y amor, fuerza y debilidad, todo al mismo tiempo. Todo, sin duda, hay que cuidar, pero lo que se quiere es que salgan personas de verdad, que sepan discurrir y amar, entregarse y tener conciencia de sí, vivir autónomamente y acudir sin reparo a ayudar las necesidades de los demás. Después de todo, las personas son educadas más por las actitudes de los educadores que por la ciencia que poseen y desean transmitir.

Hay que *diseñar el modelo de centro educativo* que deseáis, de acuerdo con el lugar, las necesidades que existen y las posibilidades que se ofrecen. Es claro que no resulta lo mismo educar en Estados Unidos que en Filipinas. No

quiere decir esto que haya que dar mejor educación en un lugar que en otro. Si la educación busca posibilitar personas, éstas tienen los mismos valores, iguales derechos e idénticas obligaciones en todas partes. Pero el centro educativo será distinto por un conjunto de condicionamientos provenientes del lugar, la cultura, las posibilidades, la mentalidad y tantas otras realidades que afectan a la educación. Por eso en cada lugar hay que responder al modelo de centro educativo.

Hay que *atender a todos los agentes educativos* y poner atención en su selección y formación. He aquí un elemento importante para conseguir una educación digna, de acuerdo a los principios de la escuela calasancia. La selección no consiste en la discriminación injusta ni en el favoritismo obsceno, sino en la evaluación de lo que debe poseer el educador calasancio. Al menos de entrada. Quien convierte la selección en el juego y cumplimiento de sus deseos o en el simple imperio de su voluntad, está haciendo un flaco servicio a la escuela calasancia, y por lo tanto está perjudicando a los niños que han de pasar por las manos de ese nuevo educador. Una vez dentro de la obra, los educadores han de ser formados, no sólo profesionalmente, sino en los principios que rigen la escuela calasancia.

Hay que trabajar de manera especial con los *laicos colaboradores*, para que vayan compartien-

do la misión escolapia y se sientan agentes transformadores según el pensamiento del inicio de las escuelas; pero de ello te hablaré en especial en otras cartas.

Debéis pensar en el modo de ayudar a los niños en las *necesidades no cubiertas por la educación formal*. Algo muy necesario en vuestro tiempo. Me parece que es una forma muy ajustada de vivir el carisma calasancio. Ahí tenéis a los pobres. Ahí están quienes no pueden seguir adelante porque les falta la base o el reconocimiento de sus conocimientos. Me parece de suma importancia que os dediquéis a este campo, que no lo olvidéis, que pongáis en ello vuestras mejores fuerzas, de la misma manera que en mi tiempo yo quise que en la escuela que se preparaba a los niños para salir a la vida estuvieran los mejores maestros porque era allí precisamente donde más se necesitaban.

Otro objetivo imprescindible es ir optando poco a poco por una *transformación de los centros* en lo que puedan cambiar. La sociedad ha ido cambiando, las personas van evolucionando, no podéis permitir que los centros permanezcan anclados. Un centro o se transforma poco a poco o muere. Es ley de vida, mejor, de muerte. Si un centro no va dando respuesta a las exigencias de la sociedad y de los padres de familia, si no satisface las ansias de los estudiantes en sus mejores anhelos, no tiene sentido y acabará por desaparecer. Además nunca he queri-

do que la escuela calasancia fuera correa de transmisión que privilegia a unos pocos y olvida a la gran mayoría, ni he querido que fueran centros sin identidad cristiana.

Algo que me está muy en el corazón es repasar si la educación que se imparte conduce a la *liberación de la persona* o a reproducir patrones demasiado conocidos. En este punto sé que no se puede hacer demagogia pero tampoco os podéis dar simplemente por vencidos. Demagogia es creer que sin más la educación que impartís puede cambiar vuestra sociedad, tan adelantada y que vive en democracia, aunque no en todos los lugares. Quizá lograr semejante objetivo era más fácil antes. Demagogia es creer que la educación sin compromiso va a lograr realizaciones que cuestan y que no van en la línea de quienes tienen el poder en la sociedad. Pero darse por vencido es creer que la educación no puede conseguir nada y que no merece la pena luchar por ella, sino que lo único que importan son unos conocimientos de acuerdo con los de la sociedad o con la mentalidad de los poderes públicos. Las dos cosas son extremas e inexactas. Es cierto que la escuela calasancia nació en contexto de liberación de clase, aunque no se llamara así ni se tuvieran entonces esos conceptos; pero es lo cierto si queremos traducirlo a vuestro lenguaje y a vuestros conceptos. Hoy vosotros debéis enseñar en un contexto muy diferente del nuestro. Mantener la fe en una sociedad secular. Acep-

tar a Dios en un mundo donde no se evidencia, instruir a los niños en los valores de justicia, paz e igualdad, superar las diferencias impuestas por sus mayores, creer que todo eso es luchar por la liberación de la persona aunque sea de una forma distinta a como nosotros lo hacíamos.

Finalmente, tenéis que estudiar las *necesidades concretas de los ambientes* en que se encuentran los centros para buscar una respuesta.

He aquí, Luis, algunas notas de lo que tendría que ser la educación. Pero, como dicen las Constituciones, debe ser la nuestra una educación "integral". También podemos hacer algunas consideraciones desde la vertiente de la educación "integral".

Es lógico que la educación integral pida la *atención a la persona en su unidad y totalidad*, sin olvidar ningún nivel constitutivo. Se debe educar la inteligencia y el corazón, los sentimientos y los conceptos, la voluntad y el deseo, los actos y los hábitos, todo cuanto pertenece a la persona. Decimos que no está completo el cuerpo al que le falta un miembro; pues bien, si no educamos cada uno de los aspectos de la persona, tampoco educamos integralmente. En nuestro tiempo hablábamos de "piedad y letras"; vosotros habéis acuñado "fe y cultura", dos maneras diferentes de referirse a lo mismo. Pero la suma de las dos realidades da la persona "en sí"; es el "en sí" de la persona lo que hay

que educar. Si de nuestros centros salen personas auténticas, podemos decir que hemos conseguido el fin que nos proponíamos

Esto os tiene que llevar a *reexaminar la formación cristiana* que dais. La escuela calasanciana no puede ser una escuela pública que se diferencia por la calidad de la enseñanza que imparte en las diversas materias. La escuela calasanciana no es una escuela pública que se distingue por las calificaciones que obtienen los alumnos. Lo suyo propio es que, sin dejar de tener calidad académica, prepara religiosamente a los niños para que lleguen a ser auténticos cristianos, capaces de dar testimonio de su fe en todos los ambientes en que se hallen.

No basta la enseñanza religiosa, ni es quizá lo fundamental. En la escuela o en las actividades extraescolares hay que revisar si se introduce a los alumnos en la *experiencia de fe*, adaptada a ellos. Cristiano no es quien conoce la doctrina cristiana, sino quien vive de acuerdo a ella. Sé que el tema está debatido en muchos lugares. Hay quienes abogan simplemente por una cultura religiosa para quienes la deseen, sustituida por una ética para quienes no deseen lo religioso, ni siquiera como cultura; otros, creen que el ámbito propio de la experiencia de fe es la parroquia y no la escuela, y que ésta en todo caso ha de ofrecer unos conocimientos de las religiones o quizá incluso especialmente de la religión católica, pero sin más. Ten en cuen-

ta, Luis, que la escuela calasancia abarca muchos países, incluso aquellos donde la religión católica no es la numéricamente más numerosa, ni siquiera la más antigua de las que existen en la nación. Son muchas las situaciones, y no puedo entrar en un caso concreto, como si escribiera a una nación exclusivamente. Estas cartas van a todos mis hijos. En ese sentido hay que respetar cada uno de los lugares y cuidar el modo cómo os comportáis en ellos. Pero de manera general lo importante es que la religión no se quede en simple conocimiento, sino que ha de pasar a ser vida, fe explícita en el Señor Jesús. Eso quise yo con mis escuelas y si los tiempos han cambiado, habrán cambiado los modos, las maneras, pero no la finalidad última de la vida, llegar a adorar de corazón a Dios y a tener fe en su Hijo amado. Ya sé que va a depender mucho de las situaciones, pero sea de una manera u otra hay que introducir a los alumnos en la experiencia de fe, no como algo que se impone, sino como algo que se ofrece de tal manera que atraiga a los niños.

No podéis olvidar el *entronque eclesial* que creáis en vuestros centros, de forma que este elemento ayude a los muchachos cuando dejen el lugar donde estudian. Es momento delicado, en el que se hacen opciones que pueden marcar el resto de la vida. La fe se vive en comunidad. Si no se tiene el soporte comunitario es muy difícil mantenerse cristiano y ser consecuente con esta manera de ser.

Hay que propiciar *procesos pastorales globales* que ayuden a los alumnos, pero procesos que no terminen con la permanencia en el colegio. La salida del mismo es un momento crucial, y si no se está de alguna forma inserto en un grupo que acompañe a un joven, puede dejar con facilidad cualquier pertenencia religiosa, porque nacen otros intereses, porque lo religioso no ha prendido con fuego en el alma, porque hay otras cosas que tiran más del joven.

Por eso hay que plantearse la posibilidad y el modo de crear *comunidades cristianas*, ayudando al desarrollo de fe de los alumnos.

Y, no lo olvido, hay que apostar por la *pastoral vocacional integrada en una pastoral juvenil*. Las Escuelas Pías necesitan más religiosos escolapios. En las cartas siguientes me referiré al nuevo hecho de la vinculación de los laicos a las Escuelas Pías; pero ¿a qué se van a vincular si no existen ya los escolapios? Porque no se trata simplemente de si llevarán nuestras obras; ese es un problema, pero no está ahí el verdadero problema. Se vinculan dos partes, pero no una sola; de ahí la importancia de una verdadera pastoral vocacional. Ya sé que se dan algunas razones para decir que los religiosos vamos a ser cada vez menos (¿pero ninguno?), pero también se va haciendo esto un lugar común y quizá tendríamos que empezarlo a ver de una manera crítica, lo que no quiere decir que no esté de acuerdo con alguna de las

cosas que se dicen: que la vida religiosa no es para muchos, que en el futuro no habrá tantas vocaciones (¿y quién lo sabe? ¿no es cierto que en la historia de la Iglesia ha habido también épocas de pavorosa disminución de vocaciones y luego se ha superado?), que la escuela no atrae como ministerio hoy día a los jóvenes (¿no atrae la escuela, la educación, el modo como lo hacéis o el modo que ven cómo viven los religiosos en comunidad?), y más razones. Pese a todo mi pregunta recae sobre el mismo hecho de la pastoral vocacional. ¿Es que Dios no sigue llamando en algunos lugares o puede ser que no presentemos bien su llamada? ¿Puede haberse aburrido Dios de llamar a personas de su Pueblo a vivir de otra manera, como lo ha hecho desde hace siglos? ¿O es que el Pueblo ya no es el Pueblo del amor incondicional que se entrega a su Dios?

El tercer elemento abunda en lo que han sido las primeras cartas y por eso no voy a detenerme en él: el ministerio escolapio que es para todos los niños, sin embargo se dirige de una forma especial hacia los más desheredados. Sólo tres interpelaciones:

Tenéis que plantearos de nuevo la posibilidad de introducirlos en *lugares más necesitados*. Veo que lo vais haciendo, y es una dinámica que no ha de faltar nunca.

Tenéis que estudiar el modo cómo los *centros educativos del primer mundo han de responder tam-*

bién a esta característica; ahí se requiere creatividad, apertura a las necesidades que no atiende el Estado y capacidad de respuesta según las posibilidades de cada lugar.

Y, finalmente, hay que saber *encontrar a Cristo en los necesitados* como experiencia personal.

Los desafíos del presente, Luis, no son sólo respecto de la educación; lo son también en relación al educador. Desde dos puntos de vista: un educador que se mira a sí mismo, mira su vida y mira también a los demás.

La mirada a él mismo le obliga a hacer un balance de su vida bajo algunos aspectos. Si quiere educar bien tiene que poseer una actitud de autenticidad, de espíritu de verdad, de libertad interior; de lo contrario no se enfrentará consigo mismo y con las mentiras ocultas que tantas veces suelen llevar en sí las personas.

Tiene que reconciliarse con su propia historia. Cuanto más realista para reconocer la propia ambigüedad, tanto más esperanzado respecto al futuro. Debe recordar que no podrá aceptar su historia si necesita aún justificarla.

Tiene que ver los ejes de fuerza de su vida, las líneas fundamentales de su proceso, las claves en las que se está jugando su situación actual y su futuro.

Ha de ser consciente de la experiencia en torno a la cual se está desencadenando su vida profunda aquí y ahora.

No puede olvidarse de sí mismo y de cuanto estamos diciendo como si fuera algo que no interfiere con la educación, pues todo lo que se es repercute en lo que se hace y, en consecuencia, en la educación que se imparte.

El educador tiene que hacer *balance también de su vida en relación a los demás*. He aquí algunos puntos que le sugeriría brevemente que atendiera bajo este aspecto.

La entrega desinteresada a los otros. La educación se funda en la gratuidad de quien ofrece su saber, y ese conocimiento está apoyado en la actitud de todo el ser. Sin gratuidad es difícil educar. Gratuidad no en el sentido de que el educador no gane su vida con la actividad que ejerce, sino gratuidad como actitud del ser que no mide su entrega por el salario que recibe, porque busca la persona y su realización y eso está por encima de cualquier precio que se quiera poner.

El amor incondicional a los alumnos que se tienen. Un amor que va muchas veces más allá de la respuesta que recibe. El educador sabe que su reacción no puede ser como la de sus alumnos, y ama a cada uno en su singularidad, por encima de motivaciones humanas, un poco a semejanza de cómo Dios nos ama a nosotros. Al fin y al cabo el educador puede en muchas ocasiones verse reflejado en la vida de aquellos por quienes ha ido trabajando.

El *trabajo por los necesitados*. Tendría que ocupar un centro especial en su tiempo y en su corazón. Ahí late con fuerza la escuela calasanziana y cuanto más presente tenga esta realidad en su vida, ha de ser consciente de que responde más a su verdadera vocación calasanziana.

El *esfuerzo por el cambio*. De él te he dicho algo, Luis, desde la vertiente del ministerio. No hay por qué insistir más aquí, pero lo uniría con la lucha por la justicia. El educador realiza ese hecho en el estrecho espacio de la educación cuando procura que se dé en todos los ámbitos en los que se encuentra presente. La justicia puede quedar machacada en la relación con los mismos alumnos, con los padres de familia, con los restantes educadores. Depende de las propias actitudes o comportamientos.

La *acogida del otro*. Fundamental para que la educación produzca fruto. Sólo cuando uno se siente amado, puede ser educado. Todo el resto resbala por la persona y no significa nada.

Luis, he recorrido algunos aspectos que me parecían importantes. Muchas cosas se podría decir de cada uno de estos aspectos y citar muchos más, pero mis cartas tienen y quieren ser eso, cartas, retazos de la vida y motivos de reflexión.

Con amor de padre

José de la Madre de Dios

Carta 12^a

Ser colaborador de las Escuelas Pías

Querido Luis: en estas últimas cartas quiero cambiar de perspectiva. Todo parte de las palabras que os dirigió el papa Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica "Vita Consacrata". En ella se lee: "Debido a las nuevas situaciones no pocos Institutos han llegado a la convicción de que su carisma puede ser compartido por los laicos. Estos son invitados por lo tanto a participar de una manera más intensa en la espiritualidad y misión de los mismos Institutos".

Estas palabras han abierto una panorámica inusitada en la vida religiosa. A raíz de las mismas he percibido un movimiento de laicos que quieren encarnar las palabras del papa en su propia vida. Y me he dado cuenta de que también en las Escuelas Pías se está dando este fenómeno en muchos laicos que de diversas maneras quieren vivir lo que dice el papa.

En estas últimas cartas quiero abordar este tema que he visto que habéis tratado en distintos foros, incluso en capítulos generales, y se han emanado documentos que aun siendo por

ahora “ad experimentum” tienen gran importancia para la Orden y para su futuro y marcan una línea a seguir.

Este fenómeno tiene dos grandes soportes. El primero y principal es el descubrimiento de la importancia del laico en la Iglesia. Es algo que nosotros nunca pudimos vivir. En nuestro tiempo el laicado no tenía ningún valor; no se hablaba de él y el laico no significaba nada en la Iglesia. En ella lo importante era la jerarquía. En esto pudo pesar mucho la celebración del concilio de Trento y la posición antiprottestante de la jerarquía, al margen de una tradición que había marginado al laicado hacía ya mucho tiempo. Vosotros habéis tenido la suerte de la vivencia del Vaticano II o, si sois jóvenes, la vivencia de las consecuencias del mismo, que aunque hay aspectos que empiezan a no convencer, fue, sin embargo, un aldabonazo en la Iglesia y un abrir de par en par las ventanas de la misma para reencontrarse con lo mejor de sus inicios. El Vaticano II fue el espacio de reflexión y vivencia donde el laicado cobró todo su valor y riqueza; se descubrió la importancia que tenía en la Iglesia, y se vio cómo fundamentalmente ser cristiano consiste en ser laico. Cristiano es el laico que sigue a Jesús. De ahí que lo que había que definir no era el laicado, sino las otras formas de vida.

Este descubrimiento está a la base de todo el desarrollo posterior. Si a ese hecho se le aña-

den, como segundo elemento, las palabras del pontífice Juan Pablo II, no me extraña el movimiento que ha surgido en la mayor parte de las Congregaciones y Órdenes religiosas que hay en la Iglesia y que lo están desarrollando de distintas maneras.

Te escribo sobre este hecho central, de la importancia del laicado en la Iglesia y del deseo de muchos laicos de tener una relación más estrecha con la otra forma de vivir el seguimiento de Jesús que es la vida religiosa.

Me doy cuenta de que también esta conciencia se ha despertado en las Escuelas Pías. Incluso he visto el deseo de laicos de vincularse con los religiosos, y que la Orden ha expresado en cuatro formas diferentes, con estos nombres, la forma de "Cooperación", la de "Participación", la de "Integración carismática", y la de "Integración jurídica".

Luis, en esta carta me refiero de manera especial a la forma llamada "Cooperación" porque quiero dedicar una carta a cada manera concreta de vincularse con las Escuelas Pías. Deseo decirte mi pensamiento, animar a los recalcitrantes, señalar si veo alguna dificultad y tratar de discernir lo que hay que hacer en muchos casos.

Un primer sentimiento que se debe despertar en las Escuelas Pías es la preocupación por todos los colaboradores de la acción escolapia.

Y en este caso me refiero a cuantos de alguna manera, la que sea, trabajan en alguna presencia escolapia, pues así colaboran con las Escuelas Pías. Son personas que viven un proceso a lo largo de todo el tiempo que están en las Obras escolapias, o al menos durante los primeros años de su estancia.

En este proceso se debe suscitar y cultivar la *vocación educadora*, porque puede ocurrir que haya personas que se encuentran en el campo de la educación no por motivos estrictamente vocacionales, sino por otras razones no muy afines a la vocación educadora. Pudiera ser que no hubieran encontrado otro lugar donde ganarse la vida y han optado por lo que han encontrado; y ganarse la vida es un oficio muy digno y laudable. Por eso en este proceso de la persona que colabora se quiere suscitar, si no la tuviera, y cultivar, si la tuviere, la vocación educadora.

Se ha de impulsar así mismo el *sentido de pertenencia*. Es decir, lograr que quien trabaja vaya poco a poco considerando su lugar de trabajo como un espacio en el que se encuentra comprometida su vida, algo que en cierta manera es también suyo. Es lo que constituye el sentido de pertenencia. El lugar de trabajo no es un lugar inhóspito, sin ningún valor positivo en la vida; más bien es un lugar en el que en cierto modo se encuentra como en su casa porque ha llegado a identificarse con él.

Otro elemento es la *corresponsabilidad* que hay que desarrollar y que es necesaria para crear lo que antes hemos llamado sentido de pertenencia en la persona. La persona no está pasiva en la Obra, al margen de su trabajo, sino que se siente corresponsable con cuanto va sucediendo, lógicamente en niveles que habrá que definir.

Finalmente, en esas personas que han entrado en las obras escolapias y quizá están dando los primeros pasos de la "colaboración" se ha de despertar, o al menos intentarlo, *procesos* que puedan conducirles a nuevas propuestas de vinculación, respetando siempre su autonomía y decisión. Han de saber que viven una vinculación que se llama "colaboración", pero que existe la posibilidad de crecer en esa vinculación con nuevas formas que se les puede proponer si están de acuerdo.

Luis, he querido comentarte el perfil de las personas que están en este primer modo de vinculación con la Orden. E insisto que en este primer modelo se encuentran todos aquellos que colaboran de alguna manera en las presencias escolapias. De todos ellos ha de cuidarse la Orden. A todos ellos se han de aplicar los aspectos ahora citados porque son generales, respetan la libertad de todos y, al mismo tiempo, se les da la posibilidad de andar un camino y de ir más adelante en la integración en las Escuelas Pías.

¿Cómo juzgo yo este fenómeno? Antes que nada me parece *gracia de Dios*. Por fin ha despertado el laicado, ha comprendido su dignidad, conoce sus derechos y obligaciones y se ha sentido llamado por el Espíritu a renovar su vida por medio de una vinculación más estrecha con otra forma de vivir el seguimiento cristiano que es la vida religiosa. Este hecho va a enriquecer tanto a la vida laical como a la religiosa.

Es también un *hecho eclesial*, porque me doy cuenta de que se da por todas partes en la Iglesia. Por eso no se puede temer ante semejante hecho; es la misma Iglesia quien lo ha recibido de la gracia del Espíritu que es quien lo ha suscitado en las Órdenes y Congregaciones religiosas.

Por eso no seáis como algunos que no quieren reconocer la riqueza de este rasgo y entonces acuden a razones nada limpias para explicarlo. Afirman que todo esto que está ocurriendo nace simplemente de un oportunismo barato. Que todo se asienta en la falta de vocaciones a la vida religiosa. Que si ésta tuviera hoy la fuerza y riqueza de tiempos anteriores, nunca se hubiera acudido a los laicos. La petición de ayuda no es otra cosa que manifestación de la debilidad numérica para llevar adelante las obras que se tienen. Luis, yo no lo veo así. Aunque no quería hacer mención del pasado, deseo no obstante que sepas todo lo que me ocurrió a

mí. Entre 1597 y 1614, sobre todo desde que las escuelas se trasladaron a Roma en 1600 una vez muerto el párroco de santa Dorotea, me apoyé en maestros que eran laicos y sacerdotes. De tal manera que tengo que decir muy alto y para alegría vuestra, que en las escuelas antes fueron los laicos que los religiosos. Yo trabajé codo a codo con ellos antes de fundar la Congregación Paulina.

Es cierto que llama la atención ver tanta variedad de maestros en tan pocos años, por ejemplo, entre 1604 y 1612. Mira, de los que han llegado noticia a vosotros, y no conocéis a todos, y que trabajaron en las escuelas, durante el servicio a las mismas fallecieron ocho, dejaron la obra 54, y en septiembre de 1612 sólo me acompañaban diez colaboradores; en octubre de 1614, cuando la unión con los Padres de Luca, mis colegas eran sólo 8; en 1617, solo uno de los de 1604 estaba junto a mí, el querido y anciano P. Gaspar Dragonetti.

Una pregunta que muchos se hacen, ¿por qué este fluir continuo de maestros, tanto de laicos como de sacerdotes que entraban y dejaban las escuelas? Pues ocurría que muchos que entraban en ellas para enseñar, una vez aprendido el oficio, se iban a tener sus escuelas a otros lugares por propio interés, pues en mis escuelas se daba sólo comida y habitación.

Con esto quiero decir, Luis, que también yo tuve al inicio de las escuelas colaboradores,

que me ayudaron mucho, que sin ellos no las habría podido sostener y conservar; que es cierto que me fueron fallando, y que esto os tiene que enseñar, a vosotros laicos, pero también es verdad que vuestra situación es diferente. Vosotros, colaboradores de las Escuelas Pías, que trabajáis con los escolapios, tenéis una seguridad que faltaba en mi tiempo. Por mi propia experiencia te puedo decir que hay que cuidar a todos los colaboradores como el gran potencial que tienen las Escuelas Pías y que ahora poseéis elementos y posibilidades que a nosotros nos faltaban. El gran desafío de todo educador es siempre la formación. Hay que emplear todos los medios para la formación y no creer nunca que ésta se ha terminado porque uno ha conseguido ya un puesto en una escuela, en un colegio. Yo pido a mis hijos que tengan muy en cuenta este aspecto y que no permitan que a los colaboradores les falte la formación en todos los ámbitos en que deben moverse dentro de las escuelas.

Luis, ahora tengo que ser testigo de mis hijos religiosos escolapios ya que no puedo dirigirme a ellos y pedir su opinión. Pero quiero responder yo por ellos a algunas preguntas que a veces os hacéis los laicos cuando se aborda este tema. No creo que mis respuestas sean gratuitas, sino que vienen avaladas por lo que me ha ido llegando de los diversos lugares de la Orden.

La primera pregunta es, ¿quieren acaso caminar con vosotros los religiosos? Te respondo que sí, estoy convencido que sí. Lo quieren. Se van concienciando poco a poco, más unos, menos otros, en unos lugares más que en otros, pero lo quieren. Comprenden que vosotros estáis pidiendo espacio. Ven este camino como una realidad esperanzadora y están convencidos de que hay que seguir por esta senda. Muchos están seguros de que les podéis dar una visión más amplia de la vida y que incluso les podéis ayudar a descubrir aspectos nuevos del carisma y a darle a éste una lectura más actual. Muchos de ellos confiesan que este nuevo camino puede suponer una transformación interna personal y comunitaria. Saben y experimentan que lo que os une con ellos es mucho más que lo que os puede diferenciar.

No estaría de acuerdo con la verdad si no confesara que hay también quien no ve tan claras las cosas e incluso quienes tienen recelos, y a lo mejor se puede encontrar alguno que preferiría que no hubiera surgido este fenómeno; en una comunidad grande como es una Orden se pueden encontrar personas para todos los gustos. Pero, déjame decir, Luis, éstos, si existen, son pocos, muy pocos, porque lleváis ya unos años trabajando en este campo y los religiosos han percibido los bienes que de esta colaboración se desprenden.

A mí me parece que esta nueva realidad genera ilusión y esperanza, porque hoy es incomprensible caminar solos; los religiosos perciben que entre las dos vocaciones se da una complementariedad que las enriquece, y que dar cabida a los laicos es ser fieles al Espíritu. Muchos están convencidos de que este fenómeno les ayudará a vivir más auténticamente la vida religiosa y les servirá para desinstalarse.

No te extrañe que diga estas cosas, ya que yo mismo me quedé sorprendido al leer lo que dice el nº 12 del documento capitular *El laicado en las Escuelas Pías*: "... y, al mismo tiempo, la fuerza vivencial de la incorporación de los laicos puede despertar del letargo a muchas conciencias dormidas y puede animar a otras a una decisión más radical del seguimiento de Jesús".

Con lo cual, Luis, no quiero engañarte y afirmar que todo es oro pulido. No, existen también fantasmas que a veces brotan en las mentes de algunos religiosos. Existe un cierto miedo a perder la seguridad. Antes la tenían, sabían siempre lo que había que hacer, los límites estaban bien claros y determinados; ahora pueden existir dificultades para afrontar con lucidez este proceso con todo lo que implica. Hay miedo a que podáis invadir sus espacios físicos cuando no se dan cuenta la riqueza que implica rezar juntos, comer juntos, reír juntos, formarse juntos, aunque luego cada grupo tenga sus propias actividades. Los miedos no

sólo van dirigidos hacia vosotros, sino a veces hacia ellos mismos. Algunos tienen miedo a que aparezcan posturas intransigentes en las comunidades; miedo a lo que puede suponer la desinstalación y a romper esquemas, miedo a tener que cambiar estructuras. Miedos que no se dan cuenta que les hacen mal y cuya ruptura sería un bien para los mismos religiosos. Algunos confiesan tener miedo a desentenderse de la misión porque los cargos están en manos de los laicos. Quizá la frase que resume mejor tantas de estas cosas es la que alguien dijo en sentido metafórico: “miedo a morir”.

Con todo esto quiero hacer hincapié en que existe aún todo un camino por recorrer, pero que el camino hecho es muy largo e importante. Podría haberte hablado de las alegrías y gozos de muchos religiosos por lo que está ocurriendo en la Iglesia y en las Escuelas Pías; podría narrarte la vida de ilusión que ha surgido en muchos sea religiosos que laicos ante el compartir común de tantas cosas que antes les parecía imposible; podría contarte la felicidad de las reuniones, de las convivencias, pero de eso te tendré que hablar en otra carta, ya que esta primera trata de la vinculación “Cooperación” y no de las siguientes, donde los elementos que he citado están mucho más presentes y se evidencian con más claridad.

La idea repetida hasta la saciedad es que a los colaboradores, como a todos los laicos (y

también religiosos) hay que formarlos constantemente. Cuando me disponía a decirte unas pocas cosas sobre este elemento, ha caído en mis manos el documento titulado "*Orientaciones para un plan de formación del laicado escolapio*". Ahí se habla de las diversas maneras de vincularse a las Escuelas Pías y cómo hay que formar en cada una de ellas. Me ha parecido, pues, mejor, en vez de hablarte yo al finalizar esta carta, dejar que te hable la misma Orden de las Escuelas Pías y te diga lo que piensa en este campo y lo que quiere hacer en él. Dice más cosas de las que yo te pongo, pero no quiero alargarme y además tú mismo puedes leer el documento y así haces una cosa buena. He aquí lo que afirma en el capítulo 1º, número 2, sobre el proceso inicial:

"El ingreso a la institución de una nueva familia, de un docente u otro empleado, es el punto de partida para la formación en la modalidad de Cooperación. Dicha institución propiciará los medios para conocer la educación escolapia y vivir el ministerio educativo como conjunción de educación y evangelización.

En este momento nos encontramos con una diversidad de experiencias educativas anteriores que, sin un trabajo armónico, pueden llegar a la dispersión. Por ello:

Se ayudará a los recién llegados a conocer lo dicho arriba propiciando, al mismo tiempo, el conocimiento de sí mismo.

Se les apoyará para madurar en la vivencia educativa y el espíritu del ideario.

Se evitará el adoctrinamiento con una pedagogía impositiva, dejando que el propio educador sea protagonista de su proceso formativo, conjugando lo intelectual y lo experiencial, de forma que se vayan integrando vivencias.

Se acercarán a lo que es educar en las Escuelas Pías y su integración en las mismas.

Se enfocará el proceso de formación laical desde la secularidad y para la transformación de las estructuras, respetando las distintas formas y culturas en las que se encuentran insertas las Escuelas Pías, además de los diversos procesos que existen en cada una de las demarcaciones. De ahí la conveniencia de conocer bien los ambientes en los que uno se mueve.

Se hará comprender a nuestros colaboradores su labor como ciudadanos, agentes participativos que cooperan en el desarrollo de estructuras culturales más justas y fraternas para todos, y progresivamente se vayan evangelizando, proponiendo no imponiendo, por contagio con el compartir real y a través de un anuncio de fe adecuado al contexto. Entendiendo, no obstante, que en la mayoría de los casos, entre los incorporados, los educadores son ya personas creyentes y en sintonía con nuestro ministerio.

Se les acercará al itinerario espiritual y pedagógico recorrido por José de Calasanz.

Siguiendo este camino educativo, podemos decir que en la preparación de los laicos, lo primordial de estos educadores será el formarlos como agentes seculares de transformación social, de tal manera que se dé sentido y contenido a la educación integral promovida por las Escuelas Pías. Simultáneamente, en un movimiento ascendente y desde una opción libre, se irán evangelizando. Haciendo hincapié especial para ello en el testimonio de la Obra y de los propios laicos”.

Con amor de padre

José de la Madre de Dios

Carta 13^a

Participar de la misión escolapia

Querido Luis: nada más escribir el título de esta carta, el corazón me ha empezado a palpitár. Cuando hablo de la misión escolapia no puedo hacer otra cosa que enardecerme pues estamos en el centro de la vida escolapia. Y cuando veo la posibilidad, y aun el hecho, de que haya laicos que comparten con los religiosos no sólo su trabajo, sino la misma misión, doy gracias a Dios por el fenómeno que abordábamos en la carta anterior. Si yo encontré mi gozo y alegría, si mi tesoro fue precisamente la misión, que haya laicos y religiosos que siguen teniendo esa misma experiencia, me resulta de una paz inmensa. Quiero, pues, hablarte de esta participación en la misión escolapia y de algunos aspectos que se me ocurren leyendo los documentos que sobre el tema fueron emanados por la Congregación general.

En esa experiencia de itinerario de vinculación con la Orden hablamos en la carta anterior de todos los colaboradores, de cuantos de alguna manera intervienen en el hecho educativo calasancio en cualquier presencia de las Escue-

las Pías. Decía que entre los aspectos de su perfil se encontraba la posibilidad de facilitar a quienes lo desearan nuevos proyectos de vinculación, formas nuevas de hacerlo. Pues bien, ahora nos encontramos con una de ellas.

Conozco personas a quienes no les basta con ser excelentes profesionales, válidos educadores; quieren vivir su vocación cristiana como testigos de Jesús y de su Evangelio en el trabajo que realizan. Han comprendido que la misión, el ir a evangelizar es un mandato universal, dado a todo cristiano, y ellos necesitan ponerlo por obra precisamente en el lugar en que trabajan, en la escuela calasancia.

¿Cómo ha de entenderse esto? Mira, Luis, lo propio de la Iglesia es la misión, o, si prefieres, te diré que lo propio del cristianismo es la misión. Si nos remontamos a las fuentes de la revelación hemos de decir que el Padre envía (misión) al Hijo al mundo para instaurar el Reino de su misericordia y perdón a favor de los pobres y pecadores; el Padre y el Hijo envían (misión) al Espíritu Santo para que acompañe a la Iglesia a lo largo de la historia y le “recuerde” lo que Jesús enseñó a los suyos durante su vida mortal; la Iglesia envía (misión) a todos los cristianos a vivir esta faceta por el mundo entero. “Id al mundo entero...”, les dijo Jesús en el momento en que se despedía de los doce. Por tanto, la Iglesia se define por la misión, que no es otra cosa que

seguir realizando en el mundo lo que Jesús empezó en su vida y llevó a cumplimiento con el Misterio pascual.

Para quien se sienta cristiano, la misión es lo mejor de su llamada al cristianismo. Y se pregunta, ¿cómo realizar lo que Jesús hizo y lo que quiso que todos hiciéramos? Y aquí, en este contexto, entran las Escuelas Pías. También para ellas lo mejor de todo es su misión.

Te explico lo que nos ocurrió a nosotros al comienzo de las escuelas. Como sabes, las encontré yo en santa Dorotea un día de abril de 1597. Y me enamoré de aquel trabajo y me entregué con todas mis fuerzas a él. Como te comentaba en la carta anterior empezaron a entrar maestros que querían compartir el trabajo de la enseñanza a los pobres; esos maestros eran laicos y sacerdotes. Me ayudaban y sin ellos no hubiera podido sacar adelante las escuelas. Este grupo, que iba variando constantemente en su composición por la constante entrada de unos y salida de otros, tenía no obstante un núcleo bastante consistente. Y viendo las dificultades que creaba ese trasiego de maestros, y cómo el núcleo se iba conservando, me decidí a pedir al papa Clemente VIII que lo constituyera en Congregación secular, cosa que hizo de viva voz. Estábamos en el año 1604. Y se determinó que “los Operarios de las Escuelas Pías vivieran en común, contribuyendo el que pudiera, y el que no pudiera sería provisto

por el fondo común, y aun a muchos se les pagaba". Así vivimos durante un cierto tiempo. Al final, pasado más de un decenio, se llegó a la fundación de la Orden de las Escuelas Pías.

Luis, quisiera insistir en este aspecto que diferencia la experiencia que yo tuve de la que es normal tener. En el inicio de las escuelas, lo primero que apareció fue la misión, es decir, las escuelas; después vino el descubrimiento de la necesidad de la comunidad, porque era difícil la misión si no se vivía en comunidad, y, finalmente, esa comunidad se constituyó en Orden religiosa, aunque no fuera con las mismas personas.

Hoy suele suceder al revés. Se entra en la vida religiosa, y se hace el noviciado; lo primero que se vive es lo último que vivimos nosotros; después, en la vida religiosa se va aprendiendo lo que es la comunidad, cómo hay que vivirla, las normas que hay que observar y la riqueza que puede y debe entrañar para todos los hermanos; finalmente, cuando ya se han emitido los votos y se cree que una persona está formada, se le lanza a la misión. No estaría mal discernir estas dos maneras diferentes de hacer el mismo proceso, cada una de ellas al revés de la otra; lo que esto puede presuponer y si como se hace hoy día es la mejor manera de llegar a vivir la misión calasancia.

Vayamos adelante. Luis, es importante que te preguntes por el sentido de la misión calasancia. Porque si estamos en la modalidad de

“participar la misión”, quienes quieran dar este paso tienen que tener muy claro qué es lo que desean hacer y en qué consiste esa realidad a la que se quieren entregar, compartiendo con los religiosos aquello a lo que ellos se han entregado. Yo doy la siguiente respuesta para animarte a que te centres en ella: la misión es lo fundamental en la vida escolapia. Nacimos para la misión; vivimos para la misión; estamos enamorados de la misión; gastamos la vida en la misión; no se nos entiende de ninguna manera si no es desde la misión.

La misión calasancia proviene de la misión eclesial y es la misma misión eclesial, pero realizada desde una perspectiva y en clave menor. La misión eclesial viene realizada por todos los cristianos, laicos, religiosos, sacerdotes, todos. Las Órdenes y Congregaciones religiosas tienen su manera particular de participar en ella desde lo que es su servicio eclesial. Lo pueden realizar de muchas maneras, y las Escuelas Pías lo realizan a través de la educación integral de niños y jóvenes, sobre todo más desfavorecidos.

Todo en las Escuelas Pías está referido a la misión. Si nacimos para ella quiere decir que la misma vida religiosa está en función de la misión. Con esto no se “funcionaliza” la vida religiosa, como si dependiera simplemente de la misión. En la vida religiosa se está enamorado del Señor Jesús, se le quiere seguir con todo

el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y todo el ser, pero como eso hay que hacerlo de alguna manera, el modo de hacerlo es la misión que se tiene, como el modo de hacerlo otras Órdenes es la misión que ellas tienen. Que la vida religiosa está en función de la misión quiere decir que todos los elementos que la constituyen tienen una relación especial con la misión, sea la pobreza, la obediencia, la comunidad y los restantes. Por eso hay una pobreza escolapia y una obediencia escolapia, y seguiría adelante. Podemos decirlo de otra manera, tiene que haber una pobreza de misión, una obediencia al servicio de la misión y así sucesivamente.

La alegría de esta carta es constatar que hay laicos que se sienten llamados a compartir esta misión con los escolapios. Lo harán desde su laicidad, pero lo harán tan bien como lo pueden hacer los escolapios desde su vida religiosa. La misión es única para religiosos y laicos, y ambos se encuentran unidos por el mismo interés, por igual deseo de llevar adelante lo que la Iglesia nos dio en nuestro tiempo. Es la manera cristiana como un laico tiene de vivir su cristianismo cuando se encuentra incorporado a la Orden de las Escuelas Pías.

Luis, la misión hay que desarrollarla en áreas distintas. Hablamos de forma general de "misión" y está bien hacerlo, pero cuando se piensa en concreto hay que saberla aplicar a

espacios particulares en los que encuentra su mejor vivencia. Te cito algunas de esas áreas.

La misión escolapia se realiza en la *evangelización*. Quizá no te parezca nada especial, ya que es propio de todo cristiano el evangelizar, y tienes razón. A eso fuimos enviados por el Señor Jesús cuando se despedía de los suyos. El mandato de Jesús de evangelizar es universal, y todos nos hallamos implicados en esta tarea. Hay que evangelizar a todos los hombres y hay que evangelizar todas las tierras del mundo. Es cierto. Por lo tanto, de nada serviría a las Escuelas Pías que se dedicaran a enseñar, si así atendían una sola de las dos facetas del lema tan repetido entre nosotros “piedad y letras”. Evangelizar es entregar el evangelio, la Buena Noticia del amor incomprensible y loco de Dios por el hombre, por todo hombre. A los educandos hay que conducirles hasta Jesucristo, a tener una relación vital con él, y no simplemente a un conocimiento teórico. En consecuencia, aquí cabe cuanto ayuda a la evangelización, sea la catequesis, los comentarios en torno al Evangelio, los procesos pastorales por medio de los cuales se les conduce a los jóvenes a un evangelio más vivido y experiencial, la generación de nuevas formas de seguimiento de Jesús, la comunidad cristiana, referente último de toda vida cristiana, una comunidad que comparte gozo, alegría, oración, formación, entretenimiento, seguimiento radical del Maestro, y de manera especial la presencia sacra-

mental del Señor a través de su Cuerpo repartido y de su Sangre derramada por todos.

Otra área de la misión es la *educación integral* de la persona. No hace falta que me detenga más cuando de ella tanto te he hablado en las cartas precedentes. Pero hay que cuidar que el hecho de “integral” no se aplique tan sólo a la persona, sino también a todas las manifestaciones de la misma: edad, ambiente, compañeros. Quiere decir que hay que educarlos a lo largo del proceso de su edad colegial, y si se puede después, mejor; educarlos no sólo en el colegio sino en los lugares que frecuentan; educarlos para que sepan cómo obrar con sus compañeros que acaso no asisten a la escuela calasancia.

La tercera área es la *dimensión social*, que ya nos ha aparecido repetidamente. Toda escuela calasancia tendría que tener la capacidad de poder transformar un poco la parte de sociedad en la que está enclavada y allí a donde llega. Se parte de la utopía de que es posible transformar el mundo en la parte que nos toca; si no se da esta utopía no hay capacidad de lucha por el cambio social. Este puede darse a través de un cambio de valores, de compromisos, de generar solidaridad, de ayudar a los que más lo necesitan, de encontrarse en medio de las causas que los demás dan por perdidas. Todo alumno de una escuela calasancia tendría que poseer la ilusión de hacer algo por los demás y de implicarse en las causas de quienes

quieren transformar la sociedad. Porque se pueda hacer poco, no hay que dejar lo que se pueda hacer. Sería la mejor muestra de que la escuela calasancia no ha calado en una persona.

La cuarta área es la *donación de la persona*. Que de las obras escolapias salgan personas que han aprendido a darse a los demás, a entregarse de verdad, a no poner los propios intereses por encima de las necesidades de los otros. Pero si ha de ser así, antes que nada es el mismo educador quien ha de testimoniar con su vida lo que desea de los educandos. Se educa con la vida, no con las palabras.

Luis, me he alargado, pero la misión es el quicio de nuestra escuela calasancia y merecía la pena detenerse en ella. Si se te ocurriera hacer un balance de todas las cartas escritas hasta ahora, verías que la misión, tratada de una manera u otra, ocupa la mayor parte de lo escrito. Eso te indica la importancia que le doy.

Quiero hablarte ahora de dos elementos que he descubierto que van naciendo en las Escuelas Pías y que tienen una relación muy estrecha con el hecho de compartir la misión y que te interesa conocerlos porque constituyen un desafío para el futuro. En ellos estáis implicados también vosotros los laicos cuando decidís vincularos estrechamente con la misión escolapia. El primero es el de la *ministerialidad escolapia*. De los ministerios reconocidos habla el

documento "*Directorio del laicado*". Prefiero copiártelo tal y como lo dice:

"El ministerio escolapio se lleva a cabo por personas, religiosos y laicos, que entienden su aportación como vocación a la que han sido llamados y a la que intentan responder con actitud de servicio eclesial y talante escolapio.

Cuando el ministerio encomendado o recibido por un laico se desarrolla en una parcela concreta que se le encomienda, no sólo requiere la libre opción de la persona que lo asume, sino también el encargo por parte del grupo en el que está integrado, de mutuo acuerdo con la Orden. Los encargos son temporales y renovables.

La manera de conferir estos ministerios laicales puede ser semejante al seguido por los religiosos en su formación inicial.

La tradición escolapia contempla especialmente los ministerios de la educación cristiana y de la atención especial a los niños pobres. En condiciones oportunas, cabe considerar la entrega de responsabilidades como un ministerio, con la correspondiente celebración" (nº 72-73).

Por lo que he visto, estos ministerios por ahora apenas existen en la Orden, pero es importante que este documento los cite. Pueden darse distintos ministerios. El documento "*Orientaciones para un plan de formación del laico*

escolapio" cita varios como el "ministerio de la educación" para quienes desempeñen la profesión educadora como vocación-ministerio; al que se podría añadir el "ministerio pastoral" ejercido como participación en el ministerio ordenado del presbítero consagrado; el "ministerio de la educación familiar" que se podría encomendar a personas que trabajan sobre todo en el campo familiar; el "ministerio de la acción social" que podrían recibirlo quienes se comprometen y están ligados de una forma especial en la dimensión transformadora del quehacer escolapio.

Por lo que veo van quedando claras algunas cosas, por ejemplo, que todos estos ministerios "apuntan a "zonas vitales" de la misión escolapia, se encomendarán a personas vocacionalmente identificadas con lo escolapio, se pedirá cierta estabilidad en el ejercicio de este ministerio, se procurará que las personas adquieran una adecuada formación para desarrollarlos positivamente, se vivirá en profunda relación con los escolapios y serán reconocidos por la Orden de modo significativo" (Manual de cursillos, 2-1).

El segundo elemento al que quiero referirme aparece también en el "*Directorio del Laicado*" en una nota y se refiere a una realidad llamada a tener cada vez mayor importancia como referencia de toda la presencia escolapia en un lugar, y hago mención de la Comunidad Cala-

sancia Escolapia. Viene descrita de la siguiente manera: “Comunidad Cristiana Escolapia es el conjunto de cristianos que viven su fe vinculados a una Obra o presencia escolapia, siendo ésta su referencia de fe inmediata. En esta comunidad se encuentran los Escolapios y los laicos escolapios como núcleo, al que se añaden otras personas que siguen el proyecto comunitario”.

Como ves, Luis, no se habla de la comunidad religiosa. Se trata de un concepto distinto y más amplio. Ha de llegar a ser la comunidad referente de toda la presencia escolapia en un lugar y, por tanto, a ella pertenecen cuantos viven su fe unidos de alguna manera con las Escuelas Pías que se encuentran en ese lugar. Es lógico que cuantos están participando de la misión están llamados a pertenecer a esta comunidad. Puede ser lugar de entronque eclesial para cuantos desean vivir su pertenencia a la Iglesia a través de la Orden de las Escuelas Pías.

Luis, como es lógico también quienes pertenecen a esta modalidad de inserción en las Escuelas Pías han de ser cuidados, es decir, se les ha de formar. Y no me refiero cuando hablo de formación en un sentido simplemente profesional, sino más íntimo, más profundo, diría carismático, de lo que hablaré en otro momento. El documento *“Orientaciones para un plan de formación del laicado”* habla largamente de esa

formación (cap.2º, nº 2.4 y 2.5); yo para despedirme quiero dejarte por escrito dos elementos tan solo, y así termino esta carta:

Dimensión ministerial:

Además de dar continuidad a las líneas ya dichas en la modalidad de cooperación, añadimos:

Informar sistemáticamente sobre todo lo que concierne a nuestra misión.

Invitar e integrar a las personas que quieren tener una mayor pertenencia a las Escuelas Pías, aumentando los contactos con quienes desean una mayor pertenencia.

Realizar prácticas progresivas para ayudar a comprender el sentido del ministerio de la Iglesia.

Conocer los aspectos generales de la acción de las Escuelas Pías.

Entablar relaciones frecuentes con obras escolapias distintas de la suya

Descubrir el ministerio educativo como vocación y, por tanto, de la labor educativa como tal.

Dimensión calasancia:

Desarrollar la identidad calasancia en relación con la etapa anterior. Es importante cono-

cer el fundamento social de la intuición Calasancia, profundizar en el carisma de José de Calasanz y el contexto histórico de la obra calasancia.

Participar en seminarios de conocimiento de las intenciones educativas de José de Calasanz, que sean acreditados por su ajuste a la realidad actual en la que se inserta la obra calasancia y sus posibilidades de acción. Además abordar el estudio en grupo de los artículos de los diferentes autores escolapios sobre el carisma de José de Calasanz.

Desarrollar actitudes de óptica crítica y reflexiva, creatividad, autonomía”.

Para profundizar en todos estos elementos, puedes acceder a los materiales del “Manual de cursillos, primera parte”, que se encuentra en www.scolopi.net en la sección del laicado.

Con amor paternal

José de la Madre de Dios

Carta 14^a

Integración en las Escuelas Pías

Querido Luis: en el camino de vinculación laical con las Escuelas Pías se puede dar un paso más adelante. Primero vimos la modalidad de “Cooperación” con la acción y las obras escolapias; pasamos luego a la modalidad de “Participación” de la misión. Pero el camino no termina aquí; existe la posibilidad, según el documento *“El laicado en las Escuelas Pías”*, de ir más adelante, buscando una relación más estrecha con todo lo escolapio. Es lo que se llama la “Integración carismática” a la que el documento añade una cuarta modalidad con el título de “Integración jurídica”.

Me preguntarás cómo se puede llegar a este punto. Te respondo. En el inicio del deseo que brota en una persona de dar el paso señalado se encuentra la llamada del Espíritu. Ya la modalidad anterior, pero sobre todo ésta, responde a claves vocacionales. No se trata simplemente de querer o de empeñarse con la fuerza de la

voluntad o de hacer lo que está a la portada de cada uno. Eso se puede hacer y puede ayudar, pero no da razón del paso que se da, si se hace con autenticidad. Sólo el Espíritu es quien llama, quien atrae, quien hace “apetecible” a una persona el dar un paso hacia una realidad más radical que es la que pretendo hoy explicarte. Por eso el Espíritu anda en la vida de una persona y elige a quien quiere y como lo desea. Esto no quiere decir que quienes se encuentran en esta modalidad sean “mejores” que los demás. El juicio sobre lo mejor o peor corresponde sólo al corazón de Dios y él conoce los corazones de los humanos. Dejémosle a él que nos juzgue en su amor. Nosotros no entramos en esas categorías, pero debemos decir que la Integración carismática y la jurídica implican la presencia y llamada del Espíritu.

En segundo lugar, la llamada del Espíritu suele hacerse presente con frecuencia a través del testimonio. Testimonio que puede venir de otros laicos que viven ya esa realidad o de religiosos o bien de otras circunstancias que llevan a las personas a encontrarse de frente a la posibilidad de dar este paso. Suele ser el testimonio el que arrastra y convence. Una persona percibe en su interior, ante lo que ve y experimenta, que Dios la quiere ahí, que le llama a vivir de esa manera determinada y que su felicidad va a depender en gran parte de la respuesta que dé.

Lógicamente esto requiere discernimiento, y

es el tercer elemento. Nadie puede dejarse llevar por el puro sentimiento, ni arrastrar por una emoción, por fuerte que sea, vivida en una reunión, en cualquier encuentro o ante las palabras que oye a otra persona. En la paz de la vida, con sencillez de corazón, mirando su vida y haciendo caso a la voz que le llega de dentro, tiene que evaluar todos los elementos y poco a poco ir discerniendo el querer de Dios sobre su vida.

Normalmente Dios no habla a través de un solo signo o señal; para convencernos suele darnos más de uno porque sabe que solemos ser duros de inteligencia, que el corazón no se nos abre tan fácilmente y que las resistencias aparecen en nuestra vida porque es muy normal que nos busquemos a nosotros mismos.

Luis, esto es lo primero que deseaba decirte: que como laico es posible dar un nuevo paso en la vinculación con las Escuelas Pías. Pero sigue la pregunta, nuevo paso, pero ¿en vistas a qué?

Antes que nada en vistas a una participación más profunda en la vida escolapia. Quien haga este camino descubrirá que la vida escolapia se puede vivir de una manera religiosa, y tenemos a los escolapios religiosos, pero también de una forma laical, y tenemos a los laicos escolapios. Es decir, que el ser escolapio se puede vivir de maneras diferentes. Ya veremos el modo.

En vistas también a vivir más de verdad,

ciertas riquezas encarnadas en la vida religiosa y en ese sentido haciéndolas propias. En el fondo de esta afirmación existe un hecho, y es que muchas experiencias, vivencias, realidades que se ha apropiado la vida religiosa son patrimonio común de todos los cristianos. Seguir a Jesús, el camino de la santidad, la vivencia de las virtudes teologales en su máximo esplendor, la radicalidad de la vida y del seguimiento, el amor total a Dios, la vivencia de los consejos, y otras muchas, son realidades que pertenecen al cristiano en cuanto tal. Hubo un tiempo en que se fueron traspasando poco a poco de la vida cristiana a la religiosa, hasta llegar al convencimiento, la afirmación y enseñanza de que pertenecían sólo a los religiosos, logrando la dejación de los cristianos y causándoles un doloroso agravio.

En vistas a ser testigos de todos esos valores en el mundo, lo propio, aunque no exclusivo de los laicos, es la índole secular, es dar testimonio en el mundo de los valores del Reino, de los valores evangélicos, “gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios” (LG 31a) en medio de las vicisitudes de su existencia, en el lugar donde viven y en los menesteres donde trabajan, si no lo hacen en la escuela calasancia. Porque, sea dicho al menos una vez, quienes entran en esta integración con las Escuelas Pías no hace falta que trabajen en un colegio; su participación en el ministerio lo hacen de otras maneras, porque

se educa con la vida y eso lo puede hacer toda persona donde vive y trabaja.

Luis, quisiera que siguieras la lógica de mi pensamiento. Tenemos una persona que conoce las Escuelas Pías o bien porque trabaja en alguna presencia calasancia o porque se las ha hecho conocer un amigo u otra persona; que ha llegado a conocer el fenómeno de la relación entre laicos y religiosos porque alguien se lo ha explicado; que se ha sentido impulsado a vivir de esa manera y que en el discernimiento que ha hecho ha visto que el Espíritu le llamaba a él a semejante vida. La pregunta viene en seguida: ¿cuál es el contenido de ese nuevo paso? Porque para saber si uno es llamado tiene que conocer aquello a lo que piensa ser llamado; sólo en la fe damos el salto a las manos de Dios y nos fiamos a carta cabal sin necesidad de tener otras pruebas que la misma confianza en él. Pero en este tema no es así. ¿Cuál es, pues, el contenido?

Está constituido por los tres elementos fundamentales del carisma calasancio, el ministerio, la espiritualidad y los rasgos más representativos de la vivencia comunitaria escolapia.

De la misión, nada tengo que decirte después de la carta anterior en la que la abordamos; pero sí quisiera señalar algunas características de los otros dos elementos que he citado.

Quien se integra carismáticamente en las Escuelas Pías manifiesta su deseo de vivir la

espiritualidad propia de los escolapios. Que lógicamente hace referencia a lo que el Señor un día me dio a vivir a mí, pobre pecador.

La espiritualidad no es otra cosa que la manera concreta de percibir, vivir y experimentar el misterio de Dios en Cristo Jesús. El Padre se nos ha revelado en Cristo, pero su misterio es como una piedra preciosa de innumerables caras. Cada una de ellas refleja ese misterio desde una perspectiva; el conjunto nos daría lo que es Dios. Como es lógico el hombre no puede abarcar todo el Misterio, no puede mirar todas las caras de ese poliedro al mismo tiempo. A cada uno de nosotros se nos da, por gracia, el poder fijarnos, es decir, percibir y vivir una faceta o parte de una faceta de una de las caras. Y en ese modo de percibir el Misterio de Dios, el contenido de la percepción, a veces atemática, es lo que constituye la espiritualidad.

¿Cómo percibimos los escolapios el Misterio de Dios en Jesús? Centrándolo de manera muy especial en la persona del Maestro desde una perspectiva peculiar, un Jesús Maestro que enseña a todos, pero que tiene cuidado especial de los niños, como lo vemos en un pasaje evangélico, y los acaricia, los tiene junto a sí, se siente feliz con ellos y reniega a los discípulos cuando se los quieren apartar como si fueran a estorbarlo.

Lo vemos como un Jesús que está cerca de todo lo pequeño, no sólo de los niños, sino de

otra mucha gente que no era considerada, más bien venía maltratada, despreciada, olvidada y marginada; los pobres, los anawim.

Lo vemos como un Jesús que está al servicio de todos, que ama a todos, que no quiere que nadie se pierda, que se preocupa hasta de los más mínimos detalles aunque nadie atienda a ellos.

Un Jesús que lucha, sin violencia, por aquellos a quienes ha venido a traer el Reino. Estaba convencido cuando comenzó su predicación que sería aceptado en Galilea, pero no ocurrió así, lo que le procuró una fuerte crisis y hubo de convencerse de que en Galilea no instauraría el Reino. Tuvo que subir a Jerusalén y allí se dio cuenta que las autoridades religiosas y quienes cuidaban del Templo estaban en su contra. No tuvo más remedio que coger el látigo y tratar de purificar lo que era la casa de su Padre, mostrar su autoridad y enfrentarse a las autoridades religiosas, lo que constituyó no un acto de violencia sino de purificación.

Un Jesús que acabó dando la vida, solo, abandonado, roto por dentro, dejado por los suyos, experimentando la lejanía del Padre, en la oscuridad más negra que se cernía sobre su alma, pero confiando, a pesar de todo y en medio de cuanto le sucedía en el Abbá, porque sabía en la fe que con él estaba en buenas manos y que era el único de quien de verdad se podía fiar.

Por tanto, Luis, participar de la espiritualidad es participar de muchos elementos, pero entre ellos no podemos olvidar el seguimiento radical de Jesús, el de un Jesús maestro, pobre y a favor de los pequeños, dado al servicio de cuantos lo necesitan pero de manera especial de los más desprotegidos, y que entrega su vida entera sin buscar ni la recompensa del Padre ni las gratificaciones humanas. A estos elementos añádeles otros muchos que puedes encontrar en los escritos que estos últimos años han ido floreciendo sobre este tema. Pues bien, en medio de la espiritualidad calasancia, por muchos elementos que amontonemos, nunca podremos olvidar la figura de Jesús con los niños. Como escolapios nos sentimos atraídos por ellos.

El otro elemento que configura esta modalidad de la "Integración carismática" es la comunidad. Quienes pertenecen a esta modalidad adoptan la decisión de vivir en comunidad. Situemos este hecho.

Luis, la comunidad es la única manera de vivir el cristianismo. No quiere decir que todos tengan que vivir una única forma de comunidad, pues gracias a Dios existen muchas, pero sí que tienen que vivir de ese modo. Tampoco niego situaciones excepcionales, porque las conozco, las comprendo y a veces pienso que se dan de manera más frecuente de lo que la gente piensa. Pese a todo, la comunidad es elemento

constitutivo de esta forma de vinculación con las Escuelas Pías.

Si buscamos el porqué nos encontramos con la misma voluntad del Señor Jesús que quiso que los cristianos dieran testimonio de él viviendo en común. Desde la comunidad se evangeliza, es decir, desde la comunidad se proclama la Buena Noticia, desde ella se manifiesta qué es lo que hace Dios con sus hijos y por medio de ella el amor se expande a todos. La comunidad crea unidad, conserva la unidad y mantiene y sostiene la unidad

La comunidad no sólo responde a la voluntad del Señor, sino que es constantemente el resultado de la obra del Espíritu. Tiene como referencia Pentecostés, pues la venida del Espíritu hizo que gentes tan diversas constituyeran una comunidad de amor a Jesús y de servicio a los demás (¡qué lejos están las discusiones prepascuales por ver quién era el primero y quién se sentaba a la derecha o izquierda del Maestro!). En la comunidad el Espíritu es la cohesión. Él es quien mantiene viva la comunidad en medio de las tensiones logrando que no se rompa; quien la guía en medio de las dudas que podrían hacerla zozobrar; quien la sostiene en las dificultades con las que se encuentra; quien la purifica de sus pecados; quien la llena de la gracia misericordiosa de la Trinidad.

La comunidad significa y encarna, al mismo tiempo, entrega y olvido, donación y reserva, amor y sacrificio. Pero ahora estamos hablando de la comunidad que tiene en cuenta las características principales de la comunidad calasancia.

Si nos atenemos a ello te cito cinco en las que he insistido mucho en las cartas a los religiosos, y son. La *caridad*, porque sin amor no se puede decir que exista comunidad; el amor es el soporte de la comunidad. Sin él se puede dar el grupo, la reunión, pero no la comunidad. Luego, la *unión* entre todos los que constituyen la comunidad. Unión no quiere decir que se piense igual en todo, pero sí que haya raíces en las que todos coinciden, opciones que pertenecen a todos, motivaciones que unen a todos. En tercer lugar, la *paz*. Que no está reñida con la discusión y los planteamientos distintos en algunos puntos o la disconformidad en otros, porque al final, esa paz hace que se puedan superar todos los elementos que pueden parecer negativos. Cuarto, la *oración*. La comunidad se asienta en el amor a Jesús, y el amor entre otras formas se manifiesta a través de la oración. La comunidad se reúne para orar y ésta es una dimensión que no se puede olvidar de ninguna manera. Finalmente, las *reuniones comunitarias*, lugar donde se habla, se expresan los sentimientos, se olvidan los malentendidos, se goza del amor entre todos.

La comunidad se puede vivir de muchas maneras, y el mismo documento capitular “El laicado en las Escuelas Pías” he visto que en su “Apéndice” indica algunas posibilidades “ad experimentum”. Sé que en este punto se están haciendo experiencias que espero enriquezcan la vida escolapia.

Luis, espero te haya quedado clara la sustancia de esta modalidad. La Orden de las Escuelas Pías no sólo propone modalidades, es decir, distintos modos de vincularse con ella, sino que también indica itinerarios a recorrer en cada modalidad para alcanzar los objetivos que se propone en ellas. Los itinerarios de todas las modalidades tienen unas sendas comunes, y lo único que se diferencia son los contenidos de cada una de las sendas, porque modalidades de mayor vinculación requieren itinerarios que favorezcan esa mayor integración. Te quiero citar las sendas de los itinerarios para que te hagas una idea de lo que se trata.

La *información*, que pretende dar la mayor información posible según cada una de las modalidades y lugares donde se está viviendo.

Las *relaciones personales*, porque se desea que a través de distintas actividades exista un intercambio lo más fluido y rico posible entre las personas que pertenecen a una modalidad; eso las enriquece.

El *acompañamiento personal*, elemento necesario en cada modalidad, según situaciones diversas, que pretende ayudar a las personas en la comprensión de la modalidad, en las dificultades que puedan encontrar, en el discernimiento de su situación personal e incluso familiar en esa modalidad.

Crecimiento y maduración humana, de forma que siguiendo los ejes fundamentales de la madurez humana se logren conseguir educadores de alta calidad humana que puedan enriquecer a todos con su vida y su trato.

Crecimiento y maduración en la fe, porque las distintas modalidades requieren una fe cada vez más profunda y una relación más íntima y seria con el Señor de la vida. Esto se puede lograr a través de experiencias vividas en común, de oración compartida, de cursos de oración, de ejercicios espirituales y de todo cuanto ayude a tener una fe que se apoye cada vez más en el Señor Jesús.

Formación permanente, que nunca debe faltar y que debe conseguirse tanto en común como a través de medios personales.

Ámbitos de responsabilidad e implicación que en cada modalidad irán cambiando y serán más importantes, pero ejercidos por quienes están preparados para ello.

Conocimiento de Calasanz y de la Orden, porque nadie ama lo que no conoce; debe darse poco a poco, pero sin intermitencias.

Luis, en este camino que hemos hecho juntos de reconocimiento de las distintas vinculaciones de los laicos a las Escuelas Pías, llegamos a la última, que es la “Integración jurídica”. Está legislada en los documentos de la Orden, pero en la práctica por ahora sólo se ha dado en pocas personas. Apenas un puñado, como fermento en la masa. Espero que se siga extendiendo. En este caso se trata de personas que, con su vivencia carismática escolapia, explicitan canónica y aun civilmente un acuerdo con la Orden.

Cuatro son los objetivos más evidentes que buscan: primero, integrarse en las Escuelas Pías temporalmente con un vínculo jurídico. Segundo, expresar públicamente el compromiso adquirido, que lo pueden repetir si se siguen dando las condiciones. Desean, en tercer lugar, vivir el compromiso adquirido destacando la opción de pobreza, y, finalmente, participar de alguna obra o proyecto con un compromiso de larga duración.

De esta manera se llega a compartir el carisma escolapio de una manera especial.

Termino con el primer párrafo de una breve carta que este grupo de personas que pertenecen a la integración jurídica escribían a quienes quisieran escucharles animándoles a entrar en la experiencia de la integración con las Escuelas Pías; en las breves palabras que recojo se expresa la felicidad de haber encontrado el camino

en el que se encuentran: “Te escribimos estas líneas porque queremos compartir contigo el gozo de vivir el carisma de San José de Calasanz desde nuestra condición laical. Te escribimos también porque queremos poner letra a esto que un día fue una intuición y que hoy es posible. Hoy la Orden nos ofrece este don que durante siglos han guardado, disfrutado y transmitido muchos religiosos desde aquella Roma de 1600 y nos brinda la oportunidad de compartir misión, espiritualidad y vida escolapia. Hoy nos es posible compartir el Carisma que Calasanz intuyó, entregando su vida a la educación de los niños, especialmente aquellos más pobres”.

Luis, es cuanto quería decirte en esta carta. No me queda sino despedirme de ti con un abrazo paternal

José de la Madre de Dios

Carta 15^a

Despedida: ¡Vivid la utopía”

Querido Luis: esta carta es mi despedida. Durante muchas semanas te he ido escribiendo, pero era ya hora de terminar mis letras. He sido feliz comunicándome contigo. Me he encontrado muy a gusto tratando de explicar a uno de los colaboradores laicos de una Obra escolapia muchas cosas pertenecientes a los inicios de la escuela calasancia, a lo que significa para mí, a lo que deseaba que fuera poco a poco, y de ofrecerte mi pensamiento sobre las nuevas orientaciones que va tomando la Orden en el tema de la relación y vinculación cada vez más estrecha entre laicos y religiosos en las Escuelas Pías. Yo te he ido diciendo lo que pensaba. El pasado, siendo presente, estuvo en mis manos y la de mis colaboradores; el presente, que se hará en seguida pasado, está en las tuyas y las de los restantes colaboradores actuales de las presencias escolapias.

Me despido con un deseo: ¡vivid la utopía! Si acudes al diccionario, yo lo he hecho, verás

que define la utopía como un “plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación”.

Aunque se suele decir de una manera algo despectiva “este es un utópico” para decir que no tiene los pies en la tierra, que vive en “otro mundo”, sin embargo considero la utopía como una de las grandes fuerzas de la vida. Sin utopía el presente sería demasiado chato, sobrarían muchos esfuerzos, muchas personas no se propondrían objetivos en la vida. La utopía nos hace vivir, vibrar, lanzarnos a lo desconocido y confiar. Por eso mi despedida es un grito de esperanza, aunque parezca descabellado: “¡vivid la utopía!”.

Primero, la utopía de que *es posible un mundo mejor*. Que depende en gran parte de la educación y de lo que se haga con ella. Que en esa labor tiene mucho que decir la escuela calasanziana. Que de ella habéis de hacer el centro de vuestra vida. Quien no se compromete por un mundo mejor, no confía en la vida, no cree en la posibilidad de las personas, abdica de lo que pueden ser sus mejores deseos y no ha comprendido qué es vivir.

Segundo, la utopía de que *es posible un hombre nuevo*. La creencia de que el hombre tiene dentro de sí posibilidades inmensas de bien, de donación y de creatividad. Que lo que importa es despertar en él todo esto y que en

el fondo esa es la misión de la educación. En ella se lucha por ese hombre y se ha de ir consiguiendo poco a poco. Conozco la tentación del educador: ¿merece la pena lo que estoy haciendo? ¿No estaré perdiendo el tiempo? ¿Servirá para algo? ¿Les quedará a estos alumnos algo de lo que les estoy esforzadamente enseñando cuando manifiestan tan poco interés? Tentaciones que hay que desechar no porque la respuesta sea positiva, sino porque basta que haya uno sólo al que le haya servido para que el educador puede considerar su misión no frustrada. Todo niño merece la entrega completa de un educador. Es posible el hombre nuevo porque son posibles los valores nuevos, porque se puede encontrar alternativa a la sociedad cuando todos desesperan de ella.

Tercero, la utopía de que *es posible una vinculación siempre mayor*, más perfecta, más responsable, más teológica y espiritual de los laicos con las Escuelas Pías. A pesar de las dificultades que se dan y seguirán dándose; a pesar de los predicadores de infortunios, de los desesperanzados, de los que no creen, y de quienes estando a la contra creen estar en lo cierto. Pero, al mismo tiempo, con el empeño, esfuerzo, decisión, alegría y esperanza de quienes creen en esta realidad que está ya germinando, de la que se van viendo ya sus frutos. Es camino de futuro, y el futuro se encargará de dar razón a quienes trabajan denoda-

damente en este campo, que no quiere decir que no se equivoquen, que no tengan que examinar y discernir constantemente el camino, y que no tengan a veces que variar el rumbo. Pero que no se dejen vencer por quienes se les oponen sin ofrecer ninguna otra alternativa. Es más fácil destruir veinte plantas que plantar una sola.

Cuarto, la utopía de que *es posible ser cristiano en nuestro mundo*. Y esto quiere decir muchas cosas. Que es posible ser más radical en el seguimiento de Jesús. Es posible amarle más intensa y totalmente. Es posible hacer que nuestro corazón le pertenezca a pesar de las oscuridades y tentaciones que siempre nos persiguen y se nos meten por dentro. Es posible revestirse de sus sentimientos: amar a semejanza de lo que Él hizo, perdonar tratando de hacerlo como Él mismo perdonó a todos, entregarse a semejanza de como lo hizo Él. Es posible escuchar al Espíritu, guía del pobre corazón humano, tantas veces desecho, roto y desamparado. Es posible la confianza sin límites en el Abbá que nos amó y se preocupa de cada uno más de lo que lo hace él mismo y de lo que cree y piensa. Es posible amar a la Iglesia, sintiéndonos hijos obedientes de ella a pesar de las tentaciones que atraviesan el corazón. Es posible la entrega a los hombres, porque si Dios Trinidad no se nos hubiera dado, hubiéramos perecido; ahora sabemos cómo hemos sido amados incom-

prensiblemente, locamente por un Dios que ha entregado a su Hijo a la muerte por nosotros. Un Dios que nos llevará un día hasta él.

Luis, ¡vive, sí, la utopía y vive de ella!

Con amor paternal a ti y a todos los laicos de nuestras presencias escolapias,

José de la Madre de Dios

15 cartas de Calasanz a un colaborador laico

15 cartas de Calasanz a un colaborador laico

15 cartas de Calasanz a un colaborador laico

15 cartas de Calasanz a un colaborador laico